



FRANK McFAIR

**FIDELIDAD,
BRAVURA,
INTEGRIDAD**



OBRAS PUBLICADAS DE FRANK McPAIR

EN EXTRAORDINARIA DEL OESTE:

- «Los libertadores de Texas», núm. 39.
- «Viento mortal», núm. 45.
- «Cinco ases y el comodón», núm. 55.
- «De sangre perversa», núm. 78.

EN F. B. I.:

- «Luchando en la sombra», núm. 5 (2.^a edición).
- «La ruta de la locura», núm. 8 (2.^a edición).
- «Sangre!», núm. 13 (2.^a edición).
- «Armonías de muerte», núm. 22 (2.^a edición).
- «La muerte alada», núm. 27.
- «Contrabando funesto», núm. 31.
- «Palestina en llamas», núm. 40.
- «La huida de Varka», núm. 48.
- «La bestia escarlata», núm. 58.
- «Billetes malditos», núm. 61.
- «Camaradas enemigos», núm. 63.
- «Cita de madrugada», núm. 66.
- «Loup-Garou», núm. 69.
- «Mirad a las sombras», núm. 71.
- «El confidente», núm. 74.
- «Hora "D"», núm. 82.
- «Contrato siniestro», núm. 87.
- «Hombres sin alma», núm. 91.
- «Rebelión», núm. 96.
- «Soborno», núm. 104.
- «La risa sardónica», núm. 111.
- «La máscara», núm. 119.

PRINTED IN SPAIN



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

- | | |
|--|-------------------------------------|
| 1. ¡Culpable! (6.ª ed.) (1). | 25. Una ciudad abierta (4). |
| 2. La hora gris (4.ª ed.) (1). | 26. Horas trágicas (7). |
| 3. El Rey del Hampa (4.ª edición.) (2). | 27. La muerte alada (3). |
| 4. El cobarde (3.ª ed.) (1). | 28. Doctor X (1). |
| 5. Luchando en la sombra (2.ª ed.) (3). | 29. El coloso de hierro (6). |
| 6. Contra Scotland Yard (3.ª edición.) (1). | 30. Trampas mortales (5). |
| 7. Su Alteza el Ladrón (2.ª edición.) (2). | 31. Contrabando funesto (3). |
| 8. La ruta de la locura (2.ª edición.) (3). | 32. Nueva York-San Francisco (7). |
| 9. A la ofensiva (2.ª edición.) (4). | 33. Entre rejas (1). |
| 10. La redada (2.ª ed.) (5). | 34. Muerte en el Caribe (6). |
| 11. Shanghai (3.ª ed.) (1). | 35. Secuestro (5). |
| 12. Guerra de gangsters (2.ª edición.) (2). | 36. El dueño del mundo (4). |
| 13. ¡Sangre! (2.ª ed.) (5). | 37. Hermano contra hermano (7). |
| 14. La rebelión de los muertos (2.ª ed.) (6). | 38. Filibusteros modernos (2). |
| 15. El hombre de las tres caras (2.ª ed.) (7). | 39. Palestina en llamas (3). |
| 16. Tánger (3.ª ed.) (1). | 40. La ley del terror (8). |
| 17. ¡Traidor! (2.ª ed.) (5). | 41. A la desesperada (5). |
| 18. Tragedia en Berlín (2.ª edición.) (4). | 42. La promoción de la muerte (6). |
| 19. Alta traición (2.ª ed.) (2). | 43. Tinieblas (1). |
| 20. Terror en la Academia de Quantico (2.ª ed.) (1). | 44. Espías en la noche (2). |
| 21. El delator (6). | 45. Fidelidad (6). |
| 22. Armonías de muerte (3). | 46. Sin cuartel (7). |
| 23. Destinos cruzados (1). | 47. Armour, expulsado (5). |
| 24. Persecución (5). | 48. La huida de Varka (3). |
| | 49. La Maffia (1). |
| | 50. Ala-ka, final de ruta (8). |
| | 51. Tras el telón de acero (6). |
| | 52. Gangsters de guante blanco (9). |
| | 53. ¡Acusado! (7). |
| | 54. Misterio en Viena (5). |
| | 55. El genio del mal (8). |

56. Hombres armados (13)
 57. Pavorosa elección (5)
 58. La bestia escarlata (3)
 59. Huellas de ultratumba (11)
 60. S O S (8)
 61. Billetes malditos (3)
 62. Camino de perdición (12)
 63. Camaradas enemigos (3)
 64. A la deriva (6)
 65. ¡Odio! (1)
 66. Cita de madrugada (3)
 67. «Killers» a sueldo (5)
 68. Muerte en el atardecer (4)
 69. Loup-Garou (3)
 70. Punto final (5)
 71. ¡Mirad a las sombras! (3)
 72. Entre esas brumas... (5)
 73. Tortura (13)
 74. El confidente (3)
 75. ¡Error! (5)
 76. El final de Rocco (5)
 77. El vengador negro (1)
 78. ¡Código! (8)
 79. Sentenciado (8)
 80. Secreto de Estado (4)
 81. Alias «Lugger» (5)
 82. Hora «D» (3)
 83. Carne de borca (4)
 84. Tráfico mortal (8)
 85. Jack es invencible (1)
 86. Rastros perdidos (6)
 87. Contrato siniestro (3)
 88. Traición sangrienta (14)
 89. Al borde del abismo (5)
 90. Crimen y justicia (1)
 91. Hombres sin alma (3)
 92. ¡Sabotaje! (8)
 93. La marca trágica (5)
 94. ~~El~~ ~~hombre~~ ~~sin~~ ~~alma~~ (4)
 95. ~~La~~ ~~muerte~~ ~~de~~ ~~la~~ ~~ciudad~~ (2)
 96. ~~Rebelión~~ (3)
 97. ~~Hampa~~ ~~de~~ ~~frac~~ (1)
 98. ~~Caza~~ ~~mayor~~ (4)
 99. ~~La~~ ~~muerte~~ ~~falsifica~~ ~~do~~ ~~la~~ ~~raza~~ (15)
 100. Yo, director del F. B. I. (1) (2.ª edición.)
 101. De Harvard a Quantico (16)
 102. El asfalto es rojo (5)
 103. Tragedia en Chinatown (14)
 104. Soborno (3)
 105. Vida en deuda (17)
 106. Aguas turbulentas (4)
 107. La araña verde (8)
 108. Contraespías (18)
 109. Noches de Nueva York (5)
 110. ¡Aniquilados! (19)
 111. La risa sardónica (3)
 112. Chantaje (4)
 113. Canon de protección (20)
 114. El misterio de los locos del aire (21)
 115. El hombre de Whitechapel (5)
 116. Al llegar la noche (8)
 117. Ciudad vertical (22)
 118. Hombres y bestias (1)
 119. La máscara (3)
 120. Destino manda (23)
 121. Sin esperanza (4)
 122. La tela de araña (24)
 123. Una sombra... (5)
 124. Sin nada que perder (4).

EN PREPARACION:

La ciudad prohibida.

AUTORES

- | | | |
|-------------------|---------------------|--------------------|
| (1) Alf Menez | (10) Jack Brooklyn. | (18) Jack Grey. |
| (2) Fred Bazier | (11) Thomas Settee. | (19) Edgar Ford. |
| (3) Frank McFair. | (12) John Nebot. | (20) Andre O'Sun. |
| (4) Eddie Thorny. | (13) Thomas Wanton. | (21) Fel Marty. |
| (5) O. C. Tavin. | (14) F. N. Graw. | (22) Dana Yonell. |
| (6) Alar Benet. | (15) Robert Deaf. | (23) Al Gallard. |
| (7) A. G. Murphy. | (16) Alan Carson. | (24) Chester King. |
| (8) Lewis Haroc. | (17) Alu Cortua. | |
| (9) J. L. Martín. | | |

Dedico este libro, con todo afecto y admiración, a mis compañeros, los cuales han colaborado conmigo en casi todas mis campañas literarias. Alf Manz, llorado Fred Baxter, Eddie Thorny, O. C. Tavin, Alar Benet, Anthony G. Murphy, Lewis Haroc, maestros y amigos, esta va por vosotros.

FRANK C. McFAIR

PRÓLOGO DEL AUTOR

De todos los países que se encuentran al otro lado de la Cortina de Hierro es, quizá, Bulgaria el que más activamente contribuye en la ayuda a Rusia. Varias razones abonan esta actitud del país. Voy a tratar someramente de analizarlas.

En primer lugar, fue Bulgaria el primero de los países balcánicos que tuvo comunistas. Los tristemente célebres «comitadjis», que empezaron luchando contra los turcos, acabaron, comunistizándose, por volverse contra sus mismos paisanos, ensangrentando las aldeas tracias, macedónicas y de la Dobruca. Luego, en segundo lugar, que Bulgaria era una de las naciones revisionistas. Es decir, que el Tratado de Versalles, al acabar la guerra de 1914-18,

la condenó a la pérdida (no hay que olvidar que Bulgaria luchó al lado de Alemania) de gran parte de los territorios que ella consideraba vitales, en tanto que la reciente Yugoslavia (fusión de Croacia, Serbia, Montenegro y Eslovenia) adquiriría nuevas tierras, Grecia se quedaba con Macedonia Oriental y, sobre todo, Rumanía adquiriría toda la fértil Transilvania.

Bulgaria, llamada con cierta propiedad la «Prusia de los Balcanes», se sintió exasperada. Ella había llevado en peso la guerra contra los turcos en el año 1912, y luego sus dos aliadas, Serbia y Grecia, cuando la vieron vencedora, pero agotada, se revolviéron contra ella, declarándole la guerra y casi aplastándola. El sentimiento nacional era, pues, claramente hostil a todo lo occidental.

No intervino en la última guerra, no por no favorecer a los alemanes, con los que estaba unida por un Tratado, sino para no tener que pelear contra Rusia. Todos los pueblos eslavos, y esto es algo que vale la pena recordar, consideran a Rusia como la «madrecita». Naturalmente que me refiero al pueblo ruso, no a su forma de gobierno. Pero checoslovacos, serbios, croatas, montenegrinos y búlgaros siempre han

tenido veneración a la gigantesca nación eslava. Teniendo en 1914 un régimen parlamentario ya, con la casi igualdad con los austríacos, los magníficos soldados checos se negaron a combatir contra Rusia y se pasaron en masa a las tropas del zar Nicolás. Rusia ha apoyado siempre las pretensiones eslavas en cualquier parte.

Pero, sobre todo, Bulgaria ha tenido siempre los ojos puestos en Rusia, a causa, tal vez, de su amargura por las traiciones de que se ha visto objeto. Porque si ella entró en la guerra del 14 a favor de Alemania fue porque antes Grecia y Serbia le habían descargado un golpe bajo, del que los búlgaros no podían olvidarse fácilmente.

Ahora, bajo el régimen comunista dependiente de Rusia, sigue siendo Bulgaria la más cercana a Rusia, aunque por otras razones un poco distintas. La independiente Checoslovaquia, la católica Polonia y la latina Rumanía no pueden jamás sentirse a gusto bajo un yugo tan pesado. José Broz, que a sí mismo se hace llamar «Titus», separó a la Yugoslavia de la hegemonía rusa, no porque el comunismo le pareciese mal, sino por la sencilla razón de que le molestaba ver cómo los rusos se apoderaban de cosas de las cuales podía apoderarse él. Cuestión de puntos de vista.

Porque Rusia se ha portado como el invitado al cual convidamos a comer, y no solamente no podemos echarlo, sino que encima nos obliga a trabajar para él y se queda con lo que ganamos. Claro que a «Titus» (o Tito) le fue fácil separarse del succionante abrazo ruso porque no tenía fronteras con esta nación, y Hungría, Albania, Bulgaria o Rumanía, comunizadas, nunca tendrían fuerzas, a no ser conjuntamente, para batir a la recia Yugoslavia, la cual se va aproximando más hacia Occidente, al olor de los dólares del Tío Sam. Desde luego, José Broz (Tito) sabe dónde tiene el bolsillo.

En cambio, Rusia aprieta menos a Bulgaria, quizá por ser ésta la nación que menos resistencia pasiva ofrece. Efectivamente, los católicos, en Polonia, Eslovaquia y Hungría, no pueden adaptarse a las exigencias comunistas en materia de religión. Buena prueba de ello son las persecuciones de que los Comités comunistas han hecho objeto a sacerdotes y prelados de la fe de Roma. Persecuciones que, en varios casos, han llegado hasta el martirio.

Pero como para la religión ortodoxa, o cismático-griega, Rusia tiene un poco más de tolerancia, y ésta es la religión oficial búlgara, desaparece en parte la oposición. Además, los alfabetos continúan

siendo cirílicos en ambos países. Esto les hace objeto de una mayor comprensión entre ellos.

Así que la situación actual en los Balcanes se puede resumir, para beneficio del lector, de la siguiente manera:

Yugoslavia, fuerte y en espera de serlo más gracias a los dólares que aguarda de los norteamericanos, observa vigilante, por encima del Banato, a Rumanía, el más populoso de sus vecinos; por encima del Draya, a Hungría; tiene encuentros fronterizos con los búlgaros en lo que ellos llaman «Makedonja» y que los griegos nombran Macedonia, y rodea estrechamente a Albania, mientras que por el Sur se apoya en Grecia, hace pocos años su enemiga y su aliada ahora.

Luego queda Turquía, más fuerte cada vez y con más deseos de independencia según pasan los años. Desde que Turquía dejó de querer dominar a otros pueblos por las armas y se concentró en su porción europea y en la península de Anatolia, no ha vuelto a tener un revés militar. El pueblo, muy unido, se occidentaliza a marchas forzadas, ha adoptado los caracteres latinos en vez de los arábigos para la escritura y mantiene un valiente y bien entrenado Ejército en sus fronteras.

Ruego al lector que dispense si esta explicación le ha parecido árida, pero la consideraba necesaria para explicar la psicología que anima a la mayor parte del pueblo búlgaro, ya que esa misma psicología tendrá una gran preponderancia en el libro. Y quiero añadir también que, aun cuando los personajes centrales sean puramente fruto de mi imaginación, no ocurre así con el corazón del caso. En una lluviosa noche de un mes de noviembre, un hombre tomó un barco en Nueva York. El barco tenía su punto de destino en Durazzo, en la Albania comunista...

¿Conoce usted

NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores Baroja, López de Haro, Fernández-Flórez, Cela, Insúa, Laforet y otros, editadas maravillosamente al precio ínfimo de CINCO pesetas.

EN LIBRERIAS Y QUIOSCOS

Suscripciones a EDITORIAL ROLLAN

I



El coronel Janko Drakovicz era un oso cejijunto, gigantesco, y de grandes y velludas manos. Dos ojos azul pálido brillaban fríamente, hundidos en sus cuencas. La luz caía de lleno sobre su rapada cabeza, con el pelo cortado a lo prusiano.

—Yo recibo órdenes y las cumplo —dijo con voz ronca—. Pero hay varias cosas que no estaban incluidas en las órdenes y que, por lo tanto, he de averiguar por mi cuenta.

El hombre que estaba enfrente de él se quitó el cigarrillo de los labios para hablar.

—Pues, pregunte.

Ambos hablaban en inglés, aun cuando el del coronel era un tanto confuso. No obstante, se habían entendido bien hasta ahora.

—Necesito saber qué es, exactamente, lo que quiere usted.

Hubo un pequeño silencio.

—Sus jefes lo saben y están conformes. ¿No le han dicho nada?

—Sí; que usted me lo explicaría todo.

—Ya; los retorcidos métodos comunistas. No fiarse de nada ni de nadie, ¿no es eso?

—Deje en paz los métodos comunistas. Yo no he discutido los de ustedes, los capitalistas.

—Dado el caso de que esos mismos capitalistas están dispuestos a darles bastante dinero, el no discutir sus métodos es hasta razonable —respondió el otro con frialdad.

El coronel Janko Drakovicz no tenía, evidentemente, respuesta para esto, por lo que cambió de asunto.

—Se me ha ordenado que le ayude en todo cuanto me pida —dijo—. Puede usted empezar.

El otro se arrellanó y encendió un cigarrillo, después de ofrecer uno a Drakovicz. Era un hombre de unos treinta y cinco años, de cutis quemado por el sol y de estatura mediana. Tenía los ojos azules y el cabello oscuro.

—Necesito la seguridad de poder cruzar la frontera yugoslava con Bulgaria sin ningún impedimento —dijo—. Y que una patrulla yugoslava me espere, en un día que ya me cuidaré de marcar, en un sitio que también me cuidaré de hacerle saber a usted. Una patrulla... dispuesta a pelear si es necesario.

Drakovicz no había movido un solo músculo.

—Dispuesto a pelear está todo el Ejército serbio —dijo—. Pero es necesario saber por qué...

—El general Stoianov seguramente podrá contestarle a eso —respondió el otro con la misma frialdad—. O el mismo Mariscal. Seguramente que ambos tendrán un gran placer en contestar a todas sus preguntas.

Era evidente que Drakovicz no sentía ningún deseo de que ninguna de aquellas dos personalidades le contestase. Su voz se dulcificó un poco.

—Creo que podré acceder a sus deseos. Veamos. Usted quiere entrar a Bulgaria desde aquí, desde Yugoslavia, ¿no es eso?

—Eso mismo.

—Y desea tener la vuelta asegurada.

—Sí.

—Hay un sitio... entre la frontera y el río Struma. Allí apenas hemos tenido tiroteos con los búlgaros. Es un sitio tranquilo, cercano a la Strumitza... Por allí sería posible pasarlo a usted... Pero la vuelta...

—No se preocupe de la vuelta. ¿Cuándo podríamos hacerlo?

—Creo que será mejor esperar a la luna nueva. Aun cuando los búlgaros y nosotros tenemos reflectores en la frontera, éstos no están, ya se lo podrá usted imaginar, funcionando siempre. ¿Sabe usted búlgaro? —preguntó repentinamente.

La respuesta fue una chaparrada de palabras, que Drakovicz escuchó atentamente. Luego, el coronel sonrió:

—Yo diría un alemán que ha pasado mucho tiempo en el país: ¿Lo hace usted a propósito?

El otro asintió con la cabeza y luego volvió a hablar. Esta vez, Drakovicz se rió abiertamente.

—Ahora parece usted un macedonio. ¡Diablos! ¿Cuánto tiempo ha pasado usted en Bulgaria?

—Diez años, antes de la guerra. Yo era joven y en esa época se le quedan a uno bien los acentos. Y podría hablar como un greco búlgaro si quisiera. No hay ningún peligro. Bien; habrá luna nueva dentro de tres días. Póngase en contacto conmigo dentro de dos, ¿no es así?

—Sí. ¿Podría usted darme otro de esos cigarrillos?

Belgrado presentaba un aspecto bastante tranquilo, ya que no había ninguna manifestación comunista por alguna u otra causa, y la gente estaba trabajando. El hombre salió del edificio en el cual había estado conversando con el coronel Drakovicz y echó a andar calle adelante, con las manos metidas en los bolsillos del gabán de cuello de piel. Habían desaparecido, desde que él estuviese la vez anterior en Yugoslavia, los pañuelos en las cabezas de las mujeres, aun cuando subsistían las típicas gorras de visera. De vez en vez, aun cuando muy pocos, se veían algunos *tarbush*, herencia de la dominación turca.

A veces, algún pelotón de milicianos, en camiones cogidos a los alemanes, pasaba rápidamente, con dirección a la zona de acuartelamientos, situada en el noroeste de la ciudad, cercana a la autopista de reciente construcción.

El contraste entre la ciudad vieja, con sus vías mal empedradas y

sus mercados en plena calle, todos llenos de gallinas y de cerdos vivos y muertos, con la ciudad nueva, de casas de lisas fachadas, habilitadas para muchos vecinos, era extremado. El hombre no se cansaba nunca de hacer comparaciones. Además, el mare mágnun de razas era indescriptible.

Yugoslavia se formó a partir de la terminación de la guerra de 1914, mediante el «pegamiento» (podríamos llamarlo así vulgarmente) de varias naciones bien definidas. Los croatas y los serbios nunca se han llevado bien, a pesar de ser exactamente de la misma raza y hablar el mismo idioma. Pero es porque los croatas han estado mucho tiempo bajo el imperio austrohúngaro y en él se occidentalizaron. Los serbios, en cambio, teniendo que pelear constantemente contra los turcos, para lograr su independencia, primero, y para conservarla, después, apenas tuvieron tiempo de dedicarse a cosas del espíritu. Además, ellos son ortodoxos, mientras que los croatas, bajo la influencia húngara, son católicos. Esto ya quiere decir que no tienen los mismos puntos de vista. Los serbios son batalladores e intransigentes. Los croatas, pensadores y más dados a la tolerancia. Los serbios dicen que los croatas no sirven para soldados y éstos declaran que los serbios son bastante brutos.

Pero, además, estaban los eslovenos, dálmatas, montenegrinos, bosniacos, todos ellos eslavos, indudablemente, pero cuyos medios de vida los habían llevado por diferentes caminos. Los montenegrinos, los únicos que han permanecido independientes de los turcos, se encierran en sus montañas, en su país, Crna Gora, como lo llaman ellos, y los eslovenos son una raza apática y poco dada a la política. La ventaja era, pues, de los serbios, y la voz de ellos prevaleció en las conferencias del armisticio. Todas ellas fueron incorporadas a la Sureslavia[1], con marcado dominio serbio.

La vida en los Balcanes ha sido casi siempre así: cuando no se están descabezando entre ellos es porque están acechando la ocasión de degollar al vecino, no sin que éste procure, a su vez, deshacerse de los que le persiguen.

Ante los ojos del hombre se ofrecían ahora montenegrinos de negros bigotes y ojos fieros, campesinos croatas, con gorras y mandiles, y arrogantes obreros serbios de las fábricas de municiones, con aire de ser ellos los amos. El hombre sonrió y salió

a la amplia avenida de la Volvodina. Un «auto» se detuvo ante él. Ya sabía, desde luego, que le habían estado siguiendo, pero no sabía lo que desearían ahora.

Un oficial, un capitán, se apeó del coche y se dirigió hacia él. Vestía uniforme de campaña, de color verdoso, y alta gorra de plato, al estilo alemán. Le saludó al encontrarse a su altura, tocándose rígidamente la visera.

—El general Stoianov desea verlo, míster Schenk —dijo, en inglés dificultoso—. ¿Sería usted tan amable como para acompañarme al cuartel general?

—Dije a su general que no me gustaba en absoluto la publicidad —dijo Schenk, cuando estuvieron en el interior del automóvil—. Y, sin embargo, no hacen más que llevarme a sitios donde puedo ser visto. No creo que esto agrade a mi embajador.

—El embajador americano está con el general Stoianov —respondió el capitán.

Y ya no hablaron más hasta encontrarse en el edificio del Estado Mayor, una enorme tarta ligeramente occidentalizada por un par de torrecillas de pizarra, a la francesa.

El general Stoianov los recibió enseguida. Efectivamente, el embajador americano estaba allí. Al verlo se dirigió hacia él y le estrechó la mano. El general hizo lo mismo, siempre con esa fría reserva que emplean los comunistas al tratar con los occidentales.

—Me ha telefoneado el coronel Drakovicz —dijo, indicándole una silla a Schenk—. Veo que usted no ha creído conveniente ponerle al corriente de lo que ocurre.

—En efecto, no. Y con franqueza, me estoy cansando de esto. La cosa es lo suficientemente importante como para que sólo muy pocas personas estén enteradas de ella. Creo que al coronel Drakovicz lo único que le debe importar es estar al cuidado de ciertos detalles de carácter... técnico.

—Comprendo —dijo el general, pensativo—. En ese caso, yo...

—Es usted el único que sabe lo que hay, además del mariscal —respondió Schenk, sin dejar hablar al embajador, que había levantado una mano en el aire—. El único que sabe que yo estoy aquí para seguir la pista al profesor Streicher, huido de los Estados Unidos el pasado mes de noviembre, y para hacerle volver a América, sea como sea.

El embajador pudo hacerse oír por fin:

—Un momento, Schenk. He recibido órdenes de ayudar a usted y ponerlo en contacto con el mariscal. Pero...

Schenk suspiró con aire de fastidio. Todos los que lo habían tratado hasta ahora, se sentían ligeramente intimidados por aquella sensación de frialdad que se desprendía de él.

—Señor embajador —dijo—: creo que me veré mejor comprendido si explico lo que ha ocurrido por orden cronológico. Pero, como es natural, no puedo arriesgarme a que nada de lo que diga salga de aquí.

»En pocas palabras: el profesor Streicher, investigador alemán, pasó a los Estados Unidos al terminar la guerra. No necesito recordarles a ustedes que los alemanes querían conseguir la desintegración atómica y estaban muy cerca de conseguirlo cuando se rindieron, aunque seguían otros métodos distintos a los americanos y británicos. Ellos iban tras la pista del deuterio, para conseguir el agua y el hidrógeno pesados. Pues bien: Streicher era especialista en esta clase de trabajos. Desde luego, se adaptó enseguida al camino seguido por sus colegas occidentales y se puso a trabajar. Es un hombre de una inteligencia sencillamente fenomenal, un Einstein en pequeño.

»Pero hace un mes, pidió unas cortas vacaciones de una semana en la factoría experimental de Alamogordo y... desapareció. Pueden ustedes comprender la alarma en las autoridades del campo. Nos avisaron a nosotros, al

F. B. I.,

y nos pusimos en campaña. Y logramos seguir la pista del profesor hasta Durazzo. Allí se perdía. Pero, en cambio, nos enteramos de otras cosas interesantes. Los rusos, por mediación de científicos alemanes que cogieron prisioneros al terminar la guerra, están tratando de conseguir también el hidrógeno pesado. Si se tiene en cuenta que Streicher era especialista en eso... Suman dos y dos. Primero, Pontecorvo; luego, los ingleses Burgess y Mac Lean. No, no estamos dispuestos a perder nuevas cabezas y que Rusia se las encuentre sobre el tapete de juego.

»Algo le ocurrió a Streicher. Era un hombre retraído, pero muy agradecido a las atenciones que con él se tuvieron en los Estados Unidos. Parecía siempre perdido en sus especulaciones, pero

agradecía cualquier pequeño favor que se le hiciera. Cuando bajaba a la tierra, le gustaba sentarse en el parque y ver jugar a los chicos. A veces, les daba caramelos. Las autoridades del campo están completamente seguras de que no fingía, sino que colaboraba con entusiasmo en conseguir los fines del Gobierno. Así, pues, si él era sincero, “algo” le había hecho cambiar. Ese algo es lo que yo he venido a buscar a Europa.

—Y ¿por qué —dijo, suavemente, Stoianov— no eligieron ustedes Turquía para entrar en Bulgaria?

Schenk lo miró con desprecio, muy poco disimulado.

—Sofía está mucho más cerca de la frontera yugoslava que de la turca. Además, los turcos no pueden meterse en un lío con las patrullas fronterizas búlgaras y ustedes sí. Prácticamente no hacen más que degollarse unos a otros. Y yo necesito que, en un momento dado, un grupo de soldados serbios pueda cubrirme las espaldas. Además, para eso les pagamos. Pero si tienen ustedes la más ligera idea de que el profesor Streicher podría quedarse en Yugoslavia, permítame decirle que ya puede usted ir abandonándola.

Las mejillas del general estaban ligeramente encarnadas. El embajador cogió a Schenk del brazo.

—Míster Schenk —dijo, con cierta violencia—: a usted le corresponde cumplir su obligación. El resto déjelo a mi cargo.

—Con mucho gusto. Yo lo único que quiero es empezar el asunto y llevarlo a cabo. Lo demás no me interesa.

—No es usted partidario de los europeos, ¿verdad? —preguntó Stoianov.

La mirada de Schenk fue lo suficientemente expresiva de su manera de pensar.

—Bien —dijo, por último—. Ya me he puesto de acuerdo con Drakovicz. ¿Es que ahora tengo que volver a lo mismo con algún otro funcionario?

—No —respondió Stoianov—. Ya está todo arreglado.

—Pues, bueno, si quieren vigílenme a dónde vaya, pero no vuelvan a airear el asunto con coches de opereta. Señor embajador: quisiera hablar con usted, si tiene tiempo.

—Es usted un imprudente —dijo el embajador, cuando estuvieron en el coche de éste último—. Tenemos el deber de mostrarnos correctos con ellos. Después de todo, nos van a ayudar

un asunto que...

—El Senado de los Estados Unidos está a punto de aprobar un empréstito a Yugoslavia —respondió Schenk, con desprecio—; a Yugoslavia, que es comunista, mientras lo niega a otras naciones. No me gustan los comunistas, señor, y no he tratado jamás de disimularlo, principalmente porque no lo considero necesario. Cuando esté en Bulgaria, ya será otra cosa. No tendré más remedio que fingir que me gustan y creo que lo haré bien. Ahora, que no se me puede obligar a ponerles buena cara ni aquí ni en los Estados Unidos. Además, señor, le aseguro que preferiría estar en la patria. Europa no me llama la atención.

El embajador lo miró un momento atentamente.

—Bajo... ¿ningún aspecto?

—No, señor. Yo me he labrado una carrera. Soy el único inspector de menos de cuarenta años en la Oficina Federal. He tenido que trabajar para conseguirlo, créalo, y, por tanto, no he tenido tiempo para otras cosas. Los monumentos europeos me parecen piedras frías e inútiles. A todos ellos prefiero el edificio Chrysler, el Walworth o el Empire, que, por lo menos, son útiles, sirven para algo, no para quedarse contemplándolos embobados, como ocurre con las manadas de turistas en París o en Roma.

El embajador puso un gesto desagradable.

—No comprendo cómo lo enviaron para esa misión. Su utilitarismo es... demasiado marcado.

—Me enviaron porque yo he pasado diez años en Bulgaria, cuando mi padre era cónsul en Varna. Y no puede imaginarse cómo me alegré cuando a los dieciocho años regresé a los Estados. Me parecía que había entrado en una fresca habitación después de salir de un horno maloliente.

El embajador era un hombre culto y que conocía Europa. Y le gustaba, además. Pero discutir con William Schenk era completamente inútil. Tenía ideas fijas y no parecía dispuesto a desposeerse de sus prejuicios.

—No todo es como parece —murmuró por último.

—Dejemos eso, señor. Lo que quería decirle es que no me fío en absoluto de los serbios. Siempre me han parecido traicioneros. Entre ellos y los japoneses no sabría quién elegir. Lo que quiero decirle es que esté constantemente al lado de Stoianov, para lo de la patrulla.

Y dispuesto a meter en la Embajada a Streicher y a otras dos o tres personas. Fíjese bien, señor. Necesito de toda su vigilancia.

—Tiene mucha confianza en sí mismo —dijo el embajador, molesto.

—Sí, señor. Volveré con Streicher o... Bueno; volveré con Streicher.

—¿Qué hará una vez salvada la frontera? ¿No hubiera sido más fácil conseguir el permiso de entrada como... periodista o alguna cosa así?

—No —respondió Schenk, con el mismo tono de desprecio que antes emplease con el general Stoianov—. Los búlgaros no son tan imbéciles. Es muy posible que me reconociesen, a pesar del tiempo que ha transcurrido. No puedo exponerme. Ellos tienen fotografías de todos los extranjeros. Además, en el departamento de Prensa hay un antiguo... amigo de mi padre. Un tal Anton Varear, un judío al que mi padre echó de sus almacenes porque le excitaba a los obreros. Me cortaría el cuello con la misma gana con que se comería una langosta a

L'armoricaine

. Conozco el tejido. En cuanto a lo demás, hay una familia de alemanes eslavizados en Sofía, uno de cuyos primos está en Washington en algo relacionado con el Gobierno. Por medio de una clave especial, que sólo ellos conocen, se puso en contacto con sus primos.

—Y quizá, cuando llegue usted allí ya estén los gendarmes preparados para prenderlo. Esos alemanes pueden ser comunistas.

Schenk se encogió de hombros sin contestar. El embajador jamás había sentido tantos deseos de abofetear a un hombre. Aquello era una máquina bien engrasada para pensar y actuar, pero no tenía más que eso: componentes metálicos perfectamente engranados. Su aire de frío desprecio por los demás era algo que levantaba ampollas. Por tanto, se calló y así siguieron hasta llegar a la Embajada.

II



N la Macedonia Occidental, ese territorio por el que tanta sangre ha corrido en el Balcán, en las estribaciones del macizo Plackovica, uno de los lugares más fragosos de los Alpes Dináricos, corre un riachuelo, el Zelerica, cuyo tributario, el Pecono, nace casi en la misma frontera con Bulgaria. La frontera, aquí, adopta la forma natural, es decir, que en este caso se trata de una crestería, cuyo borde occidental pertenece a Yugoslavia, y el oriental, a Bulgaria.

Es un terreno casi solitario, con un par de aldeas, Cernik y Ladimmi, separadas por diez kilómetros. Al otro lado, en la zona búlgara, lo mismo. Montañas, cañadas profundas, pastores de cerdos entre los bosques de castaños, y hayedos apretados en las laderas.

Eran quince hombres. Todos, menos uno, vestidos de uniforme y

con fusiles que brillaban a veces al claror de las estrellas. Habían salido a las once de la noche de Cernik, aldea en la que previamente se había establecido el toque de queda. Es decir, que habían cogido a todos los paisanos y pastores que pudieron enganchar y los habían encerrado en sus casas. Ninguno de aquellos campesinos podría jamás decir por qué, pero el coronel Janko Drakovicz lo sabía perfectamente.

Schenk tenía unas ganas mordientes de fumar. De cuando en cuando se pasaba la lengua por los labios. Iba vestido como un campesino acomodado búlgaro, con un gabán de cuello de piel, altas botas y un gorro de piel también, redondo.

—Puede usted llegar a Kreznica en menos de dos horas, en cuanto haya atravesado la frontera. ¿Qué hará una vez allí? —preguntó Drakovicz.

—No lo sé, porque no depende de mí —respondió Schenk—. Mi documentación está perfectamente en regla. Soy Milo Mirkov, un macedonio que ha intentado asesinar al gobernador serbio. Pero no iré andando a Kreznica, sino que me llevará una patrulla búlgara. El general Stoianov ya ha dado la orden de que mañana salga en los periódicos el atentado, y a primera hora lo dará la radio. Escúchenme atentamente y nada de equivocaciones. Me va en ello el cuello, pero no es esto lo más importante —y estuvo hablando durante cinco minutos.

El teniente búlgaro Sergei Kazalevo fue despertado de su sueño por uno de los soldados de su sección. Él tenía el encargo de vigilar la frontera yugoslava entre Lidarevo y Kreznica. Había montado un par de torres de madera en algunos lugares de la sierra y los había dotado con reflectores. Estos reflectores se encendían cada tres o cuatro horas, y los soldados vigilaban con gemelos los pasos de la crestería. Luego los apagaban y esperaban algún tiempo.

—Se oye ruido al otro lado —dijo el soldado, cuadrándose.

—Cerdos inmundos, asquerosos puercos... —Rumió el teniente, cuyo vocabulario— se trataba de un campesino —era muy limitado.

Se levantó, se puso las botas y, tomando su linterna eléctrica, salió al campo.

Efectivamente, se oían disparos al otro lado de la crestería. Y voces que chillaban en serbio.

—¡Atención! —gritó el teniente—. ¡Creo que nos quieren atacar!

¡Telefoneen a Kreznica!

Los soldados se dejaron caer entre las piedras y, bruscamente, se encendieron los dos reflectores, iluminando las faldas pobladas de hayedos. Los disparos se hicieron más espesos al otro lado y, de pronto, una voz empezó a gritar en búlgaro.

—¡Atención! —volvió a rugir el teniente.

—¡Camaradas: auxilio! —gritaba la voz—. ¡No disparen! ¡Macedonia búlgara!

—¡Atención! —repitió el oficial, completamente desconcertado—. ¡Fuego!

Varios fusiles crepitaron, pero ninguno veía exactamente el blanco. Al otro lado de la frontera, por entre uno de los bajos puertos, un megáfono empezó a ganguear. Un energúmeno disparaba órdenes tras órdenes, destinadas a los búlgaros.

—¡Cogedlo! ¡Es un asesino! ¡Cogedlo y devolvédnoslo o disparemos! ¡Es un asesino!

—¡Allí, mi teniente! —dijo un sargento, apuntando su ametralladora portátil hacia un claro entre las hayas.

Basta con que un yugoslavo le diga a un búlgaro que no haga una cosa, para que éste sienta deseos de hacerla. El teniente búlgaro decidió in mente que, fuese lo que fuese, él tenía que apoderarse del hombre que huía.

—Guardaos y procurad cogerlo —dijo—. A ser posible, vivo. Quizá sepa cosas.

Dos soldados se lanzaron hacia la ladera, sin hacer caso del megáfono, mientras los demás de la sección comenzaban un tiroteo nutrido a la crestería, para evitar que pudieran aparecer por allí los milicianos serbios.

La cosa duró poco. El megáfono se desgañitó, los serbios dispararon a bulto, los búlgaros hicieron lo mismo y por todo el trozo de frontera se insultaron y se tirotearon, se llamaron cerdos, se investigaron sus antecedentes familiares y por fin, a las cuatro de la mañana, aquello fue calmándose.

El teniente se enfrentó a un hombre de mediana estatura, indudablemente un macedonio por su acento, que jadeaba y se apoyaba en la mesa. Llevaba la ropa rasgada por algunos sitios, pero se veía que no era ningún mendigo, sino un hombre más bien acomodado.

El susodicho oficial tenía la costumbre de dirigirse a sus inferiores por el calificativo de cerdo. En realidad en él no era un insulto, porque los había guardado hasta que entró en el Ejército y habían sido una especie de hermanos suyos cuando solo, en las fragosidades de los montes Ródope, no tenía nadie a quién hablar, sino a aquellos hociqueantes paquidermos. Su padre, *komitadji*, también había sido porquero.

—¿Por qué huías, cerdo? —preguntó.

El asesinato político no tiene en los Balcanes el mismo significado criminal que en los países civilizados. Los oficiales que asesinaron al rey Alejandro y a la reina Draga en sus habitaciones, se quedaron tan tranquilos y satisfechos. Habían salvado a Serbia de caer en manos de los austríacos o, al menos, eso pensaban ellos. El hombre se irguió.

—Me llamo Milo Mirkov —dijo, orgullosamente—. Y he matado al gobernador de Monastir.

—¿Qué lo has matado? —se asombró el exporquero—. ¿Por qué?

—Porque soy macedonio —declaró el otro, más orgullosamente todavía—. Y Macedonia es búlgara a pesar de esos perros de griegos y serbios. Yo soy búlgaro porque soy macedonio. Lléveme ante sus superiores.

Lo que hizo el teniente Kazalevo fue encerrarlo, pero, de todas formas, estaba muy impresionado. Eso estaba bien, caramba, acabar con todos los perros serbios. El gobernador de Monastir... caramba, eso estaba bien. Monastir (Bitol en serbio) es la segunda ciudad de la Macedonia yugoslava, más de treinta mil habitantes...; caramba, aquello estaba realmente bien.

A la mañana siguiente, la radio militar de Kreznica recogió noticias de Yugoslavia. Efectivamente, se había atentado contra el gobernador de Monastir, el general Paulov, pero las balas homicidas no habían llegado a matarlo. Solamente estaba herido. Aquella misma tarde, un importante funcionario se encerró a solas en su despacho con Milo Mirkov.

Al darle la noticia, el macedonio se puso pálido y luego enrojeció hasta parecer a punto de estallar.

—¡Perro maldito de once vidas! —aulló—. He de volver para verlo ensartado como un cerdo. ¡Por Dios que lo he de empalar!

—Cállese —le dijo el funcionario—. Ya veremos lo que hacemos con usted. ¿Nació en Yugoslavia?

—Macedonia —dijo el otro, machaconamente— es búlgara. Soy, pues, búlgaro.

Como el funcionario también era macedonio simpatizó con los sentimientos del fanático.

—Bien; veamos sus papeles.

Milo Mirkov, comerciante en granos, nacido en Ochrida, a orillas del lago del mismo nombre. Había estado dos veces en la cárcel por peleas con los funcionarios yugoslavos. Treinta y cinco años.

—¿Tiene usted alguna intención, por ahora? —le preguntó.

—Sí; volver a Monastir a rematar a ese perro...

El funcionario reflexionó unos instantes. Ambos se hallaban en una soleada habitación de Kustendil, mirando a un paisaje invernal de casas de madera y edificios de ladrillo de reciente construcción.

—No creo que eso sea posible ahora. Más vale que se olvide de ello por algún tiempo. ¿Es usted del partido?

Milo movió la cabeza de un lado a otro.

—No; simpatizante —dijo—. Quizá aquí me hubiese hecho de él, pero allí, con aquellos puercos, no.

—¿Tiene usted parientes en Bulgaria? No podemos tampoco dejarlo suelto. No me parece que sea usted muy seguro. El fanatismo es un arma de dos filos.

—No soy un fanático —dijo el otro, sinceramente ofendido al parecer—. Soy un macedonio que quiere una Macedonia búlgara. No, no tengo parientes, pero tengo amigos en Sofía.

—¿Quiénes?

—Una familia llamada Renke. Incluso creo que él es primo lejano mío.

—¿Alemanes?

—¡Oh, diablos, no lo sé! Pero sí que sus padres nacieron ya en Bulgaria o, al menos, eso creo. Pero yo no quiero ir a Sofía. Yo quiero volver a Monastir, padrecito. Tengo que volver.

—Durante algún tiempo no podrá hacerlo, Mirkov. Ya veremos luego lo que ocurre. Por ahora tendrá que ir a Sofía.

Mirkov puso una cara muy desagradable.

—Creí que los búlgaros podrían entenderme, padrecito. Esto no

es justo. Yo tengo derecho a marcharme si quiero.

—No —contestó el otro firmemente—. Tendrá que ir a Sofía.

Una vía férrea enlaza directamente Kustendil con Sofía. A las siete de la mañana siguiente, Milo Mirkov se encontró cruzando las montañas en un tren traqueteante; a las once llegaba a Radomir, y por fin, después de haber echado una furtiva mirada al fuerte de Bali-Effendy, que mostraba sus monstruosos cañones como desgarrados esqueletos de acero, llegaba a la capital búlgara.

Se apeó, entumecido por el frío, en lo que antiguamente fue la estación del Zar Fernando. Se acordaba perfectamente, a pesar del tiempo transcurrido, de la topografía de la ciudad. Estaba seguro de que hubiera podido encontrar, con los ojos cerrados, la calle de la Moskowska, donde vivía la familia Renke. No tenía sino que salir de la estación, atravesar la avenida y la plaza de la catedral de San Alejandro Nevsky y llegaría a la calle. El policía que había venido con él se le quedó mirando.

—¿Qué va a hacer? —le preguntó.

—Ir a lavarme y a cambiarme de ropa a casa de mis amigos. ¿Usted me va a seguir todo el tiempo, como hacen esos perros serbios?

El policía se rió.

—No; pero tengo órdenes de dejarlo en casa de esos amigos suyos, hermanito.

La casa era una construcción de piedra y ladrillo, como muchas de las que se ven en Sofía, con esas curiosas torrecillas redondas pintadas de colores vivos, verde amarillo o rojo, y con ventanas alargadas en sentido vertical, juntas unas a otras casi como ajimeces moros. Desde aquella casa se veía, volviéndose a la izquierda, el sitio donde estuviera la estatua de Alejandro II, zar de todas las Rusias, y que Schenk recordaba muy bien. Ahora, por lo visto, la habían quitado. También podía distinguir el edificio del *Sobranjé*, la Asamblea Nacional.

Golpeó con el aldabón fuertemente, mientras recordaba, con una sonrisa que no acudió siquiera a sus labios, las instrucciones del funcionario en Washington. «Serán cuatro; el viejo, de unos cincuenta años; la vieja, de algo menos; un muchacho joven, de unos veinte años, y una mujer, joven también».

Fue un viejo el que abrió. Es decir, un hombre de mediana edad

de cabello cano que había sido muy rubio, y de ojos azules y despiertos. Sus manos demostraban que era un obrero. El porqué estaba en su casa lo explicaba la hora: la de la comida.

—Buenos días, padrecito Renke —dijo Milo Mirkov, adelantándose y dándole un beso en la mejilla.

El policía se echó a reír.

—Eso ya no se usa, hermanito; está pasado de moda y resulta burgués.

—Pues yo saludo como buen macedonio que soy —respondió instantáneamente Milo—. Y el que seas... —Pero ante un signo imperioso del otro, no prosiguió.

Se volvió al anciano, que lo había tomado por los hombros.

—Es una agradable sorpresa, Milo —dijo Renke—. Pasa y comerás. Tu amigo también, naturalmente.

—No, no puedo —dijo el policía—. *Pan* Renke, usted responde por este hombre, ¿verdad?

—Es un antiguo amigo mío.

—Bien; ya tendrán noticias del comisario político en otra ocasión. Ahora me voy.

Schenk entró en la casa. En el recibidor, una habitación caliente y acogedora, en la que se veían las manos de varias mujeres cuidadas y limpias, se volvió al viejo.

—Ha estado usted muy bien —dijo, fríamente—. Me conoció enseguida, supongo.

—En efecto. ¿No quiere pasar?

De allí entraron a un comedor. Alrededor de una mesa, en la que albeaba un mantel, había otras cuatro personas. Una mujer de mediana edad una muchacha, un jovencito y un viejo.

—Ha llegado nuestro amigo —anunció Renke.

—Milo Mirkov —se presentó Schenk.

—Ésta es mi mujer Emma, mi hija Ivana, mi hijo Torodja y... —vaciló al señalar a la cuarta persona. Era un hombre anciano, de unos sesenta y cinco años, por lo menos, de pelo muy blanco. Pero, en realidad, no hacía falta presentación. Llevaba una larga sotana negra y no usaba barbas. Era un cura, el padre Golov.

—¿Un *pope*?[2] —preguntó Schenk, clavando sus fríos ojos en el hombre de la sotana.

—No —repuso el otro, con una sonrisa—. De la Iglesia de Roma.

Quiero decir, católico.

—Ya; gracias.

—Siéntese, *pan*[3] Mirkov —dijo Emma Renke—. Comerá usted una sopa de coles.

—Mi mujer hace una sopa de coles estupenda —dijo Emil Renke—. Es una cosa de esas que un alemán no olvida, vaya donde vaya.

Era un poco patética la forma en que todos parecían querer serle agradables. Pero Schenk, al sentarse, levantó una mano en el aire.

—Les supongo enterados del peligro que corren al admitirme en su casa. No quiero ocultarles que éste es muy grande para ustedes. Podría costarles la muerte.

—La vida ya no es lo que era antes —dijo Renke, pausadamente, mientras su mujer suspiraba—. No voy a decir con eso que no tenga importancia, no, porque Dios que nos la dio, es quién sabe si es importante o no. Pero quiero decir que llega un momento en el cual se ven las cosas de otro modo. Me refiero a la opresión y todo eso. Mi familia procedía de Baviera y todos somos buenos católicos. Pues bien: hemos visto perseguir a los sacerdotes, y el padre Golov está en libertad solo porque es viejo, pero le niegan el derecho a decir libremente su santa misa. No creo pecar contra Dios si ayudo a que esto acabe pronto.

Era un discurso enhebrado laboriosamente, pero del que Schenk no pareció siquiera darse cuenta. Había hundido su cuchara en el bienoliente plato de sopa de coles y parecía pensar en otra cosa. Pero estaba atento.

—Bien, entonces. Yo quería únicamente avisarles del riesgo que corren. Si están conformes con ello, no hablaremos más.

Los demás parecieron un poco decepcionados. Torodja, el joven hijo de Renke, se movió con desasosiego.

—Ya te dije, padre, que esto era una locura. No debemos conspirar contra el régimen.

Schenk lo miró con frialdad y desprecio:

—Comunistizante, ¿eh? El pariente de ustedes no me habló de nada de eso.

—Torodja no es comunista —repuso una voz fresca y cantarina—. Es solamente que quiere seguir su carrera sin que lo envíen a las marismas o a las salinas.

Schenk se volvió hacia la que había hablado. Era Ivana.

—No se trata de la existencia de uno de nosotros, sino de la del mundo. Ante eso, los egoísmos deben callar, señorita. Lo que sí sé es que no puedo estar muy seguro en un lugar en el que hay un procomunista.

Renke se puso en pie con gran dignidad:

—Está usted completamente seguro en mi casa, *herr* Mirkov. Mi hijo jamás hará nada que pueda ocasionarle un solo trastorno —y se sentó, volviendo a tomar su cuchara.

Hubo un silencio un poco penoso para todos menos para Schenk. Éste se limitó a asentir con la cabeza y prosiguió comiendo. Antes de terminar con el *sauerkraut*[4], el hijo, no obstante se levantó, saludó rígidamente y salió de la estancia.

—Tiene que asistir a sus clases de ingeniería —le excusó su madre.

Era una alemana auténtica, de pelo rubio ceniza, de cuerpo robusto y coloradas mejillas. Sus azules ojos reflejaban aprensión.

—Quisiera hablar con usted, Renke —dijo Schenk—. Necesito que nos pongamos de acuerdo en algunos puntos.

Renke lo precedió hasta la salita, en la que había un aparato de radio, silencioso en aquellos momentos.

—Cortan la corriente siempre que hay alguna emisión extranjera en búlgaro o en alemán —dijo, sonriendo—. Yo he cogido algunas veces la

B. B. C.

y la Radiodifusión, de París, pero nos advirtieron severamente que no lo hiciéramos, bajo pena de prisión y pérdida de empleo.

—Padre: si no le importa... —empezó Schenk al darse cuenta de que el sacerdote los había seguido. Pero Renke levantó la mano amablemente:

—¡Oh! El padre es uno de los hombres más enterados de toda Sofía y de sus alrededores. Casi toda la colonia alemana en Sofía es de origen bávaro, por lo cual son católicos. Él está perfectamente al tanto de todos los problemas.

Schenk examinó a los dos con sus heladas pupilas.

—Me juego el cuello en esto. Pero aún hay algo más importante que mi cuello, y son los intereses de mi país. No puedo distraerme ni una milésima de pulgada, porque iría a parar al nudo corredizo. Por tanto...

—Creo que *pan* Mirkov tiene razón —dijo el anciano, poniéndose en pie—. Él sirve a una causa justa y debe procurar llevarla a buen fin, con la ayuda de Dios.

—La mitad de las cosas que me preguntase *herr* Mirkov yo no podría contestarlas —repuso Renke. La terquedad germánica había aparecido debajo de su bondad—. *Meinherr*: el padre Golov es el más enterado en todo. Usted lo necesitará, no le quepa la menor duda. Y no podrá tener duda alguna de un ministro del Señor, ¿verdad? Yo no podría contestar.

Era indudable que el hombre haría lo que decía, y Schenk, cuyo bisabuelo naciera en una pequeña ciudad hanseática, podía comprender ligeramente a los alemanes.

—Está bien —dijo, con sequedad.

Se dejó caer en una silla e, inconscientemente, buscó cigarrillos. Cuando se despidiera del coronel Drakovicz, había dejado en poder de éste, con alegría del serbio, sus cigarrillos y todos los objetos que pudieran recordar remotamente a América. Renke vio el gesto, común en todos los países, y le alargó una bolsa de tabaco y un librito de papel más espeso que cualquiera de todos los que el inspector hubiera visto en su vida.

Por primera vez, la sombra de una sonrisa cruzó por la boca del americano.

—Lo siento —dijo—. La instrucción nuestra no puede ser tan completa. No sé liar tabaco.

El sacerdote sonrió ampliamente, creyendo roto el hielo, y, con gran habilidad, le hizo un cigarrillo y se lo dio a pegar.

—Tendrá que fumar en pipa entonces —dijo, entregándole una caja de fósforos—. No puede ir por ahí haciendo los cigarrillos mal. Todo el mundo se daría cuenta.

—Aprenderé en poco tiempo —respondió Schenk, con seguridad.

Encendió un fósforo y lo aplicó a la punta del cigarrillo. El resultado fue un violento golpe de tos.

—He oído que los americanos pueden hacer eso sin toser —dijo el padre Golov, ligeramente divertido—. Pero aquí, no. Si sus fósforos de ustedes son inodoros, los de aquí son casi puro azufre. Debe usted esperar a que se queme por completo la cabezuela antes de aplicarlo al cigarrillo.

Schenk pareció no haberlo oído. Contempló el humo con disgusto un momento y luego volvió a dar otra chupada. Los búlgaros han fumado siempre buen tabaco griego, egipcio y turco, pero ahora las cosas han cambiado un tanto. Los rusos encuentran muy natural darles esas hierbas seminocivas que mal cuidan en Siberia, a cambio del de antes. El cambio, no es necesario decirlo, es completamente obligatorio. La *madrecita* debe ser cuidada.

—Quiero saber cuáles son los sitios, en los alrededores de Sofía, que están guardados por soldados y en ellos trabajan obreros y hay técnicos rusos.

Los dos búlgaros guardaron silencio. Fue Renke el que habló primero:

—Hay muchos sitios así en Bulgaria. Yo soy capataz en una fábrica de rodillos y he oído hablar algunas veces de los trabajos secretos. Claro que al que lo cogen hablando de eso lo sancionan. Pero ya sabe usted lo que son esas cosas. Corren como la pólvora. Muy cerca de Sofía, en Vladaja, en el monte Vitos, hay una factoría. Cientos de obreros van diariamente en tren hasta allí. Pero hay otros muchos que viven en casetones de madera, guardados por soldados. Ésos no vienen nunca a la capital.

—¿No han oído ustedes cosas, rumores, acerca de algún hombre de ciencia alemán?

—No —respondieron ambos al unísono.

—Queda otra cosa. Yo estaré vigilando durante algún tiempo. Eso quiere decir que no podré ponerme en contacto con la Embajada de mi país. ¿Conocen ustedes...?

Renke rió silenciosamente.

—Ya le dije que el padre Golov sería insustituible —dijo—. Hable, padre.

—Soy el confesor de la embajadora —dijo el sacerdote, sonriendo también—. Ésa es una de las causas por las cuales no han intentado expulsarme del país. Además, no pueden temer a un anciano como yo.

—Bien. Me alegro. Podrá usted, entonces, hablar con el embajador. Él le indicará la manera de vernos —se puso en pie—. Me gustaría dormir un rato —dijo—. Quiero estar fresco para luego. Naturalmente, entonces, por medio del padre Golov recibirán ustedes el dinero que tienen derecho a esperar de los Estados

Unidos.

Renke se puso en pie.

—Hay cosas que no se pagan con dinero, *herr* Schenk —dijo, seriamente—. Nosotros hacemos esto porque nos parece justo. No necesitamos ninguna retribución.

Schenk no parecía dispuesto a discutir.

—Como quiera —dijo.

Mama Renke lo esperaba en el comedor, ya limpio.

—Le enseñaré su habitación, *meinherr*. Temo que no sea muy grande, pero sí me atrevo a asegurarle que será muy cómoda.

Efectivamente, para los cánones europeos era cómoda. No para Schenk. Le hubiera hecho falta el baño empotrado al lado de ella y un montón más de cosas... Contempló con disgusto que la colcha estaba ligeramente rozada, aunque muy limpia. Y los cristales de la ventana, que daba a la Moskowska, no eran de fina factura, sino que deformaban ligeramente las imágenes. Más que nunca deseó complimentar su misión y poder volver a los Estados.

—Gracias —dijo.

Se quitó las botas y se dejó caer en la cama, pensando profundamente. Pero habían sido demasiados los acontecimientos de los días anteriores, y en las cárceles había dormido poco. Al poco tiempo se quedó transpuesto.

—¿Qué le ha parecido, padre? —preguntó Renke, golpeando su pipa contra la chimenea—. Creo que no debe ser un hombre muy tratable.

—Es pronto aún para opinar, Emil. Hemos de darnos cuenta de que es mucha la responsabilidad que pesa sobre sus hombros. Pero hemos de llevar gran cuidado. No debe comprometeros a vosotros.

—¿Y a usted?

—¿Yo? Bueno, hijo, soy bastante viejo, y después de todo, ni una hierba del campo se mueve sin el permiso de Dios. Si Él insiste en llevarme consigo —sonrió, agradecido—, pues sabrá lo que hace. He rezado mucho estos últimos tiempos y las cosas que suceden no me gustan nada. Si hago algo en beneficio de nuestro amigo americano, estoy seguro de que Dios no lo deplorará por mí —siempre sonriendo, se puso en pie—. Me voy a ver qué han hecho con mi casa. Siempre encuentro algo nuevo en ella. A lo mejor es el caballo de un correo o refugiados. En este último caso, siempre

puedo hacer algo por ellos.

—Cuídense, reverendo padre.



¡PROEZAS! ¡PROEZAS! ¡PROEZAS!

P R O E Z A S

Es el título de la nueva colección de aventuras modernas, en ambientes exóticos, realizadas por hombres audaces y mujeres apasionadas.

Argumentos tensos y dramáticos, presentación exquisita, 160 páginas, al bajo precio de CINCO pesetas.

JOVENES, MUJERES Y HOMBRES leerán

P R O E Z A S

III



L doctor terminó de coser y cortó el *cadgut* cuidadosamente. Con un ligero suspiro, se volvió de espaldas y alargó las manos a la enfermera para que le quitase los guantes, mientras los ayudantes se llevaban la camilla con el enfermo. Entonces fijó sus ojos en la cara, muy pálida, de la joven.

—¿Se encuentra mal? —preguntó—. ¿Qué le ocurre?

—Es la primera operación así en que ayuda —dijo la enfermera jefe, una mujer asténica, con cara de pájaro—. No se preocupe, doctor Vossler.

—Siéntese —ordenó el médico a la joven—. ¿Ha practicado poco?

—Sí, doctor; pero necesitamos enfermeras. Las muchachas prefieren las fábricas porque ganan más, y tenemos que contentarnos con lo que buenamente viene.

La operación había sido terrorífica. El mismo médico estaba medio deshecho. Un soldado, herido en una escaramuza con los griegos, que había recibido varias ráfagas de ametralladora en las piernas. Éstas le habían sido amputadas.

—Pues lo ha aguantado muy bien. ¿Se encuentra mejor, enfermera?

—Sí, señor —respondió la muchacha, débilmente—. No ha sido nada. Ya ha pasado.

—¿Cómo se llama usted? Me acordaré al dar el informe a la Comisaría de Sanidad.

—Ivana Renke, señor doctor.

La enfermera jefe se había alejado. El médico, un hombre de unos cuarenta años, con cara de cansancio, se inclinó hacia ella.

—¿Alemana?

Ella movió la cabeza negativamente.

—Búlgara. Mis abuelos eran alemanes.

—Mis padres, también. ¿La tratan bien?

—Me consideran búlgara —respondió ella, sonriendo y poniéndose en pie—. Y lo soy, señor doctor. ¿Por qué?

—No sé... —dijo el otro, inseguro—. Creo que a veces nos miran mal. Estoy seguro que de no haber sido por mi profesión, me hubiesen deportado.

—¿Por qué?

—No lo sé. No es algo de lo que se pueda hablar.

La colonia alemana en Bulgaria, lo mismo que en Rumanía, es muy extensa. La proverbial habilidad e inteligencia germánicas han hecho mucho por esos países. Una gran cantidad de médicos, ingenieros y técnicos son descendientes de alemanes y descuellan entre los un poco atrasados, eslavos. Éstos se vengan de cuando en cuando molestándolos. Y bajo el dominio ruso, esto se había recrudecido un poco.

—¿Sale de guardia?

—Sí, señor doctor.

—La acompañaré.

El cielo se había puesto gris. La masa plomiza del Hospital Lenin se fue quedando atrás a medida que el tranvía avanzaba por la avenida Slavenska, a ambos lados de la cual se estaban construyendo nuevos edificios.

—Nevará —dijo el médico, resignadamente—. Y no tardará mucho. ¿Ha pensado usted que dentro de dos días es Navidad?

—Eso son cosas burguesas —dijo la joven, sonriendo. Ambos estaban muy cansados—. El comisario de *quartier* tiene la costumbre de pasarse por mi casa en estos días, para asegurarse de que no cantamos canciones católicas. Pero como no conoce alemán, cantamos *Stille Nacht, Heilige Nacht*[5], diciéndole que es un *lied*. Un día acabará extrañándose de que cantemos siempre el mismo *lied*, y entonces chillará a gusto —terminó, con una muesca de travesura—. En realidad, no es que sea un mal hombre, sino que se le han subido a la cabeza unas cuantas explicaciones mal digeridas.

Se apearon en la esquina del Museo Etnográfico, muy cerca de la casa de la joven.

—¿Quiere usted entrar? —preguntó ella, vacilante.

El médico movió la cabeza negativamente.

—No, gracias. Si necesita algo del hospital... Tal vez la enfermera jefe no sea muy... tratable...

—Gracias, señor doctor; pero me llevo bastante bien con ella. Adiós.

Apenas había cerrado la puerta de su casa, cuando llamaron a ella. Sin quitarse el gabán abrió. Un hombre alto, de cara angulosa y pecho hundido, de manos grandes y fuertes, estaba en la puerta. Lucía un chaquetón de cuero, de esos que los revolucionarios rusos pusieron tan de moda y en la gorra de paño llevaba la inevitable estrella roja de cinco puntas.

—Hola, camarada Ivana —dijo, pasando al interior.

Emma Renke apareció en la puerta de la sala.

—Hola, camarada comisario. Pase —dijo, con una sonrisa de bienvenida.

Todos se habían acostumbrado a tratar así al omnipotente jefe de *quartier*, ya que en manos de éste estaba toda la política y la fuerza.

—Hola, camaradas.

Dentro de la sala estaban el padre Golov, Schenk y el joven Renke, que estudiaba en un folleto. Todos levantaron la cabeza.

—Hola —dijo el padre Golov—. Parece que nevará, ¿eh, Kirilov?

El comisario no contestó. Estaba mirando a Schenk, que, a su vez, no le quitaba ojo.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Seguramente que ya se lo habrán dicho —replicó Mirkov, malhumorado—. Parece que aquí nadie puede moverse si no saben dónde está. Soy Milo Mirkov, macedonio, y quise dar muerte al gobernador de Monastir. Pero la próxima vez no fallaré el golpe. Y usted, ¿quién demonios es?

—Stoian Kirilov, comisario político. Tengo a mi cargo la barriada. Ya sabrá usted que no debe moverse.

—¡Un cuerno no puedo moverme! Dentro de poco tengo que volver a Monastir. Aquí no tengo dinero y necesitaré trabajar. No voy a estar constantemente quieto, mientras me alimentan mis amigos. ¡Un cuerno voy a no moverme!

Kirilov pareció indeciso. Estaba acostumbrado a que no se discutiesen sus órdenes.

—Yo necesito trabajar —declaró, firmemente, Mirkov—. Así que... tendré que buscarlo. Antes de dedicarme al comercio, yo era un buen mecánico. ¿No conoce usted nadie que necesite un buen mecánico?

—No es mi obligación buscar empleos a los demás —declaró, con gran dignidad, Kirilov, un poco ofendido por la familiaridad del otro—. Yo pediré instrucciones a mis superiores...

—¡Un cuerno pedirá! Eso es lo que pedirá. Ya sé cómo son los funcionarios. Le van dando largas... No podemos ahora... Tiene que rellenar un papel... ¡Un cuerno! Yo necesito un empleo. Creo que me haré comisario. Son los únicos que viven sin trabajar.

—Debe usted tener más respeto por los funcionarios —alegó Kirilov, batiéndose en retirada ante la acometividad del otro—. Más respeto, camarada...

—¡Un cuerno, más respeto! Yo soy macedonio y los macedonios sabemos lo que queremos. Y yo quiero un empleo. He intentado matar al gobernador de Monastir, he pedido una Macedonia búlgara y encima se me recibe así. Ya les diré yo cinco palabritas a los funcionarios.

Schenk estaba sencillamente magnífico. Sin atreverse a mirarle directamente, por miedo a prorrumpir en risas, Ivana procuraba no perderse ni un detalle. Así, exactamente, era como se portaría un campesino acomodado o un obrero.

Emma interrumpió la discusión con mucho tacto, apareciendo

con una fuente de pastelillo caseros y una botella de aguardiente de patatas. El comisario Kirilov, que no había ido allí a otra cosa, vio el cielo abierto.

—Hablaré a mis superiores —dijo, precipitadamente—. Te lo prometo, camarada —y echó una significativa ojeada a los pastelillos y al aguardiente; Mirkov también pareció calmarse.

—Gracias, mama Emma —dijo.

Y ambos se sentaron a la mesa, poniéndose a comer seguidamente. Mirkov comía con la cara muy cerca del plato, como la gente de baja condición, y haciendo ruido con las mandíbulas. Por el contrario Kirilov, que no dejaba de mirar a hurtadillas a Ivana, trataba de comportarse con la mayor corrección. Ahora bien; sin olvidarse de acariciar la botella del aguardiente. Schenk también bebió copiosamente, mientras el padre Golov los contemplaba. Ivana había desaparecido en la cocina, con su madre, y Torodja también se había marchado.

—No comprendo, camarada —dijo, de pronto, el comisario—, por qué no hemos echado ya a todos los curas de nuestra patria.

El padre Golov sonrió ampliamente y tomó un pastelillo.

—¿Hay alguna razón especial para ello? —preguntó.

El comisario se atragantó.

—Pues naturalmente. Corrompen al pueblo. Opio de las masas. Adormecen el progreso.

—La civilización ha avanzado de siglo en siglo y, sin embargo, había religión. Y fueron frailes los que escribieron los primeros libros.

El comisario no tenía nada que contestar a eso. Le habían dado unas cuantas ideas fijas y unos cuantos *slogans* y los soltaba siempre que podía. Las discusiones entre el padre Golov y el comisario Kirilov eran de la más copiosa comicidad que darse pueda. El sacerdote había conocido al otro desde niño y se lo sabía de memoria.

Siguieron comiendo. Para Mirkov, todo aquello estaba de más. Bebió como una esponja y obligó a beber al comisario. Al cabo de una media hora, los dos estaban un poco borrachos y eran ya muy amigos. El sacerdote se había retirado a otra pieza. De cuando en cuando, Ivana asomaba la cabeza por la puerta, un poco aprensivamente. Por fin, cuando ya estaba a punto de regresar

Renke de la fábrica, ambos salieron de la casa, dando traspiés y abrazados.

—¡Viva Macedonia búlgara! —gritaba Mirkov en el momento de abrir la puerta—. Vamos, camarada, vamos a asesinar al gobernador de Monastir. ¡Y al de Krusevo! Tú y yo somos dos camaradas de los buenos, ¿eh, padrecito? Pues los buenos camaradas asesinarán al gobernador de Monastir. ¡Viva Macedonia!

Era ya de noche, y algunos transeúntes se pararon a mirarlos. A través de la niebla vaporosa del alcohol, el comisario se dio cuenta de que peligraba su dignidad si seguía al lado de aquel borracho insultante.

—Vamos, camarada; entra a casa. Yo tengo que marcharme —dijo, empujándolo. Pero Milo Mirkov no parecía decidido a hacerle caso.

—¡Vamos a matar al gobernador! —propuso a voces.

Por fin, Ivana y su madre lograron hacerle entrar y el comisario dio un suspiro de alivio. También estaba borracho, pero, caramba, aquel hombre era una bestia bebiendo. Procuró hacer su paso lo más marcial posible y se encaminó a su oficina.

Schenk cambió en cuanto el otro se marchó. Se irguió y desaparecieron de su rostro las huellas de la borrachera. Aunque el aguardiente era muy fuerte, él estaba acostumbrado a beber *martinis* y podía resistir bastante bien.

—Voy a salir —anunció—. Es preferible que no me esperen, o bien que me dejen la llave en cualquier sitio, porque no sé cuándo volveré. Padre Golov: ¿está seguro de que ese hombre se encontrará en el sitio convenido?

—Sólo Dios puede estar seguro de todo, hijo; pero creo que allí lo encontrarás. Recuerda que es búlgaro, pero adicto. Es un *pomak*, por lo tanto aborrece a los comunistas.

Los *pomaks* son búlgaros que han adquirido la religión mahometana. Suelen ser gente dura, ya que han constituido siempre una minoría y los búlgaros los han perseguido siempre sañudamente. Schenk afirmó con la cabeza.

Cuando salió, empezaba a nevar. La cremosa y blanca sustancia estaba ya manchando las redondas y amarillentas torres de la catedral de San Alejandro Newski. La plaza estaba casi vacía, lo mismo que las calles adyacentes y la avenida Slavenska. Caminó por

ésta rápidamente, despreciando los tranvías, hasta encontrar una calle que se hundía en el barrio judío. Se subió el cuello del gabán y empezó a escrutar a todas las personas que pasaban por su lado, hasta llegar a una esquina en la que había una carnicería hebrea. Ésas eran las señas que tenía por conducto del sacerdote.

Con las manos metidas en los bolsillos de un grueso abrigo y un poco caliente *tarbush* en la cabeza, había un hombre contemplando distraídamente los trozos de carne cortados según las leyes judías. De vez en cuando dirigía insolentes miradas a los viandantes. Bien tapado con el cuello del gabán, Schenk se le acercó.

—¡Hola! —dijo simplemente. El hombre lo miró con la misma insolencia y no contestó. Schenk empezó a dudar de sí mismo, pero se dio cuenta de que una pareja de jóvenes judías cruzaban a su lado y aguardó, sin dejar de mirar aquellos negros ojos a la luz del farol de gas.

—¡Hola! —respondió por fin el otro—. Usted es Schenk.

—Sí. ¿Dónde podemos hablar?

El *pomak* se metió el *tarbush* en el bolsillo.

—Lo traía únicamente para que usted me reconociera. Me llamo Boleslav, Alí Boleslav. Hay por aquí cerca un sitio en el que podremos hablar.

El sitio era una taberna en un sótano, llena de soldados búlgaros y suboficiales que bebían aguardiente fuerte y entonaban canciones de guerra, indudablemente el sitio era el mejor para mantener una conversación sin que nadie se enterase, ya que estaba toda llena de ruidos de muy variadas clases.

Una campesina joven, de formas rotundas, les sirvió; pero el *pomak*, fiel a su religión, se abstuvo de probarlo. Se limitaba a llenar su vaso y a volcarlo luego en uno de los cajones con arena que habían colocado para tirar las colillas y los escupitajos.

—Bien. El secretario me ha dicho que necesitaba usted ponerse en contacto con nosotros. Recuerde que puede ser peligroso.

—Lo que menos me imaginaba yo es que me iban a enviar a un asalariado. Pensé que vería al propio secretario —dijo Schenk secamente—. No creo que tenga usted atribuciones para gran cosa.

Brillaron los ojos del búlgaro, pero con un esfuerzo se contuvo.

—Bien; pero, puesto que estoy aquí... Dígame lo que desea. Procuraremos con mis escasas atribuciones llegar a alguna parte.

—Si el plan fracasa por la incompetencia de unos cuantos burócratas, lo sentiré —respondió el agente del F. B. I.,

con desprecio—. Yo soy quien más pierde. Bien; la leche está derramada y no vamos a llorar. Necesito saber si se tienen noticias de algún sitio cercano a Sofía en el que se estén llevando a cabo experimentos secretos.

—En Vladaja —respondió instantáneamente el *pomak*—. Hay otros sitios en Bulgaria, naturalmente, pero sabemos que Vladaja es el más importante por una sencilla razón: la de que infinidad de generales rusos y de sabios soviéticos han llegado allí. Es decir, llegan y se marchan. El embajador americano, que es un hombre listo —sonrió—, no pierde ocasión de organizar fiestas en honor de diversas personalidades moscovitas, aunque la Secretaría de Asuntos Exteriores se queja de la cantidad de dinero que gasta. Pero eso sirve para saber los movimientos de todos esos perros.

—¿Por qué han elegido un sitio tan cercano a Sofía?

—Lo ignoro, pero creemos que porque en esos montes hay minerales magnéticos. Naturalmente que eso no lo sabemos de cierto, pero antes de que los rusos se apoderasen del país se estaban haciendo algunas investigaciones en ese sentido. Allí han montado ahora, en uno de los sitios más escondidos de los Montes Vitos, una serie de factorías y de barracones. Incluso han construido casas para los sabios. Todo esto son referencias, porque, desde luego, uno no sale del pueblo de Vladaja sin que se le eche encima una patrulla.

—Ya... —A Schenk le había gustado la concisión y claridad de exposición de hechos del otro. Un poco menos fríamente, preguntó:

—¿Hay gente en Sofía que en un momento dado me pueda respaldar, si es necesario, con las armas en la mano?

El *pomak* entornó los negros ojos.

—Bien pudiera ser. Tendría que decirme con seguridad si los necesitaría o no.

—Sí.

—Pues bien podría ser. ¿Cuántos y para qué?

—Eso soy yo quien lo tiene que decir, amigo. Usted dígame la mejor manera de ponerme en contacto con usted en un momento dado.

—La manera más fácil es usar el teléfono. No tenemos por qué

vernos y que luego alguien pudiera recordarlo. Llame a este número: V. 34.45, y yo mismo me pondré al aparato. Recuérdelo. Al contestar yo, digo siempre: Buen día. Si no oye esto, cuelgue inmediatamente. Y no llame desde el mismo sitio siempre.

—Amigo, llevo algunos años en el oficio —dijo Schenk con frialdad—. Bien. Entonces, lo mejor es que desaparezcamos por ahora. Yo saldré primero.

Cuando abandonaba la taberna, los negros ojos del *pomak* lo siguieron durante un momento con expresión enigmática.

Schenk caminó por entre las calles del *ghetto* hasta salir fuera del barrio judío. Por aquella noche no tenía nada más que hacer. Estaba rabioso con el embajador por haberle enviado a un nativo en vez de un americano, con el cual hubiera podido entenderse mejor. Pero el caso es que ahora se encontraba obligado a colaborar con un montón de individuos de los que no sabía, ni sabría, una palabra.

Llegó a casa de los Renke a las nueve de la noche, cuando ya todos habían terminado de cenar. Solamente Emil, Emma, Ivana y Torodja estaban levantados.

La muchacha le sirvió la cena. Por vez primera, Schenk, al que hasta ahora habían preocupado otros pensamientos, vio que estaba vestida de blanco.

—¿Es usted enfermera? —preguntó.

—Sí.

—¿Por la Obligación Social? —preguntó—. ¿Es así como se llama?

—Sí; pero soy voluntaria. Pienso dedicarme a esa profesión.

—¿Aquí, en Bulgaria? —Una mueca de desprecio crispó los labios de Schenk—. ¿Acaso no le gustaría ir a los Estados Unidos? ¿Qué clase de porvenir tiene usted aquí? No hay médicos buenos, ni hospitales buenos.

Ivana fijó en él la mirada serena de sus ojos azules.

—No —dijo—. Pero hay heridos y enfermos, como en todas partes. Ruego a usted que me dispense, *herr* Schenk. Creo que me voy a retirar.

—Quisiera que hiciésemos un poco de música —dijo Emil, sacudiendo la cazoleta de su pipa—. Si no estás muy cansada.

Hasta entonces no se había dado cuenta el inspector americano que había un viejo y lustroso piano en un rincón del cuarto. Un

«Boissiere» con anticuados aparatos para colocar velas. Pero cuando Mama Renke se sentó en el taburete y recorrió el teclado con sus manos gordezuelas, Schenk comprobó que funcionaba perfectamente y estaba bien afinado.

Ivana, sin responder, salió un momento y trajo un violín. Torodja había sacado una flauta de algún lado y durante un momento se oyeron los soplidos preliminares. Luego, se miraron uno a otro.

Emma Renke sacó un montón de partituras y las hojeó.

—¿Le gusta la música, *herr* Mirkov? —preguntó Renke con cortesía.

Schenk se encogió de hombros.

—No llego a decir que sea el menos molesto de los ruidos, pero eso depende mucho de la clase de música que sea.

Emma Renke empezó el *Claro de luna*, de Debussy, y la flauta y el violín se le unieron instantáneamente. Schenk se acomodó en el diván, tratando trabajosamente de liar un cigarrillo, mientras escuchaba aquella oleada de armónicos derramarse por la habitación, llenarla y deslizarse por las paredes. El arco se movía suave, muy suavemente, de una manera hipnótica, las blancas manos se deslizaban casi aladas por el teclado blanco y negro y los labios del chico besaban la flauta, chupeteándola incansables. Y, sin embargo, de aquellos movimientos tontos, pensó Schenk soñoliento, podía surgir toda la grandeza de un Debussy o de un Mozart.

Luego fue *Peer Gynt*, que Schenk no había oído nunca. No podía saber en qué parte de la composición, Grieg había copiado en música los colores de un amanecer, ni en qué otra parte Anitra danzaba rauda alrededor de la tienda de sedas, en pleno desierto africano, mientras el solitario la contemplaba hambriento. Ni en qué otra volvía a su frío hogar, en las montañas de Noruega; pero se encontró, por primera vez en su vida, dominado por una música. Cuando acabó la obra, se puso en pie bruscamente.

—Creo que por hoy tengo bastante —dijo con sequedad—. Mañana tengo que salir temprano. Le agradecería a alguno de ustedes que me despertase a las siete. Confío también en que si nuestro amigo, el cerdo del comisario, se acerca por aquí, no se crean en la obligación de decirle dónde estoy.

Cuando hubo salido de la habitación, los Renke se miraron.

—Digno compañero del cerdo del comisario —dijo Torodja amargamente—. Nos trata como si fuésemos sus criados. Creí que los americanos eran personas educadas.

—El hombre que arriesga su vida por su país no puede medirse con el mismo rasero que los demás —dijo su padre—. Y tampoco puede confiarse ni un solo momento, no ya por él solamente, sino por su misión. No niego que nuestro huésped es un poco extraño y parece odiar a los europeos, pero es un hombre que cumple con su deber. Si algún día podemos salir de aquí y marchar a los Estados Unidos...

—Ese día no llegará nunca, papá —dijo Torodja—. Mientras Bulgaria era Bulgaria, aquí se podía vivir. Pero ahora no es nuestra Bulgaria, sino Rusia. No entiendo de política, sólo sé que son rusos los que nos dicen lo que tenemos que hacer, rusos los que nos pagan y los que nos encarcelan, y rusos los que, a la menor protesta, nos llevan a Siberia como si fuésemos animales. Amo a mi país como todos lo amamos, pero no a los extranjeros.

La amargura de aquel joven de veinte años era patética. Ivana le echó un brazo por los hombros.

—Vamos, vamos. Torodja. Nada conseguirás atormentándote. Ha sido ese extranjero quien te ha puesto así. Anda, ve a acostarte.

En el pasillo, Ivana se dio de manos a boca con Schenk. Éste salía, en mangas de camisa, de su cuarto, con una jarra en la mano.

—¿Desea alguna cosa, *herr* Schenk? —preguntó la joven.

—Nada más que agua que no esté helada. Con eso me conformo. Ya ve si necesito poco —terminó, dando media vuelta.

IV



L hombre era pequeño, ratonil. Una larga y arqueada nariz, sobre la que cabalgaban unos lentes de montura de acero, le partía en dos la cara, como un tabique. Sus ojos, levemente caídos en las comisuras exteriores, eran negros y proclamaban su ascendencia semita. Se llamaba Anton Varear y había nacido en la Galitzia cuarenta y cinco años antes.

No hay duda de que se ha perseguido a los judíos en muchos sitios y quizá Anton Varear había sido perseguido también; pero de lo que tampoco cabía duda era de que había sido un carácter amargado durante toda su vida. No tenía esa tenacidad para el trabajo y esa habilidad propia de su raza, sino que era perezoso y le gustaba no hacer nada, esperando que los demás le masticasen los alimentos que se había de comer. Para más, era un poeta fracasado,

absoluta y completamente fracasado. Aquello había hecho más agrio aún su carácter, porque se sentía humillado. Sus versos y sus ensayos no habían encontrado más que la risa entre las familias rumanas y hebreas entendidas. Entonces se dedicó al comunismo. Allí, por lo menos, podía leer sus obras ante gente que no entendía una palabra y que le aplaudía. También fue acentuándose su mal humor, hasta convertirse claramente en una hipocondría feroz. Odiaba al género humano, sin distinción de sexo, raza o individuos.

Se apeó del coche, una imitación rusa del «Cadillac», mientras tres soldados le presentaban armas. Iba vestido con el típico gabán de piel y se cubría con un gorro también de piel. Pasó sin saludar, hasta llegar donde estaba el oficial de guardia. Éste era ruso, no búlgaro.

—Quiero ver al director —gruñó Varear. El oficial tenía conciencia de su naturaleza y miró con desprecio al hombrecillo. Después de todo, él era ruso y el otro un miserable judío rumano.

—Veré si le puede recibir, camarada comisario —en realidad, era el director quien le había citado.

A los pocos momentos volvió.

—Pase.

El director, Wassiliev, era un ruso de alta estatura, con la cabeza rapada y ojos fríos. Ni siquiera le saludó.

—Camarada Varear —dijo. El judío se inclinó servilmente, sin sentarse, ya que el otro no se lo había ofrecido—. Los trabajos no avanzan como quisiéramos.

—Pero el profesor parecía tan entusias... —La mano, en el aire, del ruso cortó su perorata.

—El profesor, estoy seguro de ello, aun cuando no tenga pruebas, no hace lo que debiera. Por desgracia, los trabajos están demasiado adelantados. De lo contrario, lo suprimiríamos. Pero en tanto lo necesitemos, tendremos que obligarlo a trabajar mejor. ¿Me comprende usted?

—Sí; camarada director, estoy seguro de que sí. ¿Podría yo... hablar con el profesor?

—Eso es, precisamente, lo que deseamos. Debe usted convencer al profesor de que es necesaria una mayor colaboración con nosotros. Puede usted retirarse, camarada comisario.

Había cinco hangares en el valle, entre los dos contrafuertes

rocosos que formaban una de las estribaciones del monte Vitos. Y alrededor, un verdadero pueblo de casetones, sistemas férreos de pequeño alcance y casitas construidas con madera. Los hangares estaban rodeados de alambradas espinosas, y numerosos soldados hacían guardia delante de ellos. Si no hubiera sido por lo rústico, uno hubiera podido creerse en una factoría americana. Pero faltaban los bien cuidados jardines entre las casas y las magníficas carreteras que caracterizan los centros de trabajo rurales en los Estados Unidos. Todo aquí parecía supeditado al utilitarismo.

Hacia uno de los hangares fue conducido el comisario Varear. La guardia saludó al oficial ruso y pasaron a una antesala fría y poco hospitalaria. Luego, de allí, a un despacho todo lleno de archivadores metálicos y llenas también sus paredes con gráficas. Un hombre de mediana estatura, de calva cabeza, y cuyos dulces ojos azules se escondían tras de unos lentes de cristales muy gruesos, se hallaba sentado detrás de una mesa de despacho. Al verlos entrar se levantó.

—Buenos días —dijo—. Supongo que vienen buscándome a mí.

Otro hombre, con una bata blanca apareció en la puerta interior. También llevaba lentes, pero sus ademanes eran menos distraídos que los de su compañero.

—Les presento al profesor Vladislav Korotchenko —dijo el anciano de los lentes gruesos—. Siéntense ustedes.

—¿Necesitan hablar conmigo? —preguntó Korotchenko en ruso—. Estoy muy ocupado.

—Luego lo veré a usted, profesor —dijo Varear—. Tendré mucho gusto en que me enseñe sus trabajos.

El capitán ruso se había quedado de pie, al lado de la puerta y fumaba un cigarrillo indolentemente. Era evidente que tenía órdenes de escuchar todo lo que se dijese en aquella habitación.

—Profesor Streicher —empezó Anton—: se me ha comunicado que, pese a todas las seguridades que usted me dio, los trabajos no han adelantado todo lo que teníamos derecho a esperar.

Una mirada de temor apareció en los ojos azules de su interlocutor.

—Soy un físico —dijo un poco turbado—. Pregunte a cualquiera de mis compañeros rusos si es posible predecir cuándo un experimento va a terminar de una manera satisfactoria y cuándo

no...

—Palabras, mi querido profesor —dijo Varear, insolentemente. Lo que el Gobierno de la Unión Soviética necesita son hechos, no palabras. Usted me dijo que podría contar con ello en poco menos de tres meses, si se ponían a su disposición todos los materiales necesarios.

—Por desgracia... —empezó el otro. Varear le interrumpió, mientras el capitán ruso sonreía, divertido.

—No se admiten fracasos, profesor Streicher. No podemos permitirnos el lujo de fracasar en cosa alguna. Ya lo sabe. Necesitamos datos concretos y pronto.

—Eso es cosa de Wassiliev —dijo amargamente Streicher—. Nunca me ha mirado bien. Dice que no soy más que un farsante y que solamente él iba por el buen camino.

—El director Wassiliev no ha dicho ni una sola palabra de usted —mintió Varear con desfachatez—. Pero no olvide, profesor, que siempre tenemos a nuestra disposición excelentes medios de información.

—¿Cuándo podré verlos? —preguntó ansiosamente Streicher. Una sonrisa torcida apareció en el rostro de Varear.



*—¿Cuándo podré verlos?—preguntó
él ansiosamente.*

—Lo ignoro. Desde luego; si los trabajos marchasen más aprisa, habría serios motivos para suponer que los vería a la mayor brevedad.

—¿No puede usted, comisario...; no podría usted decirme si están bien o...?

—Se encuentran perfectamente, profesor Streicher. Los dos.

—Haré lo posible —dijo, resignado, el alemán—. Pasaré un informe nuevo a Wassiliev. Insisto en hacerle ver que el coeficiente X2 no es bastante fuerte para resistir semejantes temperaturas; pero no se aviene a razones, porque es el que él empleaba antes. Y no quiere convencerse ni aun viendo que entonces fracasó rotundamente.

Cuando Varear salió del despacho, acompañado del capitán, seguía sonriendo. ¡Qué éxito el suyo, si Streicher conseguía «aquello»! Porque todo había sido obra suya, de Anton Varear, el despreciado judío. Todo. Saber encontrarlos a «ellos» y dar con Streicher. Una y una, dos. ¿Qué no darían en el Kremlin por un hombre como Varear? El doctor Neicev, el presidente de la *Narodna Republika Bulgarija*, quizá no fuese muy grato a Iosiph Vissarionovich Pzhugasfhvili, el todopoderoso personaje que recibe el metálico nombre de *Stalin*[6], una vez que se hubiese podido conseguir la desintegración del hidrógeno, gracias a él, a Anton Varear. Ser Presidente de la República es un incentivo muy grande para un perezoso, y quizá, Stalin...

La ciudad de Sofía, capital de Bulgaria, se encuentra enclavada en ese alargado valle que separa en dos el país, abriendo un surco entre los montes Balcanes y la cordillera de Ródope. Al norte de la ciudad los contrafuertes de Stara Planina, y al sur la cordillera de Vitos, son los lugares apropiados para el esparcimiento necesario a una población de cerca de medio millón de habitantes.

Pero los Vitos estaban cerrados al pueblo y a los amantes de los deportes de invierno, que eran casi todos los alemanes acomodados de Sofía. Las amplias laderas de los picos habían sido antaño la delicia de los esquiadores. Incluso los habitantes de Vladaja y de Krapec tenían terminantemente prohibido el acercarse al valle donde se efectuaban los trabajos de investigación preliminar.

En el momento en que el coche salía de los cercados de alambradas, después de dar Varear un informe a Wassiliev sobre Streicher, se oyó una discusión violenta y a los oídos de Varear llegó el ruido de fusiles al armarse. Se asomó a la ventanilla, bajándola, a pesar del intenso frío, y miró.

Había un hombre debatiéndose entre los brazos de dos soldados, mientras otros dos se preparaban a disparar sin más miramientos,

según las órdenes que tenían. Un oficial y varios soldados más llegaban a la carrera.

—¡Soltadme, marranos! —gritaba el hombre, enfurecido—. ¿Vais a disparar contra un compatriota, cerdos monteses? ¡Que los lobos se coman a vuestros hijos!

—¿Qué pasa? —preguntó el comisario Varear.

—Este hombre quería entrar, diciendo que busca trabajo —dijo uno de los soldados, llevándose la mano a la nariz, que el otro le había aporreado—. ¡Maldito campesino, te voy a...!

Había llegado el oficial. El coche de Anton se puso junto al grupo y vio que el otro era un hombre joven, de poco más de treinta años, y parecía muy furioso. El oficial, al llegar, separó a los soldados y cogió al hombre por la solapas.

—Habla, perro, gusano: ¿qué querías hacer aquí?

—Busco trabajo, hermanito oficial; trabajo. Necesito trabajar para poder mantenerme, porque no me dejan volver a Monastir de nuevo.

—¿Monastir?

La luz se hizo en el recuerdo de Anton Varear. Había oído hablar del individuo que había intentado matar al gobernador de Monastir, una especie de loco que salmodiaba constantemente por una Macedonia Búlgara, cosa de por sí bastante extraña, puesto que lo que los macedonios suelen pedir es la libertad absoluta.

—Un momento, camarada capitán —dijo apeándose. Y dirigiéndose al hombre, le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Milo Mirkov —dijo el otro, orgullosamente—. Y busco trabajo hasta que pueda volver de nuevo a Monastir, a retorcer el cuello a ese marrano de gobernador. Pero no me dejan, padrecito. No quieren que vaya allá de nuevo.

Anton Varear había visto aquella cara antes, estaba seguro de ello, aunque no sabía dónde. Pero no asociaba la cara a la voz, como nos suele ocurrir. Por el contrario, era solamente la cara la que hacía vibrar un pequeño recuerdo en su memoria. Desistió, por fin.

—¿No sabes, camarada que está prohibido venir aquí?

—Un cuerno está prohibido. Nadie me dijo nada. Pregunté dónde había trabajo para un buen mecánico; yo era un buen

mecánico antes de dedicarme a los negocios, y me dijeron que en Vladaja. Y a Vladaja me vine, padrecito.

—No digas *padrecito*. Di camarada.

—Sí; palomita. Estos bestias, que el diablo confunda —se santiguó—, querían matarme porque he pedido trabajo. Ésa no es manera con un amigo macedonio; no, padrecito.

—Tengo que dar parte —dijo el oficial, ya cansado de todo aquello—. Lo mejor que puedo hacer es meterlo en el cuerpo de guardia.

—¿Vives en Sofía? —preguntó Anton.

—Sí; claro. Vivo con una buena familia amiga mía. Son alemanes, pero buena familia. Y tengo que darles dinero para mi manutención, padrecito, *galubchka*, tengo que darles dinero. Ellos viven con lo suyo.

—Te llevaré. Y no se te ocurra volver a hacer eso. No te muevas del sitio donde se te haya dicho que vivas.

—Pero, padrecito...

—¡No me llames padrecito! —gritó Varear indignado—. Dime... señor.

Varear no acostumbraba a llevar en su coche a cualquiera, pero aquel hombre le intrigaba. Primero, aquel fanatismo hacia Bulgaria y segundo, la idea de que lo había visto en otra parte. Inconscientemente, sabía que había sido hacía mucho tiempo, pero no lograba recordar cuándo ni dónde. Quizá, pensaba, el algún *meeting*.

—¿Habías estado ya en Bulgaria? —preguntó cuando el coche iba camino de la capital, después de haber atravesado el pueblo.

—Claro, señor. Muchas veces.

—Tu cara no me es desconocida. ¿No me recuerdas tú?

El otro lo miró atentamente, guiñando los ojos.

—No, señor. ¿Quién es usted? Tiene un automóvil.

Milo Mirkov procuraba gesticular lo más posible, no tener el rostro quieto ni un momento, porque aun cuando bien a las claras estaba que Varear no había reconocido al hijo de su antiguo patrón, no podía en absoluto confiarse.

«Mala suerte —pensó, furioso—. Tenía que tropezar con el único hombre en Bulgaria que podría reconocerme».

Pero ya sólo dependía de él que Varear no lo reconociese, y se

dispuso a impedirlo con todas sus fuerzas. El auto atravesaba en aquel momento un extenso campo de rosas y se puso, verbosamente a declamar las delicias de la tierra búlgara, que inundaba a todo el mundo con su esencia de rosas rojas.

—Mañana te presentarás a mí, en el Comisariado —le ordenó Varear—. Yo procuraré que te den algún trabajo.

—Eres un ángel, padrecito —dijo Milo, intentando besarle las mejillas.

El judío se apartó precipitadamente y el auto arrancó de nuevo. Él estaba ya delante de la casa de los Renke. Con una mueca pensativa, llamó a la puerta.

El niño solamente tenía un sarampión benigno, pero así y todo, el doctor Vossler se volvió hacia los padres.

—Debían ustedes haber llamado para que fuese un médico a su casa. No debieron jamás sacar al niño con este frío tan intenso.

—No había otro remedio, doctor —dijo rudamente el hombre.

Era un búlgaro de aspecto duro y poco inteligente. La madre, de unos veintiséis o veintisiete años, en cambio, parecía bastante refinada, aun cuando muy abatida, y Vossler se preguntó si sería por la enfermedad. Era una mujer rubia, con aspecto macizo, saludable y limpio. El doctor Vossler reconoció enseguida el tipo. Alemana. Y en aquella lengua le dirigió la palabra. Al instante su compañero se puso delante de ella.

—Hable en búlgaro, doctor —dijo significativamente—. Estoy seguro de que conoce bien esa lengua.

—Dispense —y se puso a reconocer al niño.

No presentaba ningún síntoma de ninguna otra enfermedad y era un bebé robusto y saludable.

—Ténganlo en cama y denle esto —dijo luego, entregándole un medicamento—. Y, por lo que más quieran, no lo saquen a la calle. Yo iré a verlo mañana. Denme ustedes las señas.

—Vendremos nosotros aquí —respondió el hombre, con sequedad.

—¡Por el amor de Dios...!

—Deje a Dios por el momento, doctor —respondió el otro—. Vendremos aquí o iremos a otro médico. Hemos elegido el Hospital Lenin por estar más cerca de nuestra casa.

Vossler le dirigió una mirada asesina, pero era un hombre de

estudios, más bien tímido. La enfermera Ivana Renke dio un paso hacia delante.

—Daré cuenta de esto a la Comisión de Sanidad —dijo serenamente—. Es un crimen lo que intenta usted hacer.

El otro le dirigió una retorcida sonrisa.

—Si hace usted eso, hermana, el partido se encargará de usted. No lo hago por mí mismo solo.

La amenaza del partido en todo país supeditado a Rusia tiene el efecto del proverbial aceite sobre las olas encrespadas. La enfermera, no obstante, pareció que iba a contestar, cuando el doctor la cogió del brazo:

—Déjelo, Renke. Pero escuche una cosa, amigo, si el niño muere, sólo usted será responsable. Ha hablado del partido, pero ignoro lo que tiene eso que ver con su hijo.

—No es mi hijo, doctor; soy un amigo del padre.

Y ambos salieron. La mirada que les dirigió la mujer era patética; pero, además, una cosa les extrañó a ambos. Ningún alemán que haya pasado algún tiempo en Bulgaria emplea la fórmula *auf widersehen*, sino que lo hace al modo eslavo. Ésta, no. Cuando se perdieron de vista por el pasillo adelante, el doctor se volvió a su enfermera:

—Es lo más inhumano que he visto en mi vida. ¿Qué motivos puede haber para que a una criaturita enferma se la obligue a salir con este tiempo de nieve? Y además, esa mujer no ha nacido en Bulgaria. Ni ha vivido aquí mucho tiempo. Es completamente alemana.

—Ya lo he visto, doctor. ¿Damos parte a la Comisión de Sanidad?

—No, Renke. ¿Recuerda lo del partido? Ese hombre no obraba por su cuenta. Estoy dispuesto a jurar que no hacía sino cumplir órdenes superiores.

A mediodía, la joven, libre de guardia, llegó a su casa. La estaban esperando para comer. Schenk fumaba un cigarrillo con aire indiferente, mientras contemplaba cómo Renke y el padre Golov jugaban al ajedrez.

Durante la comida contó lo que había ocurrido en el hospital. Emma lanzó una exclamación de espanto y el padre Golov se puso pálido.

—Esas cosas no pueden ocurrir... —empezó a decir su madre.

Schenk la interrumpió:

—Todo puede ocurrir cuando un país como Rusia busca algo que le conviene; métanse esto en la cabeza. No veo qué relación pueda tener esto con un niño, pero si el hombre nombró al partido... ¿Dice que era alemana y no búlgara?

—Sí.

Schenk parecía pensativo. Tomó su sopa de coles y luego, repentinamente, se encaró con la muchacha:

—¿Podría ir yo mañana al hospital a buscarla?

Cinco pares de ojos se clavaron en él. La petición era muy extraña. De pronto, Schenk pareció darse cuenta de ello, pero no cambió la expresión de su cara.

—Hagan el favor de no interpretar mal mis palabras. Quiero estar allí cuando lleguen la mujer y el niño.

—¿Por qué? —preguntó Ivana.

—Curiosidad. Pura curiosidad.

—No creo que sea posi... —empezó la joven, pensativamente. Quizá sí. *Herr doktor Vossler* me trata con toda clase de consideraciones. Podríamos decir que es usted mi pariente...

—Bien; creo que sí. No tengo nada más que decir.

Aquella noche no se movió ninguno de casa. *Frau* Renke cocinó un guiso de cordero con salsa de menta, bien guarnecido de patatas cocidas, precedido de un *sauerkraut* con magníficas salchichas, conseguidas Dios sabe cómo, y todo aquello regado con un vinillo griego, pasado de contrabando seguramente. Todo alrededor de la mesa era una sinfonía de rostros alegres y ligeramente encarnados por la comida y la bebida.

Nochebuena... Amaos los unos a los otros. En aquel momento, al otro lado de la cortina de hierro, incluso entre los más acérrimos enemigos entre sí, se había concertado una tregua. Uno se mete en casa, con su familia, en la fiesta más familiar de todas. Se festeja el Nacimiento de mil maneras distintas, pero se festeja. Millones de seres cantan en esa noche, cantan y cantan para mayor gloria de Él.

Algo que un materialismo atroz no ha podido arrancar en el hombre es el deseo de servir a Dios y de adorarlo. En las calles de Sofía, los ortodoxos se abrazaban y se besaban en la boca. Era su Noche, la Noche de todos. Los católicos, constreñidos, se veían

obligados a celebrarlo en sus hogares, a ocultas; pero, de todas maneras, nadie puede impedir que esa noche, una especie de incienso, formado por los buenos deseos de millones de seres, ascienda recto hacia el Cielo.

Mama Renke, encarnada, feliz, servía más cordero al que lo deseaba; el padre Golov los contemplaba a todos atentamente y los más jóvenes se gastaban bromas. Cuando llamaron a la puerta, todo el mundo sabía quién era.

El comisario Stoian Kirilov apareció en el umbral, sacudiéndose la nieve como un inmenso perro de San Bernardo. Traía la cara amoratada de frío.

—Tiempo de perros —dijo, con sequedad—. Nieva como si nunca lo hubiera hecho.

Schenk se levantó y le echó un brazo sobre los hombros con toda confianza.

—¡Hola, padrecito! —le dijo, un poco estropajosamente—. Te voy a invitar a una copa, a una copa te voy a invitar. Mama, dale una copa a nuestro buen amigo el camarada Ki... Ki... ¡Diablos de nombres búlgaros! Dale una copa al camarada.

Kirilov había recibido una fuerte reprimenda de sus superiores por aparecer en la calle medio borracho, en compañía de un levantisco macedonio. No estaba dispuesto a que le chillasen de nuevo.

—Déjeme, estúpido —le dijo, brutalmente—. He venido a ver si es verdad que aquí están celebrando la Nochebuena.

—Ya no. Ya no es Nochebuena —dijo Torodja entre dientes, poniéndose pálido.

Schenk miró rápidamente a uno y otro, que parecían dos gallos de pelea. Al instante se dio cuenta de que era necesario intervenir.

—Vamos, vamos, camarada, padrecito, *galubchka*, no debes despreciarme si te quiero invitar a una copa. Tengo amigos, ¿sabes? amigos que tienen un automóvil. Pero fíjate, padrecito, un automóvil tiene mi amigo. Y me va a dar un trabajo, para que pueda volver a Monastir cuanto antes. Vamos, toma una copa.

Y le echó de nuevo los brazos al cuello. El comisario se desprendió, un poco más apaciguado. El padre Golov avanzó hacia ellos. Su rostro había perdido aquella expresión de placidez bondadosa que tenía comúnmente.

—¡Stoian! —dijo, con voz recia—. Te prohíbo que interrumpas la paz de un hogar en este día.

Era exactamente como si estuviese hablando a un niño. Todos vieron, asombrados, cómo Kirilov se encogía perceptiblemente. El sacerdote no mentía cuando decía que se conocía al comisario de arriba abajo.

—Un plato de carne, comisario —dijo mama, acudiendo a la brecha.

Los ojos de Ivana terminaron la obra. El comisario, dócilmente, se sentó en una silla y aceptó un plato de comida y un vaso de vino. Todos volvieron a sentarse, pero la alegría se había perdido. Solamente cuando mama Renke propuso cantar algunos *lieds* de la vieja y querida Alemania, pareció renacer un poco el espíritu. Después de *Lorelei*, cantaron *Stille Nacht, Heilige Nacht*. Schenk no mezcló a ellos su voz, porque se supone que un macedonio no debe saber alemán, cuando es de la condición social de él, pero no dejó de observar un solo momento, disimuladamente, a Kirilov. Por fin, a las doce de la noche, éste se retiró y todos pudieron marcharse a acostar.



¡ATENCIÓN!

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

triunfa una vez más al crear la Colección in-
igualable

P R O E Z A S

Un género nuevo, interesante, para toda clase
de públicos, como lo es el invencible

F . B . I .

V



L hombre y la mujer se apearon de un coche, llevando ella al niño, bien abrigado, en una esponjosa manta de color rojo. Atravesaron corriendo el espacio entre la calle y las gradas, ascendieron éstas y se metieron dentro. Al instante, Ivana, que estaba mirando unos paños esterilizados, le hizo una seña a Schenk. Éste se levantó y se acercó.

El despacho de doctor Vossler en el Hospital Lenin, de Sofía, el antiguo Hospital del Zar, estaba en aquel mismo pasillo, al final. Varias veces, la delgada enfermera jefe había pasado por delante de Schenk y lo había mirado como si fuese un bicho raro. Pero él se había limitado a poner la cara estulta de un campesino y no se había preocupado de más. Ahora, no obstante, lo que hizo fue salir a la calle, buscar un «taxi» con la vista y ordenarle que esperase. Luego volvió al hospital y se puso a haraganear.

La mujer y el hombre salieron al poco rato. El doctor Vossler había dicho que el niño estaba un poquito peor, pero que, en realidad, no había aún peligro para él. Ivana se lo dijo rápidamente a Schenk y éste asintió, con el ceño fruncido.

Cuando la pareja se hubo metido de nuevo en el coche, Schenk hizo lo mismo en su «taxi».

—Siga a ese coche donde vaya —le dijo al «taxista».

El hombre puso unos ojos muy raros.

—Bájese de mí «taxi». No me vaya a comprometer.

—¿Qué le pasa, hermanito? ¿No me quiere llevar?

—¿No ha visto usted las letras de la matrícula? ¿Quiere que me lleven a la cárcel por ir siguiendo a un coche del partido?

Schenk se dio cuenta de lo que quería decir el otro, pero no estaba dispuesto a dejarse perder aquella ocasión. Sacó un billete de quinientas levas y se lo enseñó al conductor.

—Con un poco de habilidad, hermanito, podrías seguir a ese coche y ganarte este billete. ¿Vamos?

El otro gruñó, pero puso en marcha el «taxi». Un momento después seguía al otro en dirección al río. Efectivamente, la meta no estaba muy lejos del Hospital Lenin. Una casa bordeada de un pequeño jardín, medio escondida entre media docena de corpulentos árboles. La casa tenía dos pisos.

Era una calle corta, de casas no demasiado lujosas, de madera casi todas, y que descendía hacia el río. Una calle ancha, pero totalmente desprovista de dignidad, ya que no había en ella aceras bien urbanizadas ni árboles.

El «taxi» se detuvo en la esquina, y Schenk bajó, después de darle al conductor el billete de quinientas levas. Se bajó y avanzó calle abajo. Llegó a tiempo de ver, entre la espesa nevada, a la mujer y al hombre, que penetraban en la casa. Miró atrás y vio que su «auto» había partido, pero el coche particular, el que llevaba la matrícula del partido, daba la vuelta a la casa, seguramente para refugiarse en algún garaje.

Schenk siguió avanzando hasta llegar a la casa. Ésta daba a dos callejones laterales, por uno de los cuales se había metido el coche, al que ya no se veía. Por la parte de los callejones había varias ventanas, pero ninguno del primer piso, es decir, que todas pertenecían al piso alto.

El inspector del

F. B. I.,

no perdió el tiempo. Se llegó hasta la verja y pulsó un zumbador. Después aguardó, mientras se frotaba las manos heladas.

Caía una nevada espantosa en un aire en completa calma. Ni ráfagas de aire, ni tormenta. Sólo nieve descendiendo pesadamente hasta el blanco suelo.

Un hombre, el mismo que acompañara a la mujer, salió de la casa y avanzó entre los árboles. Cuando llegó hasta Schenk, ni intentó siquiera abrir la puerta de hierro.

—¿Qué quiere? —preguntó.

—Me han dicho que aquí vive Semion Timonov —dijo Schenk, con su mejor pronunciación macedonia—. Un antiguo amigo mío.

—No vive aquí.

—¿No podría, padrecito, decirme dónde lo podría encontrar?

Semion Timonov fue un antiguo empleado del padre de Schenk. En caso de investigaciones, lo único que podrían averiguar es que Semion había muerto hacía más de quince años.

—No, no lo sé. Váyase; estoy ocupado.

—Quisiera encontrar a Semion —dijo, plañideramente, Schenk—. Se lo ruego, hermanito; le ruego que me diga dónde puedo encontrar a Semion Timonov.

—¡Váyase al diablo, imbécil! —replicó el hombre—. ¿No le he dicho que no vive aquí? ¡Vamos, lárguese!

Schenk la había visto. Había visto la cara de la mujer apoyada contra uno de los cristales de las ventanas. Una cara que expresaba un hondo sufrimiento. Era difícil ver con claridad a través de la nieve, pero la expresión era inconfundible.

—Está bien, está bien, hermanito. Oiga: ¿no tendría usted un trabajo para mí? Soy macedonio y tengo que trabajar hasta que pueda volver a Monastir para...

—Si no se va, abro y suelto los perros —dijo el otro.

Hasta entonces no se había dado cuenta Schenk de que se oían gruñidos bastante cerca. Como si aquello le hubiese acabado de convencer, se echó atrás.

—Dispense, hermanito. Me voy, ya me voy. Pero me moriré de hambre si alguien no me da trabajo pronto en esta ciudad.

Y partió. Con el rabillo del ojo vio cómo el otro lo miraba hasta

que llegó a la esquina y cómo luego volvía a la casa. Entonces, colocándose en un lugar abrigado del viento, trató de liar un cigarrillo, pero el frío le amorató las manos y se las dejó casi insensibles. Con una violenta maldición tiró el tabaco al suelo. Estaba casi solitario, es decir, sólo una figura de mujer, cargada con un haz de leña, le recordaba que estaba en una ciudad habitada.

«¡Malditos europeos y malditos problemas!», dijo, con rabia.

Sentía unos deseos furiosos de fumar, pero no podía hacerlo mientras no le dejasen tiempo en un sitio caliente. Suspiraba por un cigarrillo «Philip Morris», que eran los que habitualmente consumía. De fumar un paquete diario de buen tabaco americano, a tener que tragar el humo acre y maloliente de aquellas hierbas, iba una diferencia notable. Si continuaba mucho aquello, sus nervios iban a estallar.

Consiguió dominarse con un esfuerzo, se fijó bien en el sitio donde estaba la calle y volvió hacia el centro de la ciudad, andando en medio de la nevada, que, al menos, con su frialdad, le hacía en ocasiones olvidar el deseo interno que lo consumía.

Llegó a la catedral, poblada de fieles ortodoxos, a las doce y ello le volvió a recordar que era Navidad. «Igual —pensó, furioso—, igual que en su país». Allí había alegría; en cualquier nación del mundo, gente cantando por la calle. Los irlandeses, impidiendo el tráfico por la Quinta Avenida, para rellenar el enorme local de la catedral de San Patricio; los polacos, los portorriqueños... Aquí era una multitud silenciosa, hosca, desconfiada, mientras los policías, vestidos de color grisáceo sucio, color ratón, ocupaban todas las esquinas. Él no era muy amante del calor, desde luego, porque descendía de nórdicos; pero así y todo, echó de menos un poco de sol. Todo aquello era sombrío, desde las cansadas caras de las mujeres hasta los gestos adustos de los hombres.

Llegó a casa de los Renke, en la cual sólo estaban Ivana y su madre en ese momento, y preguntó desde dónde podría telefonar.

—Nuestros vecinos tienen teléfono —dijo mama Renke—. Pero son gente muy poco de fiar. El padre es partidario de los rusos y siempre anda diciendo que se debe cortar el cuello a todos los que no les gusta Stalin. Creo que, incluso, ha denunciado gente.

—Buscaré otro sitio —dijo.

—Yo le indicaré un sitio bueno —dijo Ivana, echándose su

grueso abrigo de paño por los hombros.

Sofía, antes de la guerra, era una población de cafés, como París, Madrid y Viena. Gran parte de los intelectuales se reunían en ellos; en verano, en las terrazas floridas, y en invierno, dentro, al suave calor de la calefacción, con el acuciante aroma del café flotando en el aire. No es que hayan desaparecido muchos cafés, pero la gente prefiere quedarse en casa, ya que allí es imposible hablar en voz alta, porque nunca sabe uno si tiene a un fanático del partido o a un ruso al lado. El café ha sido siempre un sitio de reunión, donde se ha hablado y hablado. Si no se puede hablar en un café, la gente se encierra en otro sitio, en su casa o en el «cine».

Ivana y él salieron a la calle. Los tacones de la joven, a pesar de ser bajos, resbalaron en la nieve, que empezaba a helarse al lado de la fachada, y él la sostuvo, para evitar que cayera; pero, a su vez, él mismo se escurrió y estuvo a punto de caer. Con una maldición, recobró el equilibrio. Entonces oyó aquel sonido, un sonido musical, como un cascabeleo de trineos en Sun Valley. Al volverse llegó a tiempo de ver cómo la muchacha trataba de componer su rostro y cortar la risa.

—No le veo la gracia —dijo, adustamente.

—Lo siento, *herr* Mirkov. A propósito: ¿es usted descendiente de búlgaros? —preguntó en voz más baja.

—No.

La joven pareció un poco cortada.

—Es aquí, *herr* Mirkov.

Era un café más bien pequeño, con una muestra gastada en el frente, pero confortable, con divanes de peluche rojo oscuro y acogedores rincones. Había allí varias personas, parejas de enamorados en su mayor parte. El teléfono estaba pegado a la pared y era un ejemplar de los que se usaban en los Estados Unidos hacía diez años.

Mirkov marcó el número

34-45,

precedido de la letra v. Unos instantes después, una voz le llegó al oído:

—Buen día.

—Buen día. Necesito que tenga usted hoy tres o cuatro hombres de acción en una calle que se llama Makrijevo, cerca del río. Que no

sean demasiado visibles, compréndame. Y dígales cómo tienen que conocerme.

—Sé dónde está eso. Yo mismo llevaré a los chicos allí. Y no se preocupe tanto, Mirkov; yo también sé lo que hay que hacer.

Schenk colgó y se volvió a la joven. Iba a decirle que ya estaba todo, pero recordó la más elemental urbanidad.

—¿Quiere tomar un café? Hace bastante frío.

—Gracias; sí.

Tomaron uno en la barra. El café sí era bastante bueno y Schenk tuvo que reconocerlo así. Estaban solos, de modo que podían hablar con cierta libertad.

—Creí que no iba a ver nada bueno en éste... Dispense.

—No le importe. A un búlgaro le basta con leer los periódicos de antes de la guerra para ver cómo nos ponían en todas partes del mundo. Verá, *herr* Mirkov. Tengo veintitrés años. Eso quiere decir que soy joven aún, pero he visto mucho. Cogí hace poco unos cuantos periódicos viejos de mi padre y por ellos me enteré de que los serbios y los griegos nos llamaban brutos, que las naciones occidentales europeas nos conocían como la Prusia de los Balcanes, que siempre estábamos molestando a nuestros vecinos... Y siempre la culpa, como es natural, de Bulgaria. No quiero ocultarle que muchas personas veían aquí con buenos ojos la llegada de los rusos, que han sido los únicos que nos han tratado siempre como a hermanos. Pero... *herr* Mirkov, estos rusos no son los mismos de antes.

Schenk la miró con fijeza.

—No entiendo de política —dijo al fin—. Sirvo a mi país en la forma en que puedo, pero también puedo decirle que los rusos no me gustan. En fin, deberíamos volver a casa.

La muchacha buscó en su bolso y sacó un billete de cien levas. Schenk, sorprendido, puso una mano encima de la de Ivana.

—¿Qué va a hacer? —preguntó.

—Pagar mi parte.

Una ráfaga de ira pasó por las pupilas del americano. Retiró abruptamente la mano de la búlgara, sacó dinero y lo echó encima del mostrador. Luego, de dos zancadas, ganó la puerta. Allí tuvo que esperar hasta que salió la enfermera.

—Hay veces —dijo Schenk con los labios contraídos— que me

gustaría ser de esos hombres que les pegan a las mujeres.

Ivana Renke estaba pálida a la lívida luz del mediodía.

—No he querido ofenderle *herr* Mirkov —dijo, con voz ligeramente temblorosa—. Lo que ocurre es que aquí, el dinero no abunda y solemos pagar así cuando somos varios. Ello nos permite algunas pequeñas... concesiones. Le aseguro, *mein herr*, que no era mi intención...

—Está bien; déjelo así.

Había algunas rachas de aire removiendo la nieve. Ésta había dejado de caer plácidamente, los copos se habían hecho más pequeños y azotaron sus rostros. Schenk miró hacia arriba, mientras se subía el cuello del gabán.

—Mejor —dijo a media voz—. Esto me ayudará.

Era tan escasa la visibilidad, que estuvieron a punto, al atravesar la Slavenska, de ser arrollados por un auto que pasaba a mayor velocidad de la que debería llevar. Schenk lo maldijo con toda su alma.

—Son coches de altos funcionarios rusos o búlgaros —dijo Ivana—. Para ellos no rigen las señales del tráfico y los policías paran a la gente cuando llega uno.

Schenk la cogió del brazo para evitar que cayera en la nieve.

—Maldito país y maldita gentuza —dijo entre dientes.

—No todos los europeos son así —dijo la joven un poco secamente—. Tengo la impresión, *herr* Mirkov, de que para usted sólo son buenos sus compatriotas.

—Cada uno puede tener sus ideas, ¿no?

La casa resultaba agradablemente acogedora al penetrar en ella desde el frío glacial de la calle. Y por primera vez, Schenk no encontró desagradable el que, debido a la pequeñez de las habitaciones, oliese a comida. Además, tenía hambre. Incluso dedicó una pálida sonrisa a Mama Renke cuando ésta entró, para anunciarle que tenía preparada una infusión de vino caliente para él.

¿Quién no ha visto nunca una tormenta furiosa de nieve y granizo azotar las casas, derribar árboles, destruir plantaciones y enterrar vehículos? Los norteamericanos conocen esto bien. Todos los años cientos de personas mueren en Norteamérica a causa de las

tempestades de nieve, y cientos de pueblos quedan incomunicados. El poderío y la magnífica organización americana puede resolver esto pronto, pero no así en los países más atrasados.

La calle de Makrijevo estaba casi por completo a oscuras, ya que una ráfaga huracanada había arrancado uno de los pocos reverberos a gas que en ella había. Puesto uno en el centro de la calle, apenas podía ver los edificios de ambos lados. Únicamente como sombras negras en el momento en que cesaban las rachas y la nieve caía un poco más lentamente.

Schenk había tenido que ir andando hasta la calle, ya que ni un solo «taxi» funcionaba con aquel tiempo. Eso quiere decir que había tenido que combatir contra la cellisca desde la Slavenska hasta el río. Tenía la cara helada y de vez en cuando sometía sus cejas a un violento frote para impedir que se helasen.

Pegado a las fachadas, llegó hasta la casa. Sí; no cabía duda alguna, aquélla era, porque podía ver ya la verja de hierro. En aquel momento, una sombra surgió ante él. Boleslav, el *pomak*.

—Vaya una nohecita. Pero creo que eso ayudará a lo que sea que quiera usted hacer, ¿no? —preguntó en voz muy baja. Schenk afirmó con la cabeza.

—¿Cuántos hombres ha traído?

—Tres más. Y bien armados, no se preocupe. ¿Qué es lo que hay en esta casa?

—Eso me corresponde saberlo a mí, nada más —respondió Schenk duramente—. Escuche: voy a entrar en la casa saltando la verja. Hay perros, dos por lo menos, pero traigo carne para ellos. Cuando la coman se echarán a dormir y estarán así hasta mañana. Lo que quiero de ustedes es lo siguiente: si oyen el menor ruido indicador de que me han cogido o de que están disparando contra mí, salte la verja con sus hombres y corran a ayudarme. En el caso de que me hubiesen herido a mí, cojan a una mujer que hay en la casa, con un niño, y sáquenla de aquí. ¿Me ha entendido?

—Sí.

—Bien, deme una pistola. Puede que la necesite y yo no puedo ir por ahí con armas.

El *pomak* le alargó una pistola de forma muy aplastada y Schenk se la metió en el bolsillo. Luego, con una última advertencia de que estuviese al cuidado, se aproximó a la verja y produjo un leve, casi

inaudible silbido.

Dos formas enormes, ágiles, de aplastados flancos aparecieron saltando silenciosas. Eran perros búlgaros, de pastor, verdaderas máquinas de destrucción cuando estaban enfurecidos. No ladraron, sino que se lanzaron contra la verja, enseñando los amenazadores y blancos colmillos. Schenk lanzó dentro un paquete que había sacado del bolsillo y se apartó. Al instante, los monstruos se lanzaron sobre la carne y la devoraron en pocos segundos. Luego, se acercaron de nuevo a la verja, uno junto a otro. El efecto del narcótico no fue fulminante, ya que eran animales de mucha vitalidad, pero a los pocos instantes, el *pomak* y Schenk vieron cómo uno de ellos se apoyaba en el otro, con las piernas vacilantes.

Como si se dieran cuenta de lo que ocurría no era normal, uno de ellos aulló, con el morro hacia el cielo. Luego, rodaron por el suelo, patalearon un poco y se quedaron por fin quietos.

—Voy —dijo Schenk.

Se subió al bajo pretil donde se asentaban las fuertes barras de hierro de la verja, se aferró a dos de aquéllas y flexionó los brazos. No le costó gran trabajo llegar arriba, aunque la parte más difícil de todas era sostenerse en los afilados picos para pasar al otro lado. No obstante, Schenk era fuerte, y, sosteniéndose a puro músculo de brazo, lo consiguió. Un momento después caía, silencioso como un gato, en la espesa capa de nieve que cubría el suelo.

Lo primero que tenía que hacer era orientarse. Sabía hacia dónde quedaba la casa, porque veía la forma sombría de aquélla, pero lo que necesitaba era alguna ventana, no la puerta.

Avanzó lentamente, entre los árboles del jardín, hasta hallarse muy cerca de aquella especie de porche que había visto por la mañana, desde la calle. Luego, torció hacia la derecha.

Había luz en una de las ventanas del piso alto. La pudo ver a través de tupidos visillos. Parecía una especie de ojo cuadrado, una mancha ocular.

Vio una ventana cuando se daba la vuelta a la esquina. Una ventana al parecer cerrada herméticamente, y a una altura como de yarda y media sobre el suelo. En el alféizar, varios tiestos grandes con rosales nevados.

Schenk hurgó en sus bolsillos después de quitarse los guantes, y sacó una delgada tira metálica, redonda por uno de los extremos y

aplastada por el otro, que formaba un recodo. Pero no había allí cerradura que forzar, sino, como en muchos países europeos, un pestillo por dentro. Schenk volvió a guardarse la tira y sacó del mismo bolsillo unos trozos de esparadrapo que fue pegando en el cristal hasta formar una especie de estrella irregular. Luego, después de dirigir una rápida mirada a su alrededor y al piso alto, le dio un fuerte golpe al vidrio. Éste saltó, pero Schenk pudo asirlo por una de las puntas del esparadrapo, que había dejado adrede despegada. El trozo que había roto era solamente de tamaño un poco mayor que su mano, pero bastaba para que pasase por allí el brazo y descorriese el enganche de la ventana. Antes de entrar, rebuscó un poco en la nieve y encontró una piedra. Luego se echó el cristal roto al bolsillo y entró por fin.

La habitación estaba, naturalmente, a oscuras por completo. Schenk permaneció cerca de la ventana, quitando, ayudado por el tacto, los esparadrapos al cristal, hasta que lo dejó limpio. Luego lo puso en el suelo y lo aplastó con el pie, casi sin ningún ruido. Por fin, puso la piedra al lado y avanzó con toda clase de precauciones.

Si no lo descubrían, cuando a la mañana siguiente encontrasen el vidrio roto, pensarían que una piedra, fortuitamente tirada por algún chico, había chocado con la ventana. Si lo descubrían... bien, tanto le daría una cosa como otra.

La habitación estaba poco amueblada, porque, las dos paredes que tuvo que palpar para llegar a la puerta, no le ofrecieron ningún obstáculo. La puerta estaba cerrada con un resbalón sencillo.

No veía absolutamente nada, y además, no tenía linterna eléctrica de ninguna clase. Lo único que podía hacer era encender una cerilla, pero no se atrevía, porque podría atraer a alguien la luz demasiado fuerte. Dio unos pasos y tropezó con un escalón. Ya sabía, entonces, aproximadamente, dónde estaba.

En realidad, Schenk, a pesar de su mente analítica, fría y ordenada, estaba haciendo aquello por una razón que siempre le había producido risa en los demás: por una corazonada. No tenía ningún motivo para entrar en aquella casa, exponiéndose a ser descubierto y a que fracasase la misión que lo había llevado a Bulgaria. Pero, aunque no refiriéndose a la misma situación, Pascal dijo algo sobre esto:

«El corazón tiene razones que la razón desconoce». Muchas

veces obramos por eso mismo, por un impulso del que no podríamos dar cuenta si se nos preguntara después acerca de ello.

Pero ya estaba dentro de la casa y el retroceder, después de haber avisado a Ali Boleslav, hubiera sido definitivamente estúpido. No cabía más que seguir adelante y pechar con lo que viniese.

Los escalones eran siete. Luego, un recodo de la escalera. Y, en el momento en que subía dos nuevas gradas del siguiente tramo, vio la luz al nivel de sus ojos. Dos escalones más y pudo precisar. Era, sencillamente, una puerta que no ajustaba de una manera perfecta en su parte de abajo, y una delgada raya de luz se filtraba por el hueco. Con redobladas precauciones, Schenk terminó de subir.

La luz iluminaba pálidamente un trozo del exterior, de donde se encontraba el visitante nocturno, lo que le permitió a éste observar que se trataba de un pasillo que se extendía a derecha e izquierda. Lo que no podía ver eran sus dimensiones.

Se acercó a la puerta sin hacer el menor ruido y apoyó en ella el oído. En efecto, no se había engañado. Al empezar a subir el segundo tramo le había parecido oír el suave vagido de un niño. Ahora estaba completamente seguro. Aquélla era la habitación que buscaba.

Y estaba también explicada la luz. El niño no se encontraba bien y la madre lo velaba. Schenk se puso derecho, sin saber lo que iba a hacer para llamar la atención de la mujer.

Y, repentinamente, la puerta se abrió y la mujer, envuelta en una espesa bata y con el pelo suelto sobre los hombros, apareció en el umbral. Al verlo, su boca se abrió como para lanzar un grito, y Schenk dio un salto hacia delante.



Al verlo, fué a proferir un grito...

VI



NTON Varear, en su despacho, tiritaba. No era hombre que soportase bien el invierno, y cuando éste llegaba le encontraba siempre desprevenido. Había dado órdenes expresas de que la calefacción estuviese al máximo, pero aun así, no lograba sacarse aquella helada sensación de los huesos. Un día, un hombre, al que condenó a muerte, denunciándolo a los rusos como espía extranjero, solamente para poderse quedar con sus bienes, le dijo que moriría como un perro en invierno, muerto de hambre y de frío. Y desde entonces no podía estar tranquilo cuando llegaba la estación de los fríos. A su modo, era un poco supersticioso.

El hombre que estaba frente a él era el comisario de *quartier*, Stoian Kirilov, manoseando su gorra de piel y sin atreverse casi a mirar la cara al omnipotente comisario.

—Parece una buena persona, y adicta a Bulgaria —decía Kirilov en aquel momento—. Siempre está hablando de la Macedonia búlgara e insultando a los griegos y a los serbios. Y no debemos olvidar lo del gobernador de Monastir.

—El gobernador de Monastir no murió, camarada Kirilov —dijo malévolamente Varear—, solamente resultó herido.

—Pero...

—No podemos fiarnos de nadie, camarada Kirilov. No me ha gustado la actitud de usted en este asunto. Usted debió mostrarse distante, no permitirle ninguna familiaridad. En lugar de eso, ¿qué ha hecho usted? Emborracharse con él, hablar, quizá... soltar la lengua...

—Nunca, camarada comisario —dijo Kirilov firmemente—. No niego que me gusta un trago de vez en cuando, pero no me emborracho ni digo nada que no deba.

—Lo sé, lo sé. Pero lo que yo digo es que debe usted ser más severo. Y sonsacarle, camarada, sonsacarle todo lo que pueda. Debe usted hacerle beber, pero sin beber usted, porque el alcohol desata las lenguas más contumaces.

—Sí, camarada.

—Bien. Si resulta tan leal como suponemos...

—Siempre habla de una Macedonia búlgara...

—Olvida usted, camarada, que no se trata solamente de Bulgaria.

Kirilov era un hombre de muy pocas luces. Para él, querer a Bulgaria era el *summum*. No sabía que hay que querer más a Rusia que a Bulgaria, porque para eso es la que manda.

—Quiero probarlo —dijo Varear—. Le voy a ofrecer un trabajo. Un trabajo muy penoso. Si no protesta, será que, efectivamente, es leal. Si se resiste a hacerlo...

—Y ¿no sería mejor, camarada comisario, dejarle volver a Monastir para que terminara de retorcer el cuello al gobernador? —apuntó tímidamente Stoian Kirilov. El judío le echó una mirada de desprecio y no contestó. Se limitó a agitar un dedo en el aire, dando a entender que la conferencia había terminado. Cuando el hombre salió, Varear se cogió la cara, pensativo.

—Sí... —murmuró—; pero... ¿dónde he visto yo esa cara? ¿En el periódico? No; algo más cerca de mí.

Por fin, con un movimiento impaciente, apartó aquella idea de su cabeza y empezó a hojear unos papeles que tenía sobre la mesa.

La mujer abrió unos enormes ojos aterrorizados y trató de desprenderse de aquella mano brutal que la cerraba la boca y que le impedía gritar. Con un poco de trabajo, Will Schenk consiguió meterla dentro de la habitación.

—No chille y la soltaré —le dijo en voz baja, casi un susurro, al oído—. No chille, por lo que más quiera. Soy un amigo.

Ella lo miraba con ojos agonizantes. En su camita, adosada a una de las paredes del cuarto, la criatura arreció sus sollozos. Entonces Schenk, pidiéndole a Dios que la mujer conservase la cabeza suficiente como para no gritar, la soltó. Ella abrió la boca, afanosa, pero no salió ningún sonido de entre sus resecos labios.

—Soy un amigo que quiere ayudarla —dijo Will sonriendo forzosamente, pero sonriendo al fin.

—¿Quién... quién... es usted? —preguntó la mujer con voz estrangulada, en alemán. Schenk conocía perfectamente esta lengua. Es decir, podía hablarla con soltura aun cuando no tan excelentemente como el búlgaro.

—Un amigo, le digo —y para evitar perder la victoria psicológica, le preguntó a boca de jarro—: ¿Por qué tiene usted que llevar el niño al hospital en vez de dejar que venga aquí el médico? ¿Quién se lo impide?

El terror de los ojos de la alemana se acentuó más, si ello era posible. Parecía un animalito apaleado.

—Yo... No sé lo que usted quiere decir... Váyase. Váyase o llamaré a...

—Sí; al hombre que le obliga a sacar al niño, exponiéndolo a una pulmonía. No; no lo llamaré porque sabe que no quiero hacerle daño. Escuche, señora: he corrido muchos peligros para llegar aquí. Lo único que quiero es ayudarla. ¡Por el amor de Dios, no me haga las cosas más difíciles aún! ¿Quién es el hombre que va con usted al hospital?

Ella movió la cabeza negativamente, como fascinada por la mirada dura de los ojos del inspector federal. Éste, impaciente, se acercó a ella.

—Si su niño muere, nadie sino usted tendrá la culpa —dijo con sequedad—. Es posible que llegue a morir si se le obliga a salir con

este frío. ¿No quiere contestarme?

Ella volvió a mover la cabeza negativamente. Los sollozos del niño, que estaba despierto y febril, se hicieron más fuertes. Schenk iba a imprecicar a la mujer, cuando oyó el sonido.

No fue muy fuerte. Era un sencillo golpe en la puerta dado con los nudillos; sin ánimo de hacer ruido. Schenk dio un salto hasta colocarse al lado de la puerta por si ésta se abría, y sacó la pistola. La mujer, que se iba reponiendo al ver que el nocturno visitante no intentaba hacerle daño, dio un respingo.

—Oiga —dijo una voz fuera—. ¿Pasa algo nuevo? ¿No puede callar a ese chico? Maldita sea, no me deja dormir. Voy a entrar...

Schenk movió la cabeza con energía, y la mujer, que no había quitado de él los ojos, comprendió el gesto.

—No... —dijo con voz débil—. Estoy... estoy desvestida.

—Pues vea de callar al chico. Dele un dulce o algo.

—Sí...; ya lo haré.

—Está bien. Y no vaya a coger frío. No faltaría más sino que cayese usted enferma ahora también... —Y la voz fue alejándose, pasillo adelante, hasta perderse. Schenk dejó escapar el aliento, retenido durante aquellos segundos.

—Gracias —dijo—. Hubiese tenido que matar a ese hombre. ¿Es pariente de usted?

—No. Es... ¡Oh creo que voy a volverme loca si continúa todo esto! Mi niño... está enfermo.

—Dígamelo todo, señora. Dígamelo todo y será la mejor manera de que yo pueda ayudarla.

—Usted no es alemán.

—No se preocupe por ello, le digo. Tendrá usted protección si me dice qué es lo que le ocurre y por qué tiene usted que obedecer esas órdenes brutales. Vamos, hágalo. A cada momento que pasa, el peligro aumenta para mí y para usted.

—Ese hombre —dijo ella desesperada— vino a verme y me dijo que tenía que seguirle a esta casa. Aquí me encerraron, pero no sé para qué ni por qué.

—¿Y su marido?

—Murió —ella se echó a llorar silenciosamente—. Estaba en el ejército alemán y lo cogieron prisionero los rusos. Me dijeron que lo iban a repatriar, pero luego tuvo una enfermedad, tifus, creo, y

murió. Yo estaba en la zona rusa de Berlín, pero me trajeron aquí, a Bulgaria, donde no conozco a nadie.

—¿Por qué?

—No lo sé, *mein herr*; no lo sé, le digo. No me han maltratado pero no dejan que nadie, ni siquiera el médico, venga aquí.

—¿Le han interrogado? ¿Le han dicho algo? ¿Le han hecho alguna proposición?

Ella movió la cabeza negativamente. Las lágrimas habían dejado ya de correr por su rostro, pero se veía que casi no había hecho otra cosa en varios días, porque tenía los ojos enrojecidos. Era una mujer joven, de unos veinticinco años, con ese aspecto robusto, macizo y agradable de las alemanas del Sur, que parecen limpias aun cuando lleven encima ropa sucia y tengan tiznones en la cara. Si no hubiera sido por los rojos párpados, hubiera resultado muy agradable de contemplar.

—¿Cómo se llama usted?

—Hilde Krammer. Ése era el apellido de mi marido. Mi nombre de soltera es Hilde Streicher.

Streicher. Schenk no movió un músculo de su cara. Era la primera vez en su larga carrera de agente del Gobierno que veía terminado un caso con tanta rapidez. Y más: un caso que se presentaba tan complicado desde el principio. Estaba delante de una mujer relacionada de algún modo con el hombre que había venido a buscar.

—¿Es usted pariente de Sigmund Streicher? —preguntó.

—Su hija. ¿Es que saben algo de mi padre? ¿Está aquí, en Bulgaria?

Schenk estaba pensando a toda presión. Ahora tenía ya todos los hilos de la trama en sus manos y la solución parecía muy clara y nítida. Los rusos habían cogido a Hilde Streicher como rehén, y con ella habían obligado al padre a trabajar. Lo que era incomprensible es que un hombre de ciencia, como Streicher, hubiese venido desde tan lejos sin ninguna prueba de que sus enemigos tenían en rehén a su hija. De todas maneras, un montón de cerebros astutos pueden maquinar cosas bastante desagradables. Y se le presentaba un problema: el de qué hacer con la mujer. Es cierto que podía intentar llevársela, pero en ese caso, y puesto que aún no había logrado localizar a Streicher, no habría cumplido más que una parte de lo

que le habían pedido. Lo que no dudaba, en cambio, era que por la pista de la mujer podría llegar al investigador.

—Escuche —dijo. Había decidido jugarse el todo por el todo. Así como así, la hija de Streicher, por asustada que estuviese, no podía ser una imbécil, sino que, con toda probabilidad, sería una mujer inteligente—: los rusos están obligando a trabajar a su padre, aquí, en Bulgaria, seguramente bajo la amenaza de hacerle daño a usted si no se doblga a sus deseos.

—¡No es posi...! ¡Dios mío! —Los ojos de la joven se abrieron, espantados—. ¿Cómo pueden hacer eso? ¿Es que no tienen sentimientos?

—Déjeme acabar. Su padre estaba en América y se escapó, seguramente cuando le hicieron saber que la tenían a usted en su poder. Vino aquí y está trabajando para ellos, aunque a la fuerza. Yo tengo el encargo de encontrarlo, pero necesito su ayuda. ¿Puede usted ayudarme?

—¿Cómo? —Yo soy... yo estoy aquí, siempre, encerrada.

—No importa. ¿Cuántos hombres hay aquí, guardándola a usted?

—Tres siempre. El que da las órdenes es ese que ha llamado a la puerta antes.

La joven parecía más animada. Era que hasta ahora, sencillamente, había estado en una completa ignorancia de lo que ocurría. Pero una persona fuerte reacciona cuando ve la manera de luchar por ella misma.

—¿Nunca más?

—Hasta ahora, nunca.

—Bien; seguirá usted como hasta ahora. Pero ¿no podría usted...? No quiero que me interprete mal, pero estoy seguro de que si usted se lo propusiera, podría inducir a alguno de esos hombres a irse de la lengua. ¿No lo ha intentado?

Una oleada de rubor subió a las mejillas de la joven, que veló sus azules ojos con los párpados.

—Entiendo —dijo—. No, no lo he intentado nunca. Me daban repugnancia. Son tan duros y crueles... No creo que tuviera mucho éxito.

—Pruébelo, de todas maneras. Con el jefe. Fíjese bien, *frau* Krammer. Volverá a tener noticias mías dentro de muy poco

tiempo. Pero sepa que siempre habrá algún hombre de mi confianza vigilándola, para evitar que la trasladen de aquí sin que yo me entere. Procure soportarlo todo y... recuerde lo otro. Una sonrisa a tiempo, un ligero contacto de una mano con otra, pueden hacerle cambiar de parecer a un hombre. Y de carácter. Ahora tengo que marcharme. ¿Cómo impiden que se escape usted una noche?

Por primera vez en toda la noche, la joven dejó deslizar por sus labios la sombra de una sonrisa.

—Un hombre duerme apoyado en la puerta. No hay peligro, *mein herr*. No puedo escaparme de aquí, aunque lo intente —elevó hacia él sus ojos, de un azul profundo—. Haré lo que me dice, *mein herr*, aunque no sé quién es usted.

—Ya le dije que un amigo. Adiós, *frau* Krammer. Volveré. ¿Quiere usted asegurarse de que no hay nadie en el pasillo?

La joven fue a la puerta, la abrió y miró a ambos lados.

—No hay nadie —dijo, por fin—. Adiós, *mein herr*.

—Mañana irá usted al hospital, ¿no es así? Pues una muchacha le dará una carta con más instrucciones mías. Debe usted procurar escribir, si ocurre algo nuevo, unas líneas y dárselas a ella. Además, tengo otra idea.

Salió al pasillo y se dirigió hacia la escalera, mientras la joven cerraba la puerta. Empezó a descender las gradas, una a una, apretando, antes de apoyar todo su peso, con la punta del pie, para evitar que crujiera ninguna de ellas. Cuando llegaba al final, sonrió torcidamente. Había pasado por delante, seguramente, del hombre que dormía apoyado en la puerta y no había tenido ni el menor atisbo de ello. Ninguno de los dos.

Redobló sus precauciones al atravesar el *hall*, o lo que él suponía que lo era, porque ahora sabía que estaba ocupado. Poseía un buen sentido de la orientación, aun a oscuras, por lo cual no le costó gran trabajo hallar la puerta abierta de la habitación por la que entrara a la casa.

Salir al jardín ya fue cuestión de pocos segundos. Un momento después escalaba la verja de nuevo, y se dejaba caer en la calle. Dos sombras aparecieron a su lado: Boleslav y otro hombre, al que no podía ver bien.

—Todo ha ido bien —dijo—. Escuche, Boleslav: necesito que uno o dos de sus hombres tengan esta casa bajo constante

vigilancia, ¿me comprende? En el caso de que vieran salir a una mujer rubia, que la sigan como perros de caza. Es lo que más me interesa. Hay también un búlgaro, un hombre moreno y mal encarado, al que me interesa seguir. Pero va en un coche oficial.

Boleslav rió en la oscuridad.

—¡Por la barba del profeta! Yo puedo seguir a todos los coches oficiales habidos y por haber. Creo que desconfía usted inútilmente de nosotros, señor Mirkov.

—No deseo discutir ese punto ahora.

Cuando aquella noche llegó a su casa, después de despedirse del *pomak*, le esperaba una sorpresa. Era casi la una de la madrugada, pero Mama Renke estaba levantada, cosiendo al lado de una pantalla de luz.

—¿Por qué no se ha acostado, *frau* Renke? —preguntó, extrañado.

—Nunca lo hago cuando hay alguien de la casa fuera —respondió la alemana, sonriendo con sus labios gordezuelos—. No sé, pero creo que deben ser los nervios. No puedo estar descansando si falta alguien.

Schenk, cansado, se dejó caer a su lado en un sillón.

—Escuche, *frau* Renke: si alguien ve luz a estas horas, por ejemplo, ese bandido de comisario, podría entrar y ver que yo faltaba. Eso iría en contra de mi trabajo. Podría producirme trastornos, ¿comprende?

—Sí, claro —dijo ella, poniéndose en pie—; pero es que pensar que estaba usted fuera, con esta noche tan horrible... Sentiría mucho que por mi culpa pudiese ocurrir algo, *herr* Mirkov.

Schenk sonrió. No lo podía remediar; le gustaba aquella mujer. En este momento estaba preparando algo. Cuando se dio cuenta de lo que era, tenía ya delante un vaso de café con leche y unas galletas campesinas, duras, pero apetitosas y de buen sabor.

El inspector americano sabía que, si bien Renke, como capataz de una fábrica, ganaba buen jornal, y la muchacha también estaba bien retribuida, los alimentos estaban tan caros, que la vida no resultaba nada fácil desde el punto de vista económico. La misma Ivana se lo había dicho aquella mañana, cuando el incidente del café. Por cierto, sabía que aquello era con un cierto sacrificio por parte de ellos.

—No, gracias —dijo, poniéndose una mano delante de la boca, para ocultar un bostezo—. No tengo ningún apetito.

—Coma, *mein herr*. He oído decir que en su país los alimentos son muy buenos y están muy bien preparados. ¿Es verdad? Me gusta mucho oír cosas de otros países. Antes de la guerra, aquí había también buenas cosas, pero ahora...

—Todo lo que oiga usted de los Estados Unidos será pálido al lado de la realidad. —Schenk cogió una galleta y la hizo desaparecer en un momento—. La leche es allí pasteurizada y no la ha tocado mano alguna cuando llega al consumidor. Va en botellitas y tiene todo su alimento; no le echan agua bajo ninguna circunstancia, porque a los que eso hicieran los meterían en la cárcel. Y los establos tienen que ser encalados diariamente.

Frau Renke puso unos cómicos ojos de asombro.

—*Grüss Gott!* —exclamó—. *Herr Mirkov*: eso es inconcebible.

—No lo es si se ha nacido allí. El comprador tiene todos los derechos y... ¡ay del comerciante que pretenda ignorar sus obligaciones! La Comisión de Sanidad se lo recuerda poniéndole la mano encima. Y tiene la mano pesada.

—Me gustaría vivir en un país así... —dijo, soñadoramente, la mujer, con los hermosos ojos fijos en algún punto invisible para Schenk—. Podría hacer pasteles con buenos huevos, huevos gordos, más que los turcos.

El americano asintió.

—Y una sopa de coles... —Se pasó la lengua por los labios—. ¡Válgame Dios, *herr Mirkov*, aquello debe ser el paraíso!

—Lo es —respondió, gravemente, Schenk.

—Y ahora comprendo por qué no le gusta a usted Europa. *Mein Gott*, cómo me gustaría ir allí a vivir.

Schenk se puso en pie.

—Tenga esperanza, *frau Renke*. Quizá algún día lo conozca. ¿Acaso no está allí su pariente?

La mujer movió la cabeza con tristeza.

—No nos dejarían salir de aquí. Mi marido es un buen obrero, *herr Mirkov*, y a éstos no los dejan salir. Lo necesitan para instruir a los obreros búlgaros.

Schenk sólo respondió con un «buenas noches» y se marchó a su

cuarto. *Frau* Renke se quedó todavía allí un momento, con la cabeza llena de neveras repletas de alimentos frescos. Verduras, jamón, salchichas gigantescas, enormes trozos de pan de emparedar, cientos de huevos más gordos que los que ponían las gallinas turcas y las búlgaras. Luego, con un suspiro, se retiró a la cama.

La nevada continuaba furiosa. Ivana se retiró de la ventana, donde había estado mirando cómo caía la espesa manta blanca en ramalazos, con un ligero escalofrío, ya que sólo tenía una bata sobre su vestido de dormir. Estaba pensando en un niño pequeño, un niño al que obligaban a desafiar un temporal de nieve, cuando tan fácil hubiese sido para cualquier médico el ir a atenderlo a su propio domicilio. Y pensaba también qué relación tendría aquello con el americano.

Por un momento se imaginó a sí misma en otro sitio, un sitio completamente distinto, en él que se notase que había sol, aun cuando no se lo viera. Esta tierra, en cambio, la ahogaba. Bajo un cielo de plomo se escondían pasiones rojas, desbordantes. El crimen acechaba, bien en la forma semilegal, como lo hacían los rusos, bien en la de una venganza de familias. Ella se llamaba a sí misma búlgara, pero no corría una sola gota de sangre eslava por sus venas. Por tanto, no podía comprender aquellas tenebrosas pasiones, aquellos nervios siempre a flor de piel. Con un último estremecimiento, se acostó y descansó la rubia cabeza en la almohada.

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

Publica:

F. B. I. - PROEZAS - NEVADA

NOVELISTAS DE HOY - JEQUE BLANCO

EXTRAORDINARIA DEL OESTE - LOTO

AVENTURAS DEL F. B. I.

¡COLECCIONES POPULARES PARA TODOS!

VII



ULGARIA no ha sido nunca un país industrial. Unas cuantas factorías para fabricar útiles mecánicos y, en la capital, la construcción de algunas locomotoras. Su fuerte ha sido siempre la agricultura, sobre todo cereales, y lo principal de su economía, la esencia de rosas.

Por eso, ahora que los rusos y los dirigentes soviéticos han querido rodearse de una barrera de países satélites, han pensado que un país, en las buenas condiciones en que está Bulgaria, no debe ser desaprovechado. Con salida al mar Negro, y oponente de Yugoslavia, debe ser industrializada. Ésa es la razón, una de las razones, que hicieron que los rusos montasen grandes plantas de factorías y activasen la cuestión de la energía hidroeléctrica.

El laboratorio del profesor Sigmund Streicher estaba situado al

lado del minúsculo despachito que le servía para tramitar sus asuntos administrativos. El investigador alemán trabajaba rodeado de profesores rusos, especialistas, aunque no tanto como él. Sería completamente inútil tratar de describir lo que es la maquinaria que se emplea para trabajos de investigación atómica, porque es algo que solamente los sabios conocen. Uno se encuentra perdido en una verdadera selva de acero, con prolongaciones metálicas, vástagos, cables y aparatos perfectamente imposibles de clasificar para el profano.

Un hombre vestido con una bata blanca, se acercó al profesor, que estaba en aquel momento mirando cómo se movía la manecilla de un delicado aparato colocado a la altura de sus ojos y le musitó algo al oído. Streicher se estremeció imperceptiblemente y se quitó los anteojos para limpiarlos.

—Sírvanse dispensarme un momento, señores. El director Wassiliev solicita mi presencia.

Wassiliev era, en realidad, un sabio fracasado. Había intentado obtener hidrógeno pesado por un camino erróneo, pero ahora se negaba a reconocer su error. El ver que Streicher había conseguido más en mes y medio que él en dos años, le ponía de un humor de todos los demonios. A su modo, era tan bilioso como Anton Varez.

Y Streicher avanzaba. Lenta, pero seguramente. Ahora que él, bajo cuerda, emitía constantemente a la superioridad informes desfavorables del alemán. Esto había creado un ambiente de alta tensión entre los profesores e investigadores de la factoría.

Con Wassiliev se encontraba Wladislav Korotchenko, el profesor ruso, que había llegado hacía poco procedente de su país. Era un hombre relativamente joven, de cara cansada y preocupada, pero ya Streicher había visto que era un magnífico investigador, muy inteligente.

—Camarada Streicher —dijo Wassiliev, pomposamente—: tengo una buena noticia que darle. El profesor Korotchenko me ha comunicado que ha efectuado usted un gran avance con la nueva maquinaria que perfeccionó él. No puede por menos de agradarme esto, sobre todo después de la lentitud que se observaba...

—Dispense, Wassiliev —dijo Streicher, un poco enfurecido—. Yo hago lo que puedo y nadie debería saberlo mejor que usted. A pesar de todo, ustedes no han cumplido sus promesas.

—De eso quería hablarle —respondió Wassiliev, perdiendo su tono pomposo y volviendo a su habitual frialdad despreciativa—. ¿Quiere venir a la sala de proyección?

Era una sala diminuta, en la cual los visitantes ilustres veían pasar ante sus ojos cintas cinematográficas de los trabajos de las fábricas y de lo bueno que era Stalin y de lo buenos que eran todos los rusos que amaban a Stalin. La pantalla, de tamaño pequeño, ocupaba uno de los testeros, entre los inevitables retratos de Stalin.

—Mire —dijo Wassiliev.

Y, como un prestidigitador, movió una mano. Se apagaron las luces y un chorro de luz llevó desde la cabina a la pantalla unas imágenes borrosas, que instantáneamente se clarificaron. Se trataba de una mujer y un niño pequeño, en sus brazos, que caminaban por un jardín nevado. Una mujer joven, rubia y alta, de facciones suaves.

El profesor Streicher lanzó un grito ahogado y se acercó más a la pantalla.

—Hilde —exclamó, gozosamente—. Y su niño. ¡Oh hija mía!

Era patético ver a aquel hombre, que, por regla general, sólo se movía con seguridad en medio de sus máquinas y de sus cálculos, mirando tan de cerca las facciones queridas.

—Hilde, Hilde —repetía, con todas las entonaciones de la alegría. Luego, después de haberse hartado, se volvió, orgulloso, hacia los otros—: Son mi hija, ¿eh? Mi hija y mi nieto. Debo tener un nieto muy robusto, un verdadero brandemburgués.

El profesor Korotchenko volvió la cabeza hacia otro lado, pero Wassiliev sonreía con toda la boca.

—El premio ha sido bueno, ¿eh, profesor?

—¡Me gustaría tanto verlos!... —dijo, suplicante, Streicher—. Aun cuando sólo fuese de lejos. Me gustaría ver otra vez el cabello de mi Hilde reluciendo al sol como cuando íbamos a la montaña, con su marido. Mi hija es una gran esquiadora... Íbamos a Suiza, y una vez escalamos los tres, con un guía, la cara norte del Matterhorn.

Se perdía en sus recuerdos. Korotchenko se acercó a él y lo cogió del brazo.

—Vamos, profesor —dijo, en alemán.

—Los verá cuando se haya terminado el trabajo —dijo Wassiliev

—. Pero de cuando en cuando le daremos a usted algunos trozos de cinta como ésta —su tono se hizo más duro—: Nuestro Gobierno hubiera querido hacerle este regalo de primero de año al camarada Stalin. Por desidia de usted...

—No por desidia mía —dijo, exasperado, Streicher—, sino por imposibilidad física. En Norteamérica —añadió, imprudentemente— pusieron a mi disposición una maquinaria que aquí no tengo. Además, el ciclotrón que yo utilizaba allí...

—¡Basta! —ordenó Wassiliev, acercándose a él hasta casi tocarlo. Lo dominaba por la estatura. No vuelva usted a repetir esas estupideces en un sitio donde lo puedan oír. Los americanos jamás tendrán maquinaria como la nuestra. Una palabra más y no volverá a ver a su hija ni a su nieto.

Wassiliev salió, dando un portazo. Streicher agachó los delgados hombros y se dirigió hacia la puerta. Un brazo fuerte, a cuyo final había una mano morena y velluda, le rodeó los hombros.

—Lamento haber presenciado esto, profesor Streicher —dijo Korotchenko en su excelente alemán. Ya es sabido que la eslava es una de las razas mejor dotadas con el don de las lenguas—. Lo siento de veras. Creí que usted trabajaba aquí voluntariamente.

Streicher alzó hacia él sus ingenuos ojos azules.

—Me hicieron venir, enseñándome unas fotografías que indicaban que mi hija estaba prisionera de ellos. Yo estaba en Norteamérica, tratando de olvidar la horrible guerra, que me había privado de mi yerno, y procurando llevar conmigo a mi hija y... Ya lo ve usted.

—Sí, profesor —los ojos del ruso, unos ojos oscuros y dulces lo examinaron fijamente—. Lo sé. Mi mujer no ha podido venir conmigo. Está en rehén, en Rusia, para asegurarse ellos de que yo no trataré de salir de aquí. Mire, pues, si puedo comprenderlo. Mi mujer está enferma. Si ella muriera... No estaría aquí ni un minuto más.

—Si viera usted aquello... ¡Qué poderío, Korotchenko! Y la alegría... Todos trabajan a gusto. Y si un obrero no quiere trabajar en un sitio, pues se marcha a otro. Si le hace daño el frío, tiene climas ardientes. Si prefiere la nieve, pasará nueve meses del año entre ella. Y, sobre todo, ¡qué medio tan fabuloso!

—No podemos hablar aquí —dijo el ruso, mirando a su

alrededor—. Pero quisiera que me contara usted más cosas de allí —por sus oscuras pupilas pasó un destello de dolor—. Mi esposa no se curará, pero mientras ella viva, no puedo permitir que la torturen. Está enferma de los pulmones, y un viaje a Suiza la curaría. No la quieren dejar salir. Por eso morirá. *Nitchevo*. Pero yo, entonces, no me quedaré aquí. Iré al Occidente, a los países donde los hombres son libres. Profesor Streicher: ¿cuánto piensa usted que tardará en encontrar el medio?

—¡Pero si ya lo he encontrado! —dijo el otro, ingenuamente—. Sé cómo hay que hacerlo, pero me falta material. No me quejo. No quisiera que ellos se lo llevaran. Si viese usted lo a gusto que ríen los niños allí... Le parecería un crimen pensar siquiera en matarlos con estas fuerzas demoníacas.

—¿Lo sabe ya? —preguntó el otro, asombrado.

—Sí; pero no lo diré hasta que no tenga más remedio —contestó, tercamente, Streicher—. Mi hija vive: eso es lo importante. Quizá consiga sacarla de aquí.

—Volvamos al trabajo, profesor Streicher —dijo Korotchenko. Se impacientarán si no lo hacemos pronto.

El niño se encontraba mejor aquella mañana y el doctor Vossler había dicho que ya estaba fuera de peligro, pero que debían evitar esas lacras que suele dejar el sarampión. Para ello, lo mejor era reposo absoluto, completo. Hilde estaba sentada al lado de la cunita y canturreaba suavemente para que se durmiese. Pero el chiquillo tenía los ojillos abiertos y de cuando en cuando le sonreía. Luego pedía agua, o pan, o todo al mismo tiempo.

Dieron un golpecito en la puerta, y el búlgaro, el jefe de los hombres encargados de guardarla, apareció. Sus negros cabellos aparecían, cosa rara, bien peinados, con una coquetona raya a un lado. A pesar de sus miserias, la joven tuvo ganas de reírse. Era el resultado de dos rápidas y brillantes sonrisas que le había dirigido aquella misma mañana. Era un hombre rudo, un obrero inculto, seguramente, y hasta entonces se había resentido del desprecio con que ella lo trataba. Pero el visitante de la noche anterior no se había equivocado: podía cambiar un hombre.

—Me alegro que el chico esté mejor —dijo, con su duro acento.

—Gracias, Boris —respondió la joven, sonriendo de nuevo—. Y

yo me alegro de haberlo tenido a usted a mi lado. Otro quizá no se hubiese portado con tanta delicadeza.

Con aquel tipo resultaban inútiles las sutilezas. Con ese especial instinto de las mujeres, ella se dio cuenta de que el mejor camino era el de la adulación burda, pero adulación, al fin y al cabo. El tragó el anzuelo ávidamente.

—No he hecho más que cumplir con mi deber —dijo, con torpeza—. Sólo eso. La mujer, camarada, merece todos nuestros respetos.

Ni él mismo sabía dónde había leído aquello o ni siquiera si lo había leído en alguna parte, pero le pareció muy bonito.

—Pero hay muchas maneras de hacerlo. Esos otros de ahí abajo... —La alemana movió la cabeza con pesimismo.

—¿Se han atrevido a molestarla? —preguntó el otro, truculentamente—. Si han hecho eso, los voy a empalar.

—No, no me han molestado; sólo que me tratan como un trasto, no como una mujer. Me encuentro aquí, prisionera sin saber por qué y no quiero negarle que me aburro mucho. No tengo ningún entretenimiento, sino, acaso, charlar. Y ni eso parecen dispuestos a hacer.

—Yo... —Rascó con la punta de su basta bota en el suelo—, yo... yo no sé hablar, pero si le hace falta compañía... Me alegro de que el chico esté mejor. Yo siempre he pensado que los chicos son muy buena cosa.

Y durante un par de horas «charlaron». Es decir, aquello consistió en algo así cómo cambiar impresiones con una pared de ladrillo refractario, porque el hombre era perfecta y absolutamente incapaz de cualquier reacción inteligente.

Hilde Krammer estuvo, sin discusión, magnífica. Las mujeres saben hacer esto perfectamente, porque están de una manera especial conformadas para ello. No hay mujer, por fea que sea (aparto los monstruos), que, si se lo propone, no pueda hacer perder la cabeza a un hombre. Hilde no solamente no era fea, sino que era muy hermosa, con esa hermosura que nace de los huesos bien conformados, no de una disposición más o menos arbitraria de los músculos de la cara, que cambia al perder la juventud.

Pero también una mujer puede encontrar el camino del corazón de un hombre mediante otro truco: escuchando. El hombre se

enamora de la mujer que se interesa por sus asuntos. Hilde, cuando vio lanzado al otro, se puso a escuchar con una expresión de arrobó en su sonrosado semblante, que hubiera sido capaz de derretir piedras. Cuanto más, corazones búlgaros.

Habló y habló. Del partido, de los intereses del partido, del sagrado deber del partido y de lo que el partido haría con sus enemigos. Qué es lo que el partido estaba haciendo por el pueblo, es algo que Hilde no supo, porque aquello no aparecía por parte alguna. Ahora bien; no hacía más que repetir tópicos oídos en otras partes. Él no podía tener ningún conocimiento profundo de aquello, porque le faltaba inteligencia. No era, ni siquiera, como esos astutos explotadores que van a su negocio. Sencillamente, repetía lo que le decían.

Por fin pareció darse cuenta. El niño se había dormido en su cunita, y tenía los fuertes puñitos apretados. Si su abuelo hubiese podido verlo no hubiera dudado de que llegaría a ser un gran brandemburgués, robusto, encarnado y jovial, como su difunto padre, el soldado alemán muerto en algún campo de concentración.

—Se me ha pasado el tiempo volando —dijo Hilde, poniéndose en pie—. Oh, qué fastidio tener que interrumpirle, pero...

—Pero ¿qué? —preguntó, ansiosamente, el búlgaro. Era como el perro que está esperando a que su amo arroje una ramita para ir a buscarla.

La joven lo miró con triste sonrisa.

—No hemos tomado alimento, ni el niño ni yo, desde... —Bastaba con eso. Boris se lanzó como un tigre fuera de la habitación, pegando voces a diestro y siniestro. Un momento después llegaba con una bandeja— hasta entonces él no había descendido jamás a servir de camarero, —en la que había pan, margarina amarillenta y una lata de carne en conserva, rusa. Por cierto, que aquello era curioso. Los rusos se llevaban de Bulgaria grandes cantidades de cerdos y devolvían luego carne de buey, muy buena, pero no tan sustanciosa, enlatada.

Hilde comió poco, pero con apetito, mientras Boris la contemplaba. Cuando estaba terminando, se volvió hacia él.

—Me gustaría que los paseos del hospital durasen más. Yo creo que es la inacción lo que hace que esté tan nerviosa. Si pudiésemos...

—Eso es imposible —dijo el búlgaro, un poco adusto—. Tengo órdenes de que usted no salga de aquí más que al hospital, hasta que el niño esté bien. Y el doctor ha dicho que mañana podrá ya dejar de ir, porque el pequeño está ya bien.

—Sí; claro es su deber —dijo ella, velando los ojos con los párpados—. Ya comprendo. En fin, si en algún momento viese usted algún resquicio, que pudiéramos aprovechar para dar un pequeño paseo. Si un día hiciese sol...

Otro hombre un poco más inteligente que Boris se hubiera dado cuenta de que algo tenía que ocultarse tras de tanta afabilidad, cuando precisamente el día anterior lo había tratado con temor y desprecio. Pero había caído sobre su presa como un rinoceronte, ciegamente, y no veía más que lo que había delante de él. Y lo que había delante de él era la muchacha.

—Ya veremos —dijo, vacilante—. No se está tan mal aquí...

—No; claro —repuso ella, sonriendo—. Pero el sol es tan hermoso... Además, si no estuviese tan sola...

Cuando Boris se marchó, ella se apoyó contra la puerta, agotada.

—¡Oh papa! —dijo, con voz un poco entrecortada—. ¿Cuándo podré verte?

El profesor Korotchenko era uno de esos eslavos que no dicen *nitchevo*[7] a cada paso, sino que poseen una mente bastante occidental. Sus superiores habían cometido varios errores con él. En primer lugar, tratar de destruir sus ideas religiosas, y en segundo lugar la de portarse cruelmente con su esposa. La pobre Vila Korotchenko tenía los pulmones afectados por el feroz viento ártico. Una estancia de un par de años en Suiza hubiese salvado la vida de aquella bellísima y extraordinaria mujer. Por miedo a que el marido desertase de detrás del telón de acero, le negaron la salida. Ahora ya era tarde. Nada podía hacerse por ella.

Además, Korotchenko había estudiado en Occidente. En Francia se había convertido a la fe de Roma y no había cambiado de ideas desde entonces. Amaba a su país, pero no quería verlo tiranizado. Y ahora se le presentaba una ocasión de poner a prueba sus ideales.

La situación, para una mente analítica y acostumbrada a pensar como la suya, era la siguiente: un doctor extranjero había conseguido ya lo que los rusos buscaban. Pues bien: eso daría a los

rusos un poderío gigantesco. Por lo menos, para igualar las puestas con Norteamérica. Ahora bien: él no quería que esto sucediese, luego... Sólo quedaba un camino. Él se quedaría en Bulgaria hasta que su pobre Vila hubiese muerto. Entonces, procuraría escapar, pero antes ayudaría a Streicher a que se fugase. Él, como ruso, tenía mucha más libertad que Streicher y, además, Wassiliev lo temía, porque los conocimientos de Vladislav eran muy apreciados por el Kremlin.

La idea se fijó como una ventosa a su mente. Aquello era lo que tenía que hacer. No podía ayudar a Streicher a escapar todavía, pero podría al menos saber algo más acerca de su hija y de su nietecillo. Y eso es lo que iba a hacer al momento.

Había terminado, tras ocho horas de rudo trabajo, de preparar un informe muy extenso. Se quitó la bata blanca y se puso una chaqueta de paño. Luego se dirigió hacia el despacho de Wassiliev. Entró en él sin llamar y se sentó al lado de la mesa directoral.

—¿Qué hay, camarada Korotchenko? —preguntó Wassiliev, que sabía ser muy gentil con los que estaban por encima de él o podían llegar a estarlo.

—Buena faena han hecho ustedes con Streicher —dijo Vladislav, encendiendo un cigarrillo—. ¿Son de verdad su hija y su nieto?

—¿No lo vio usted? Él los ha reconocido perfectamente. Esto fue una idea del comisario Anton Varear, una idea de la que está muy ufano. El cree, pobre imbécil, que si Streicher llega a la mota, él será nombrado por lo menos comisario del Interior. Lo que no sabe es que no llegará nunca a ese puesto.

—¿Tienen ustedes aquí, en Sofía, a la hija de Streicher?

Wassiliev gustaba de la charla. Muchas veces había intentado beberse un vaso de buen vodka en compañía de Korotchenko y fumarse unos cigarrillos americanos que había conseguido en alguna parte, pero la actitud del profesor moscovita, hasta ahora, no había sido invitadora. Por eso, ahora, Wassiliev vio cumplidos sus deseos.

—Sí; claro. Esas películas cinematográficas están tomadas en el patio de su casa. Allí los tiene Varear, bien vigilados. No les falta nada, por supuesto, pero no pueden salir. Camarada Korotchenko, me permito invitarle a un vaso de buen vodka ruso. Tengo también unos cigarrillos americanos, llegados no sé cómo a manos de mí...

Ambos hombres se alejaron por el pasillo, con dirección al bar reservado para los altos jefes de la factoría. Se sentaron a una mesa, y el camarero les sirvió una botella y galletas.

Korotchenko no tuvo que esperar sino a que el sublimado corrosivo encerrado en aquel frasco empezara a surtir sus efectos. Wassiliev hablaba y hablaba, en tono pedante, y él lo dejaba hablar. Por último, con un giro suave, lo llevó donde quería.

—Supóngase que Streicher descubre el paradero de su hija, Wassiliev. ¿Qué pasará entonces?

—Nada; absolutamente nada, camarada Korotchenko. Primero, que a Streicher le sería muy difícil salir de aquí solo. Y segundo, que jamás encontraría el modo de llegar a su hija. Porque en el momento en que ese alemán se escapase, su hija sufriría las consecuencias. Sería enviada a Siberia.

—Estaba pensando —dijo Wladislav, pensativo—, que un hombre como Streicher trabajaría con más ardimiento si se le diesen algunas más facilidades. Ante todo los intereses del pueblo, querido Wassiliev. Si él tuviese noticias constantes de su hija. Si viera que estaba bien, que no le faltaba nada. Elemento psicológico, ya me entiende.

—El único elemento psicológico es el de la dureza, camarada —respondió Wassiliev, brutalmente—. Es el único bueno, al menos. Bajo el temor de que a su hija pueda ocurrirle algo, trabajará.

—Pero trabajará bien, si sabe que no le ocurre nada —respondió Korotchenko, con una torcida sonrisa. Ante él no tenía la cara un poco abotagada de Wassiliev, sino la pálida, demacrada, espiritual de Vila, de su Vila, de la mujer que moría lentamente en Odessa.

—No sé... ¿Qué tal se lleva usted con Streicher?

—Bien. Ceremoniosos, pero bien. Después de todo, él no es ruso. No puedo tratarlo como a un compatriota.

—Claro está que no —se sirvió otra espléndida ración de vodka y se la bebió de un trago—. ¿Cree usted que dándole noticias de vez en cuando...?

—Estoy seguro, Wassiliev. Y siempre sería menos penoso que las recibiera de un compañero de trabajo, como usted o como yo, que de una manera fría e impersonal como pueda hacerlo ése... Varear.

Wassiliev parecía convencido de ello, pero había algo que lo tenía preocupado.

—No sé qué dirán en Moscú a todo eso. Cursaré una petición.

—Burocracia, querido Wassiliev, pura burocracia. Usted y yo somos hombres de ciencia, no burócratas. Ya que investigamos en todas las ramas del saber humano, ¿seremos impotentes acaso, cuando tratemos con burócratas? Ya sabe usted lo que ocurre. Una petición pasa por tres empleados subalternos, cinco registros, veinte secretarios. Y todo eso requiere tiempo. No olvide que hay que tomar té cada dos horas. Y si el jefe de la oficina no trabaja, los empleados se hacen los remolones. En fin, como quiera. Por cierto, Streicher parece bastante cerca del final. Las modificaciones mías y las de Katuvin en la generadora parecen haber sido un rayo de luz para él.

—¿De veras? —Por una parte estaba fastidiado, pero por otra se alegraba. Podría regalar al Kremlin la cosa acabada dentro de poco tiempo. Entonces, seguramente, lo sacarían de aquella infecta Bulgaria y lo enviarían a Moscú. Brillantes recepciones, condecorado por el propio Iosif Vissarionovich, por Stalin; presenciar los desfiles del Ejército rojo, masas enormes de aviación como cobertura, brillantes uniformes, bellas mujeres sonrientes con el hombre que había dado a Rusia el arma más poderosa de todos los tiempos...

—Creo que tiene usted razón, camarada Korotchenko —dijo, muy borracho ya.

—Verá, lo que haremos...

VIII



L doctor Vossler quedó altamente sorprendido cuando le hicieron la petición. Se quitó sus lentes, los limpió y miró a su enfermera con aire de dulce reproche.

—Pero eso va contra la ética profesional, señorita —dijo—. Además, ¿qué interés tiene usted en que yo diga que el niño no está todavía bien, si lo está? No puede haber ya peligro para él. Una convalecencia en la cama, y dentro de unos días saltará y correrá como antes.

Ivana no podía darle, naturalmente, los motivos. Y los motivos eran que necesitaban poder continuar en comunicación con *frau* Krammer, y ésa era la única manera no peligrosa. Esa misma mañana habían estado allí la mujer, el hombre y el niño. Sólo que parecían haber cambiado ligeramente las relaciones entre los dos adultos. El búlgaro bebía perdido parte de su aire adusto y se

apoderaba con cierta familiaridad del brazo de la mujer. Ivana había conseguido deslizarle a ésta en el bolsillo del gabán la nota que Mirkov le entregase y nadie se había dado cuenta. Si cesaban las visitas al hospital también acabaría aquella correspondencia recién comenzada y que tan necesaria era, al parecer, para Mirkov.

—Además sería hacer correr un riesgo al pequeñín —repitió el doctor—. Si hubiera alguna razón para hacerlo...

Pero no podían darle ninguna razón. No podía uno fiarse de nadie ni siquiera de aquel que uno tenía al lado. Ivana no podía dar ninguna razón más que la de pedirlo como un favor. Y eso era bastante tonto, por su parte. Cansada, al fin, se marchó a su casa al terminar la guardia en el hospital.

El comisario de *quartier*, Stoian Kirilov, había llegado para decir que el camarada Anton Vearar deseaba ver a Milo Mirkov. Este que se hallaba en casa, en espera de algo parecido, se mostró contentísimo.

—Ya te dije que tenía amigos con automóvil —le comunicó al otro, confidencialmente—. Para que no vayas creyendo por ahí que soy un desharrapado. Yo tenía en Monastir un negocio de granos y ¿sabes lo que hice? Pues dejarlo para matar al gobernador, un cerdo serbio. Ahora, mi buen amigo que tiene coche, me ofrecerá un buen empleo y podré dar dinero a éstos —y señalaba a los Renke con un movimiento circular del brazo.

Salieron juntos. Había dejado de nevar la noche anterior, y un sol pálido se asomaba entre jirones de nubes grises, haciendo brillar los tejados de pizarra. Era un sol que no daba calor alguno; parecía un mero elemento decorativo. Schenk se arrebujó en su abrigo, friolento.

—Caramba, qué tiempesito. Me gustaría estar a orillas del Mediterráneo, padrecito. Tomando baños de sol en cualquier playa. ¿Has estado en Italia?

—No. Y tenga usted la bondad de dirigirse a mí por mi apellido —dijo Stoian, que no deseaba en manera alguna que Anton Vearar viese aquellas señales de confianza.

—Ah, perdone, padrecito. No quise insultarlo. Verá, es que los macedonios somos así. Siempre llevamos el alma en la mano. ¿Usted no lleva el alma en la mano, camarada comisario?

Aquella verborrea era una cortina de humo para ocultar sus

propios pensamientos. No le gustaba en absoluto aquella llamada de Anton Varear. Sabía que en cualquier momento el judío podía reconocerlo y entonces habría llegado su fin. Entre el medio millón de habitantes de Sofía tenía que haber tropezado precisamente con aquél. Era uno de esos casos en que la suerte se vuelve de espaldas y no hay nada que hacer.

Fueron introducidos en el despacho de Anton, tan caliente, que casi no se soportaba la ropa de invierno dentro de él. No obstante, Anton tenía todavía un hornillo eléctrico en los pies y frecuentemente metía las manos debajo de la mesa para calentárselas.

—Siéntense —dijo, con el ceño burocráticamente fruncido—. Me dijo usted... —Pausa de espera.

—Milo, Milo Mirkov, a su disposición, *pan*.

—Me dijo usted, Mirkov, que deseaba trabajo.

—Sí, camarada.

—Bien. Tú has estado antes en Bulgaria, ¿verdad?

—Sí, sí.

—Bien. Y... ¿estás seguro de que no me has visto nunca?

—¿Yo? Vamos, padrecito; usted bromea. Yo siempre he sido un pobretón. Tres sueldos ganaba con mi almacén de granos. Para mal vivir en todo momento, no crea.

Ya estaba allí. El judío debía estar haciendo desesperados esfuerzos para localizar aquella cara; pero, por lo visto, aún no lo había conseguido. Si llevaba cuidado tal vez pudiera librarse.

—¿Estás seguro?

—Claro, padrecito. ¿Tiene usted un empleo para mí? De lo contrario tendré que salir a pedir limosna y me cogerán los policías y me arrestarán por vago. Usted me prometió un empleo, padrecito.

Anton Varear lo miraba casi con angustia. Ya se sabe cómo es eso. Vemos una cara por la calle y sabemos que ya la hemos visto antes. Pero se nos escapa, por más esfuerzos que hacemos. Las personas nerviosas, cuando las ocurre esto, no pueden descansar absolutamente tranquilas hasta que no han dado con el misterio. Eso era lo que le pasaba a Varear. La noche anterior había tenido pesadillas.

William Schenk, jr., hijo de *míster* William Schenk *senior*, había sido un muchacho pernilargo, que parecía iba a crecer

desmesuradamente, como la mayoría de los muchachos anglosajones. No obstante, su pelo rubio paja se había convertido en castaño oscuro, y su estatura no pasaba de mediana en los Estados Unidos. Pero hay facciones que no cambian, y eso era lo que hería la memoria del comisario.

Cuando míster William Schenk echó a Anton Varear, casi a patadas (desde luego, las patadas fueron meramente metáforas, pero para la susceptibilidad del judío era eso peor que patadas físicas), Anton se juró a sí mismo que se vengaría algún día si es que la Providencia lo ponía frente a míster Schenk. Por desgracia para él, la Providencia no estaba dispuesta a hacerle ese favor. Míster Schenk murió, y su viuda se volvió a los Estados Unidos con su hijo.

—Te daré un empleo —anunció. Se inclinó sobre la mesa y escribió algo en una cuartilla. Cuando acabó, le tendió el papel al joven—. Toma, ¿sabes escribir?

Schenk pensó tan rápidamente, que sus palabras apenas se separaron de las del otro. El casi no recordaba el alfabeto cirílico. Sabía hablar varios dialectos y variedades búlgaras, pero apenas se acordaba del alfabeto. Ése había sido uno de los inconvenientes de su odio a todo lo europeo, heredado de su madre.

Por tanto, no se había preocupado de refrescar su alfabeto. Cuando niño, en Varna, había asistido a una escuela americana y, por ello, casi no había tenido contacto con los caracteres cirílicos. Estaba seguro de que había, por lo menos, diez o doce que no recordaba.

—No, padrecito. Lo siento, ya sé que soy muy bruto, pero no sé escribir. Estoy avergonzado de mí mismo por ser tan animal.

—Está bien. Preséntate donde dice ahí y te darán trabajo.

Otra trampa.

—Pero, padrecito —dijo, casi con las lágrimas en los ojos—, si yo no sé leer tampoco.

—¿Un comerciante y no sabe leer?

—Pues ya lo ve, padrecito, así es. Estoy profundamente avergonzado de mí mismo. Yo soy hombre de acción, padrecito. Mato a alguien, pero no puedo escribir una carta a su viuda.

Su comportamiento era magnífico. Nadie, a no poseer una mente tan retorcida como la del judío, hubiera seguido sospechando. Pero estaba aquel condenado recuerdo que no lograba salir de sus

neuronas.

—Está bien —dijo, por fin—. El camarada Kirilov te acompañará donde es. Adiós. Procura portarte bien.

—Claro, padrecito.

Y ambos se dirigieron a la puerta. Cuando la atravesaron y hubieron desaparecido de su vista, Varear se quedó mirando fijamente ante sí. Le había parecido, al ver el modo de andar de Mirkov, que una débil lucecilla se hacía en su cerebro, pero no había logrado apresarla. La lucecilla se había apagado.

El sitio donde fueron era un pequeño taller que se dedicaba al montaje de chapas de motocicletas. Unos veinte obreros trabajaban con los soldadores eléctricos, arreglando desperfectos en máquinas bastante estropeadas la mayor parte de ellas.

El dueño se rascó la cabeza, pero al ver la firma de Varear no le quedaba más remedio que capitular. Schenk se alarmó. No le convenía, en modo alguno que lo sujetasen a un trabajo fijo.

—¡Caramba! —dijo—. Esto no es lo que yo sé hacer. Yo soy un buen mecánico.

—¿No quieres trabajar para comer? —preguntó desagradablemente Stoian Kirilov.

—Sí; pero en algo que sepa hacer. Vámonos, camarada. Ya hablaré con mi buen amigo el comisario Varear.

—Un cuerno hablarás tú. Si quieres te puedes morir de hambre. Por mí...

—Vamos a tomar un vaso de aguardiente, camarada.

—No; con mil cientos de demonios. Lárgate, que no te vea más.

La victoria había sido completa. El comisario de *quartier* no volvería a molestarlo a no ser que ocurriesen cosas nuevas. Estaba harto de él y lo demostraba con su actitud. Por aquel condenado macedonio había estado a punto de ser sancionado.

Así, pues, Schenk pensó que ahora tendría las manos más libres. Poco a poco había ido penetrando en su cerebro la idea de que, si Streicher estaba en Bulgaria, tenía que encontrarse en Vladaja. Había ido recogiendo rumores (la mayor parte de ellos se los comunicaban los Renke), y tenía casi por seguro que la única factoría en que pudiera trabajar un hombre de la categoría de Streicher, había de ser aquélla. Pero la manera de entrar era el problema. La manera de entrar o de averiguar si estaba allí o no.

Lentamente, con las manos metidas en los bolsillos, fue paseando, camino de la casa. Se había notado a sí mismo, en los últimos días, una marcada afición a sentarse en la salita de los Renke, oyendo trajinar a Emma de un lado para otro.

—Te estás ablandando, viejo —se dijo, mirando cómo pasaba por la calle un batallón del ejército, con los cascos de acero, pero con los uniformes bastante destrozados. Además, sus armas eran muy heterogéneas.

Cuando llegó a la casa, volvía a nevar de nuevo, cosa que favorecía sus planes, fuesen éstos los que fuesen. Únicamente si conseguía llevar a cabo su misión, sería la hora de pedirle a Dios que le enviase un poco de buen tiempo.

Ivana estaba ya en la casa.

—Lo siento, pero el doctor Vossler se niega a permitir que vuelva el niño, *herr* Mirkov —dijo—. Y debo decir que me parece que hace muy bien. El niño podría empeorar.

—Eso quiere decir que tendré que volver a la casa —dijo Schenk, pensativo.

—¿Volver a la casa? —preguntó ella, asombrada.

Schenk la miró con atención.

—Sí —dijo.

—¿Es que ha estado usted ya allí?

—Sí; una vez.

Hubo un silencio.

—Comprendo que no debería preguntar nada —dijo la joven—. Pero... ¿es peligroso?

—Depende de cómo se mire. Puede serlo y puede no serlo.

Se acercó a la ventana y miró caer la nieve en la plaza. A él le gustaba el tiempo de nieve, pero no servido con tanta prodigalidad. También le gustaba de cuando en cuando un rayo de sol. Sintió cómo ella se acercaba también y cómo de los labios de la muchacha brotaba un tenue suspiro.

—¿Qué le pasa? —preguntó.

—Nada, *mein herr* Mirkov. Es que, a veces, me pregunto si habrá otros sitios donde la gente no esté pensando constantemente en que en cualquier momento pueden llegar los policías y llevárselo a uno a una *tcheka*. *Herr doktor Vossler* me hablaba el otro día de ello.

—¿Qué si los hay? —La voz de Schenk era acerada—. No diga

tonterías; claro que los hay. Cualquier nación de Europa que no esté a este lado del telón de acero. Y los Estados Unidos. ¿Qué es hoy? —preguntó, de pronto, interrumpiéndose.

—Veintisiete de diciembre. Jueves, creo.

El tono de Schenk era más cortante aún si cabe, cuando prosiguió:

—Justo. Hoy, los *Giants* tenían que enfrentarse con los *Dodgers* en el Madison Square.

Ella lo miró con curiosidad.

—¿Equipos de *foot-ball*?

—No, *baseball*. ¿No ha oído nunca hablar de ello?

—Una vez, en una revista. Una amiga mía consiguió, en un viaje a Turquía, unas revistas americanas. ¿No son unos hombres que van vestidos cómicamente, con pantalones atados a las piernas y con gorritos?

Schenk se echó a reír. Era la primera vez que se reía desde que había llegado a Europa, pero ahora lo hizo con todas sus ganas. Fue una risa que obligó a la joven a sonreír, primero, y a enrojecer, después. Jamás había pensado él que los jugadores de *baseball* pudieran aparecer cómicos a los ojos de un europeo.

Cuando terminó, se la quedó mirando.

—Depende de cómo se mire. Sí; van vestidos de colores, pero no son cómicos. No pensaría usted lo mismo si viese batear a Joe Di Maggio, lanzando la pelota a las estrellas.

—Aquí jugamos al *football*. A mí me gusta mucho, pero no tengo grandes ocasiones de ir. Además, cuando viene algún equipo ruso, aun cuando los búlgaros son muy buenos, tienen que dejarse vencer. Yo he visto a jugadores del equipo de Sofía jugar mal adrede, y no meter goles en la portería rusa, porque ésas eran sus órdenes.

Schenk trazó unos dibujos complicados sobre los empañados cristales.

—Me gustaría que alguien tratase de hacer eso en mi país con un equipo de *baseball*. Además, apuesto a que ustedes no discuten jamás la decisión de un árbitro.

—No podrían; los suspenderían.

—Pues allí se discuten todas. Da lo mismo, porque el árbitro no hace caso; pero uno se encuentra mejor cuando puede chillar a

gusto contra él.

—¿Usted ha jugado a eso?

—Sí; en la Universidad. Yo no tenía dinero, por lo que hubiera tenido que servir de camarero a los demás. En vista de ello, me metí en el equipo de *baseball*. Tuve suerte en una ocasión. Los de Nôtre Dame nos habían quemado dos buenos bateadores y me tocó entrar a mí. El *pitcher* de Nôtre Dame era muy bueno, un irlandés llamado Higgins. Pensaba también quemarme a mí, pero bateé largo y rasante y llegué a casa con las tres bases ocupadas.

—Y eso, ¿es bueno? —preguntó ella.

Schenk casi se había olvidado de que ella lo estaba escuchando. Estaba, sencillamente, rememorando para sí.

—Parece ser que sí —respondió, sonriendo—. Al menos aquello hizo que ganásemos nosotros —lo que no añadió fue que las chicas lo sacaron en hombros—. Pero otra vez jugando de tercera base, no pude coger una pelota en el aire y ellos hicieron tres carreras.

—¿Eso es malo?

—Bastante. Bien; creo que la estoy aburriendo.

—¡Oh, no! —dijo ella, con ingenuidad—. Me gusta oír esas cosas. ¿Va mucha gente a ese sitio?

—¿Al Madison? Ya lo creo. No es fácil lograr entradas. La gente duerme en el parque, haciendo cola, y se alimenta de bocadillos. Cuando hay una buena jugada, los gritos se oyen en casi todo Manhattan.

—Y... apuesto a que las mujeres llevan vestidos todos distintos.

Schenk volvió a reírse hasta que casi se le saltaron las lágrimas. En su vida se había reído más a gusto. Cuando acabó, aún sentía convulsiones en el esófago.

—¡Qué pregunta! —dijo—. Si una chica americana ve que otra lleva el mismo vestido que ella, lo quema y le pide a su modisto mil dólares en concepto de daños y perjuicios.

Los ojos de la joven estaban extraordinariamente abiertos.

—¡Es posible! Nosotras tenemos que comprar los trajes que nos venden. Y los traen hechos de Rusia, todos iguales. Se ha dado el caso de que, en una reunión de amigas cinco llevábamos la misma tela —sonrió—. Aquello debe ser muy hermoso, pero aquí nos dicen que la mujer americana tiene que llevar esas cosas porque carece de personalidad.

—No siga; es demasiado para un solo día —dijo Schenk, doblándose sobre sí mismo, en un silencioso ataque de risa—. Supongo que está usted bromeando.

—Le aseguro que no, *meinherr* —dijo ella, seriamente—. Ya supongo que será una tontería.

—Escuche —dijo él, tocándole ligeramente una mano con la suya—: póngase un traje que no sea el de enfermera y lléveme esta tarde al «cine». Quiero ver alguna película. Quizá pasen alguna americana.

—No. Y cuando lo hacen, es cambiando los carteles. Yo entiendo algo de inglés, *meinherr*, y me puedo dar cuenta de ello. En una ocasión, la boca del protagonista decía: «Aquí seremos felices». Y en los letreros se podía leer: «El capitalismo nos ahoga, camaradas». Era muy cómico, pero la gente no se da cuenta. Y las películas rusas están bien hechas, pero todas son de botas. Quiero decir que no se ven más que botas y caras. Eso sí: todo un pueblo puede desfilar ante la cámara. Las caras y los pies. Eso es lo que ellos llaman el proletariado en marcha. Pero, para dar la impresión de marcha, no necesitarían tantas botas, digo yo.

—Bien; a pesar de todo, veremos una de esas películas. ¡Quién sabe cuándo podré volver de nuevo al «cine»!

Y aquella tarde, después de comer se dirigieron al Savarín. Schenk había comprado almendras turcas, muy saladas, y se comieron un buen puñado de ellas y bebieron varias botellas de cerveza, también compradas a precios astronómicos.

La ingenuidad de la joven búlgara había roto el hielo. Schenk se rió con una película rusa, en la cual una joven de robustos brazos le decía a un corresponsal extranjero que se había enamorado de ella que jamás podrían vivir juntos ni casarse, porque ella era comunista y él, un capitalista indeseable. El joven que no tenía más que su sueldo, no comprendía aquello muy bien; pero la joven se mantenía irreductible y, por fin, se casaba con un obrero, de también robustos brazos, y todo el pueblo desfilaba delante de ellos. Las caras y las botas, como decía Ivana.

Pero también vieron unos «monos» americanos, muy antiguos, pero de mucha gracia. Cuando salían del «cine» la joven se tomó de su brazo, con perfecta naturalidad.

—Me alegro que lo haya pasado bien, *meinherr* Mirkov —dijo,

con sencillez—, me parecía que estaba usted tan triste...

—No estaba triste, sino fastidiado —dijo Will, con cierta sequedad—. Tengo ganas de volver a los Estados Unidos —añadió, en voz baja— y ver batirse a los *Giants* y a los *Dodgers*, y beber cerveza buena y comer emparedados de pollo y...

Como un relámpago, la idea de que aquella muchacha no había conocido nada de todo aquello que a él le parecía tan natural, cruzó por su mente. Él podría lamentarse de su situación actual, pero ésta era transitoria. En cambio, ¿qué clase de porvenir le esperaba a aquella joven, siempre lo mismo, sin conocer nada de lo que había al otro lado de la cortina de hierro? Un ligero sentimiento de piedad se insinuó en él, en pugna contra sus prejuicios antieuropeos.

—Olvídese de ello —dijo—. Quizá algún día conozca usted los Estados.

—¡Oh, no, *mein herr*! Eso me parece imposible.

Anton Varez se había adormecido, en el calorcillo de su despacho. Había acabado con todos los asuntos y, como los lagartos, disfrutaba del calor, porque él era un mamífero muy extraño, ya que tenía la sangre fría, como los reptiles. Su sueño siempre estaba turbado por pesadillas. Y siempre, en esas pesadillas, alguien lo zahería por ser judío. Se burlaban de él miserables campesinos de la Galitzia, morenos *pomaks* de Bulgaria y acomodados comerciantes de Bukovina. Todo el mundo se burlaba del desmedrado judío, incluso sus correligionarios. En sus sueños, una oleada de sorda cólera lo iba invadiendo como una marea, hasta que llegaba el momento en que estallaba. Esta vez había sido que un extranjero, un maldito americano que lo había puesto en ridículo delante de los obreros búlgaros, que se reían. Y cuando él insultó al americano, éste, despectivamente, lo lanzó al suelo de una patada. Un círculo de caras, cada vez mayores, se reían, se reían...

—Se despertó sudando y helado.

—¡Maldito...! —murmuró.

Se podía acordar perfectamente de las caras de los obreros, todas ellas parecidas en su diabólica risa. Se acordaba también de la cara orgullosa del cónsul, el dueño de la fábrica donde él trabajaba, y se acordaba...

Sus manos, exangües, esqueléticas, se agarraron al borde de la

mesa. Sí, aquello era. Entre el círculo de caras había una. La de un chicuelo de unos catorce o quince años, que sonreía despreciativo. Un chicuelo rubio, pecoso. Pero aquellas facciones... Puesto ahora un pelo oscuro, más robusto...

Las manos empezaron a temblarle, a pesar de estar engarfiadas a la mesa. Sí; por fin, el recuerdo había acudido a su mente. Al fin, las neuronas, desligadas, habían vuelto a tocarse con sus prolongaciones filamentosas. Y el recuerdo estaba hecho. Se puso en pie, tambaleándose, y tocó un timbre.

—¡Un coche, pronto! —aulló, cuando apareció el ujier—. ¡Vamos, perro, un coche pronto, y cuatro policías y soldados!



¡ATENCIÓN!

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

triunfa una vez más al crear la Colección in-
igualable

P R O E Z A S

Un género nuevo, interesante, para toda clase
de públicos, como lo es el invencible

F. B. I.

IX



RAN apenas las nueve de la noche, pero las calles estaban vacías por la copiosa nevada y el intenso frío. Cuando los dos coches se detuvieron ante la casa, con gran ruido de frenos y de derrapes por lo helado del piso, nadie había para verlos en las aceras de la calle ni de la plaza. Únicamente brillaban las ventanas del *Sobranjé*, seguramente por estar reunidas la asamblea o el *praesidium*.

Las bayonetas de aguja, al estilo ruso, brillaron débilmente a los destellos de un reverbero. Diez soldados cercaron la casa, mientras varios hombres, vestidos con chaquetones y gorras de cuero, se dirigieron hacia la puerta, con las manos en las pistolerías. Ninguno de ellos se molestó en llamar con los nudillos, sino que uno, el hombre de la cara de ratón, dio un feroz puntapié que casi rompió la cerradura.

El mismo Renke salió a abrir. Al ver aquellas sombras en el umbral, el viejo palideció. Sobradamente sabía lo que significaban aquellas visitas nocturnas, hechas por hombres que se hacían acompañar de soldados con bayonetas caladas.

Al lado del hombre ratón estaba el comisario de *quartier* Stoian Kirilov, también pálido y con las mandíbulas apretadas.

—¿Renke, ciudadano? —preguntó el ratón, empujándolo a un lado.

—Sí.

—Traemos orden de registrar tu casa. Sabemos que has escondido aquí un elemento peligroso para los intereses del pueblo.

—El comisario Kirilov sabe quiénes estamos en esta casa —dijo Renke, procurando que no temblase su voz—. Él puede dar fe...

—¡Cállate! ¡Registrad!

Los policías y dos soldados se precipitaron hacia dentro como fieras. En la sala se encontraban Ivana, libre aquel día del Hospital Lenin; Torodja, estudiando con una tabla de logaritmos al lado; mama Renke y el padre Golov. Todos se pusieron en pie al ver entrar a aquellos hombres, y a Torodja se le cayó el libro de las manos. Aquélla fue la única señal de nerviosismo. Todos ellos parecían helados.

Una bayoneta relampagueó y el peluche del más cómodo sillón de la casa se desparramó por el suelo. Dos manos grandes rebuscaron dentro, pero sin encontrar nada. Luego les tocó el turno a los dormitorios. Igual suerte. Todos los colchones fueron deshechos y su contenido se esparció por todas partes. Ni siquiera se molestaron en pedir la llave para el armario de la ropa blanca de mama Renke. Se limitaron a forzarlo de una patada.

No encontraron absolutamente nada. Por fin, Varear, que parecía haber esperado aquel resultado pero que no se hubiera privado de la destrucción subsiguiente por nada del mundo, se volvió a Renke.

—¿Dónde está? —preguntó, con ferocidad.

—¿Quién, camarada?

—Ese perro indecente... ¿Cómo se llama?

—Milo Mirkov, camarada —dijo Kirilov, apretando las mandíbulas nerviosamente.

—¿Dónde está?

—Ha salido —repuso Renke—. Creo que... camarada, no hacía falta este atropello... El vendrá dentro de un rato. Le gusta pasear por la nieve y...

—¿Atropello?... —preguntó Varear, entrecerrando los ojillos—. Muy bien; tome nota, comisario Kirilov. Ha llamado atropello a un registro autorizado. Queda usted detenido, Renke. Y usted —añadió, señalando a Torodja—, y usted —terminó, por último, apuntando con un dedo al sacerdote.

—Pero si el comisario Kirilov dijo que Mirkov podía vivir aquí... —empezó a decir Renke.

Uno de los policías le dio un golpe en la boca con el canto de la mano y Renke se calló. Torodja se irguió, muy pálido.

—Es usted un canalla indecente, un perro amarillo —le dijo a Varear, con ese valor que dan los pocos años y la desesperación—. ¡Le juro que lo mataré!

Fue una cosa horrible. Dos de los policías se echaron sobre el chico y, a golpes de culata, lo tiraron al suelo. Ivana, lanzando un grito; iba a intervenir, cuando un empujón la lanzó sobre la pared, derribando una silla en su caída.

Mama Renke, con un suspiro de desesperación, se inclinó sobre su hijo. La cara de éste estaba irreconocible, a fuer de ensangrentada. Varear, con una asquerosa sonrisa de triunfo, se volvió hacia las mujeres:

—Ustedes se quedarán aquí. Porque Mirkov vendrá, ¿no? Y cuando llegue, mis hombres, que estarán escondidos en la otra habitación, lo cogerán. ¡Oh, sí! Esta vez acabaremos con un enemigo del pueblo. Vamos, muchachos, lleváoslos.

—¿También al padre? —preguntó Kirilov.

Varear lo miró de través.

—¿Desde cuándo se les llama así en Bulgaria? —preguntó—. Claro que también a él, por encubridor.

—Pero sí... —Kirilov, a su modo, era honrado. Él sabía que si Mirkov se había alojado en aquella casa era porque el Gobierno lo había permitido. Cómo podían ser encubridores los que acataban las órdenes del Gobierno, era algo que no le cabía en la cabeza. Claro que él no tenía la visión política, estilo ruso, que Varear sí que poseía.

—¡Silencio! —ordenó el judío, con voz chillona, parecida al

rascar de un violín.

—Pero el cura...

Era tan amenazadora la cara de Varear, que Kirilov se calló. Echó una rápida y casi suplicante mirada a Ivana y luego se alejó con sus hombres. Un policía y dos soldados, armados de fusiles con bayoneta, quedaron en la sala. Un momento después, la casa quedaba silenciosa de nuevo. Solamente aquellas dos mujeres, que lloraban abrazadas al lado del fuego moribundo.

El hombre propone... Schenk no pudo penetrar en la casa de la calle Makrijevo, por una muy sencilla razón: cuando, en compañía del *pomak*, se disponía a administrar a los perros una buena ración de narcótico, en un apetitoso trozo de carne, una figura que avanzaba rápidamente sobre la nieve, por la misma acera que ellos, los obligó a pegarse a la pared de la verja. Al lado de Schenk, el *pomak* Ali Boleslav sacó algo de debajo del gabán.

—Si nos descubre, sus nietos contarán a sus amigos cómo su abuelo murió de *enfermedad de hierro* —dijo, con frialdad.

—Pero no haga ruido.

No hubo necesidad de hacer ruido. El hombre llegó hasta la puerta de la verja y llamó, tranquilamente. Schenk, desde su seguro escondite, procuró verle la cara, pero era imposible con aquella oscuridad.

La puerta de la casa se abrió y un rectángulo de luz iluminó un poco el oscuro arbolado del jardín. Un hombre bajó por la vereda gruñendo y oyeron un diálogo casi ininteligible, porque ambos, el visitante y el visitado, hablaban muy bajo. Luego, la cancela de hierro se abrió y ambos se metieron en la casa.

—¿Se atreve hoy, entonces? —preguntó el búlgaro.

—No.

—Déjeme probar a mí. También podemos asaltar la casa. Los tres hombres que tengo en la esquina y nosotros dos podemos...

—No quiero acciones violentas... todavía —le respondió Schenk—. Bien; esto es un caso de mala suerte.

Media hora, hasta casi estar helados, esperaron, pero el visitante no salió. Y por la casa se veían idas y venidas, indicadoras de que sus ocupantes no pensaban todavía en irse a descansar. Por fin, con una maldición, Schenk pateó el suelo.

—Vámonos.

Siguieron hasta la esquina, donde se les reunieron los otros tres hombres. Pero en los países de detrás del telón de acero, un grupo de más de tres hombres a horas un tanto altas, siempre es sospechoso. Por tanto, se separaron; pero Boleslav continuó con él hasta la plaza de Alejandro II, que ahora se llama de Kalinin. Allí, de pronto, se detuvo.

—Lo estaba esperando desde hacía algún tiempo —dijo, en voz muy baja—. Mire, Mirkov.

Desde la esquina oponente al edificio del *Sobranjé*, brillantemente iluminado y delante de cuyas gradas se agolpaban innumerables automóviles, tenían una vista bastante precisa de la calle donde vivían los Renke. Debido a la intensa iluminación, se podían ver, por más que intentasen camuflarse, las figuras de dos soldados, vestidos de gris, y el brillo de sus bayonetas, que intentaban esconder con los brazos. Ambos estaban *frente a la casa de los Renke*.

Schenk cogió con tal fuerza el brazo de su compañero, que éste respingó de dolor.

—¡Si han hecho algo a esa familia —dijo—, por Dios vivo que...!

—No es hora de juramentos —dijo el *pomak*—. Pero hay que ver lo que ocurre ahí.

—¿Sus hombres nos siguen? —preguntó Schenk.

—No pueden estar lejos. Nunca nos separamos. Mucho, quiero decir.

—Bien; voy a entrar. Si han venido por mí, seguramente que me detendrán dentro. Ocúpense ustedes de los soldados. ¿Cree que podrán?

Los blancos dientes del búlgaro brillaron.

—Déjelo de mi cuenta.

En aquel momento, las luces de la Asamblea búlgara empezaron a apagarse y se oyó el rumor de los automóviles en marcha. En cuanto el *Sobranjé* hubiese sido desalojado por sus componentes, la cosa podría hacerse con mucha mayor comodidad, y así lo comprendieron ambos.

Media hora estuvieron esperando hasta que la última luz se hubo apagado y el último automóvil se alejó. Había llegado el momento. Ali Boleslav se perdió en las sombras y volvió enseguida

con sus tres hombres, dejándolos en los quicios de los portales. Schenk se subió mejor el cuello del gabán, comprobó que llevaba la chata pistola en el bolsillo y echó a andar por en medio de la calle, silbando una melodía *tzigana*. Al instante, las dos figuras de los soldados se hicieron más pequeñas, pero, con el rabillo del ojo, vio brillar el acero de las bayonetas.

No pareció percibirlo y siguió hasta la casa. Sacó ostensiblemente la llave y abrió. Al instante, la luz lo deslumbró.

El espectáculo era para hacerle a uno abrir los ojos, y él los abrió. Todo estaba revuelto y no había nadie en el recibidor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, en voz alta.

Nadie le contestó y pasó al salón. Allí, mirándolo con caras de espanto, estaban *frau* Renke e Ivana. Y en la puerta del dormitorio, dos hombres vestidos con chaquetones de cuero y pistolas en las manos. Los dos lo apuntaban.

—¿Qué es esto? —preguntó, con su mejor acento macedonio—. ¿Qué ha ocurrido aquí, hermanitos?

—Milo Mirkov: está usted detenido —dijo uno de ellos.

—¿Yo? ¡Un cuerno! ¿Estás loco, camarada? ¡Un cuerno, me vais a detener a mí!

Se le acercaron y en sus caras leyó que dispararían contra él en cuanto intentase resistirse. Y no quería que lo marcasen a fuerza de golpes.

—Es un mal entendido —dijo, con resignación—. ¡Nitchevo! Iré con vosotros, camaradas.

Sin mirar a las dos mujeres, pasó por delante de ellas y, entre ambos policías, llegó a la puerta. Uno de ellos abrió, salió y...

No lanzó ni un gemido. Cayó como una tromba al suelo, mientras Schenk se agachaba automáticamente. Boleslav había cumplido su deber. Allí estaba, con su corva gümía en la mano, saltando como un tigre sobre el segundo esbirro.



Boleslav había cumplido su deber.

Éste levantó su pistola y Schenk se le lanzó a los pies, haciéndole caer de rodillas. El arma, afilada como una navaja de afeitar, apenas le rozó el cuello; pero de él brotó un chorro de sangre y se desplomó. Todo en menos de cinco segundos.

Los hombres de Boleslav entraron, con toda rapidez y eficiencia,

los cuerpos de ambos soldados y el del policía caído en la nieve. Schenk se limpió el sudor frío que le corría por la frente.

—Ya estoy de vuelta —dijo a las mujeres, que habían aparecido en la puerta. Luego se volvió al *pomak*—: Gracias —dijo, tendiéndole la mano—. Veo que sabe por dónde se anda.

—No es nada. Ahora veremos lo que tenemos que hacer.

Ivana hizo un somero relato de lo que había ocurrido. Schenk miró al búlgaro musulmán.

—Varear me ha recordado —dijo—. Sabía que ocurriría tarde o temprano, pero no creí que fuese tan pronto. Bien; estamos en un bonito atolladero.

—¡Mi pobre marido!... —sollozó *frau* Renke, desplomándose en una silla.

Ivana salió corriendo de la habitación y volvió con un frasco de sales.

—No tiene el corazón muy fuerte —dijo, con voz temblorosa.

Schenk volvió la vista a otro lado. Su misión era sagrada, pero también lo era la vida de aquella mujer.

—¿Dónde suelen llevar a los detenidos? —preguntó a Boleslav.

Éste se encogió de hombros.

—A cualquier tcheka. Hay una, el Comisariado, en el edificio dónde está el despacho de Anton Varear. Es muy posible que los hayan llevado allí. Y deberán estar ya interrogándolos —añadió, en voz más baja, mirando significativamente a las mujeres.

Un interrogatorio en una tcheka... Desde que en Norteamérica prohibieron el tercer prado y los jueces exigen fotografías del acusado tomadas antes y después del interrogatorio, para asegurarse de que no ha sido golpeado, el único recurso que les ha quedado a los policías americanos ha sido el de los interrogatorios continuos, cuando tropiezan con un individuo al que creen vehementemente culpable.

Pero los rusos y sus amedrentados satélites no se paran en esas futelezas. Todos los medios son buenos, incluso el de la *escopolamina* y los sueros paralizantes de la voluntad. Y esto es casi peor que las palizas, porque va en contra de toda idea religiosa y moral.

Schenk pensó concentradamente. De pronto, su vista cayó sobre los cuerpos inertes de ambos soldados.

—Ali: ¿cuántos policías suele haber en una *tcheka*?

El musulmán se puso serio.

—No tengo ni la menor idea, pero los calculo en un par de docenas, por lo menos. Muchos y bien armados.

—¿Ha oído usted hablar de la noche del diez de junio de mil novecientos veintitrés? —preguntó, hablando rápidamente.

Ali movió la cabeza afirmando.

—Sí; cuando asesinaron al rey Alejandro y a la reina Draga. Pero...

—Fue un grupo de oficiales quienes lo hicieron. Entraron tranquilamente en el palacio y mataron a los reyes y a sus servidores. Un grupo de soldados y de policías entraron esta noche en la *tcheka* ésa y... Vamos; telefóneese a ver si están allí. Necesitamos saberlo seguro —luego se volvió hacia las dos mujeres. *Frau* Renke parecía haberse reanimado ya, pero de sus hermosos ojos se escapaban continuamente las lágrimas. Era un llanto silencioso, enternecedor—. Descuide, *mama* —dijo, con cierta ternura—; su marido se salvará. Haremos todo cuanto podamos. Y usted, Ivana: ¿sabe algún sitio donde podrían ir para esconderse? Algún sitio en que no pudieran encontrarlas por el momento.

Ivana afirmó con la cabeza.

—En casa de una... una antigua amiga mía. Tienen una bodega que nadie, sino ellos, conoce, porque fue la casa de un *voivoda* muy rico. Creo que allí estaríamos seguras...

—Pues llévese allí a su madre y permanezcan escondidas. Lograremos salvar a su padre, no lo dude. Y al reverendo y a su hermano. Deme las señas de su amiga.

Ali Boleslav llegaba desde la calle, adonde había salido silenciosamente.

—Allí están. No he tenido sino que decir que lo teníamos prisionero a usted y que si lo llevábamos.

—Bien; que dos de sus hombres se pongan los trajes de los soldados. Y usted, la chaqueta esa de cuero. Me van a llevar prisionero allí.

Boleslav tragó saliva.

—He conocido gente dura, pero como usted... Bien; después de todo, estamos en manos de Alah —sus blancos dientes destellaron en una mueca de lobo—. El padre Golov es muy querido en la

Embajada. El saldrá enseguida, creo; pero los otros...

—Van a salir *todos*... —dijo Schenk, significativamente—. Pregunte a sus hombres si tienen miedo.

—No hace falta. No lo tienen. Esos dos son *katerjibaschis*, muleros, y se han pasado su vida entre cuchilladas. El otro es un estudiante, realista fanático. Morirán, si es necesario. Pero puedo llamar más.

—No, no podemos ser más que esos pocos. Lo que sí puede hacer es que haya un coche por allí cerca. Tengo la sensación de que lo vamos a necesitar.

El *pomak* rió.

—Voy a procurarlo —dijo.

Ivana volvía con su madre. Habían recogido las cosas más necesarias en una cesta que llevaba la joven y ambas cubran sus cabezas con los multicolores pañuelos de las campesinas. Pero estaban muy pálidas.

—Hasta la vista —dijo Schenk.

—Gracias por todo —dijo Ivana—. Pero su misión...

—Hace quince días no hubiera movido un solo brazo para hacer algo que no entrase dentro de los límites de mi misión. Pero estamos todos embarcados en la misma lucha. *Frau* Renke: ahora sí que creo que algún día podrá usted hacer una sopa de coles en cualquier pueblecillo de New Jersey. Hasta la vista.



¡ATENCIÓN!

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

triunfa una vez más al crear la inigualable
Colección

P R O E Z A S

Un género nuevo, interesante, para toda clase
de públicos, como lo es el invencible

F . B . I .

X



L invierno es la estación del año más propicia para las aventuras nocturnas. Bien porque llueva, porque nieve o haya niebla, el caso es que los elementos desencadenados obligan a la gente a meterse en casa y dejan el campo libre a los que desean alguna cosa que esté más o menos en franca pugna con la ley.

El grupo de hombres caminó por la Slavenska despacio, porque la furia del vendaval de nieve no permitía otra cosa. Pero, por fin, llegaron a su destino. Éste era el edificio del Comisariado, de dos pisos, y en cuyo sótano estaba la tristemente célebre *tcheka* «C».

Había un centinela, medio helado, en una garita casi adosada a la puerta del Comisariado. Pero al ver la chaqueta de cuero, las brillantes bayonetas y al hombre que llevaban entre ellos, ni siquiera se movió. El grupo, compuesto por los cinco hombres: dos

policías dos soldados y el detenido, enfiló uno de los pasillos.

—Tenemos que enterarnos dónde están —murmuró Ali Boleslav casi al oído de Schenk. Éste asintió con la cabeza. En aquel momento, un hombre que llevaba una túnica al estilo ruso apareció a su vista, doblando un recodo del corredor.

—Perdona, camarada —dijo el *pomak*—. Venimos a traerle al comisario Varezar este hombre.

—El comisario está en el despacho «L» —dijo el otro.

—Ya... abajo, ¿no?

—Sí; claro. Creí que lo conocerías.

—Soy de otra célula, camarada. Vamos; andando, perro.

Una escalera se abría a su izquierda, una escalera de piedra que dejaba pasar un frío glacial. Además, estaban húmedas y resbaladizas. Eran por lo menos treinta escalones, pero a su final vieron un pasillo alumbrado por cansadas bombillas.

Se oían voces de hombres en algún sitio, pero el pasillo se prolongó por lo menos cien yardas antes de que encontrasen una puerta. Sobre ella había una «L» dorada, que brillaba débilmente a la luz de una de las bombillas. Hasta entonces no habían encontrado más que al hombre de la túnica.

Schenk no vaciló. Hizo una señal y Boleslav abrió la puerta de un empujón, pasando el primero.

La habitación estaba llena de gente, por lo menos de una docena de personas. La mirada de Schenk se posó primeramente en Renke, sentado en una silla, con la cabeza caída sobre el pecho; luego en la ensangrentada cara de Torodja, y por fin en el padre Golov, al cual no parecían haber tocado, pero cuya mirada denotaba el horror de que estaba poseído.

—Traigo al hombre, camarada —dijo Ali, mientras los dos soldados se quedaban en la puerta con los fusiles preparados. Anton Varezar, que estaba al otro lado de la mesa, levantó la cabeza y sus ojillos brillaron al ver a Schenk.

—¡Ah; me alegro mucho! —dijo, levantándose y dirigiéndose hacia ellos, dando un rodeo a la mesa.

No llegó a acabar el movimiento. Schenk sacó una pistola del bolsillo y le apuntó al estómago. Al mismo tiempo, los fusiles recorrieron amenazadores el círculo de hombres asombrados.

Uno de los policías que había en la habitación intentó llevar la

mano a la pistolera, pero tampoco pudo terminar. El soldado de la derecha hizo un veloz movimiento y le clavó la bayoneta en el pecho. Fue todo tan rápido, que cuando los demás se dieron cuenta, la cosa estaba rematada. A culatazos, ambos soldados, llevaron a los policías al rincón más lejano, mientras Ali lo desarmaba uno a uno. Luego cerraron la puerta. Para cualquiera que pasase por el pasillo, el interrogatorio seguiría.

Schenk se inclinó sobre Renke y vio que lo habían golpeado en la boca y le habían saltado varios dientes. Uno de sus ojos aparecía tumefacto. Y el detalle más horrible es que una de sus uñas casi estaba arrancada de cuajo, como si hubiesen intentado meter algo entre ella y la carne.

Al chico todavía no le habían martirizado, pero los golpes de culata que le dieran en su casa le habían dejado señales horribles. Al sacerdote no lo habían tocado... aún.

—Bien —dijo Schenk—. Perro, mereces la muerte, pero conozco otra manera de que sufras más. Acércate.

Anton Varear estaba lívido de miedo. Podía leer una sentencia en los fríos ojos grises, una sentencia implacable. No se movió. Entonces, Schenk se acercó a él sin quitarle los ojos de encima.

—Está bien; iré yo.

Los ocho policías se mantenían inmóviles, expectantes. Les debía resultar sumamente raro que se hubiesen cambiado las tornas de aquella manera tan rápida e imprevista; pero ni uno solo de sus músculos se movía. No eran cobardes, como Varear, sino sencillamente embrutecidos. Ahora, que saltarían en cuanto vieses un resquicio.

La mano de Schenk movióse velozmente en el aire y alcanzó a Varear en el cuello. El judío lanzó un débil gañido, como el de un gato, y cayó de rodillas, llevándose las manos a la parte dolorida. Schenk, entonces, le dio un golpe en la boca y lo lanzó hacia atrás.

—Me gustaría tener tiempo de hacerte algunas cosas más, cerdo repugnante —le dijo—; pero eso quizá lo deje a cargo de un par de katerjibaschis. Arriba, y prepárate a venir con nosotros.

Schenk pensó con rapidez. No tenía cuerdas para atar a todos aquellos individuos, por lo que no quedaba más solución que dejarlos encerrados. Eso quería decir que, muy probablemente, los tendrían a los talones, a ellos y a todos los demás policías de la

tcheka. Es decir, quedaba otra solución.

—Vuélvanse de espaldas todos —ordenó.

Los policías le obedecieron, sin rapidez, pero tampoco morosos. Entonces le hizo una seña a Ali. Éste sonrió y, empezando por el primero de la izquierda, los fue desmayando de culatazos en la cabeza. No le llevó más de un minuto. Era un hombre fuerte y, desde luego, todos ellos quedaron perfectamente dormidos.

Entonces salieron. Varear iba delante, vigilado por el otro falso policía, el otro *pomak*, y luego iban Ali y los dos soldados, rodeando a Schenk, el cura y los dos alemanes. Recorrieron el corredor, sin prisas, haciendo sonar marcialmente sus botas sobre las losas de piedra, y por fin llegaron al pasillo de arriba. El mismo hombre de la blusa los volvió a salir al paso.

—¿Os lleváis a los presos? —preguntó con curiosidad.

—Sí, camarada.

—Está bien; enseñadme entonces la orden del camarada... ¡Ah, camarada Varear! ¿Qué diablos pa...?

Los ojos del tipo aquel relucían con sospecha. No es costumbre que los detenidos en una tcheka puedan luego salir con tanta facilidad en manos de otros que no son los que los han detenido. Y con ellos, con la cara pálida y desencajada, el mismo comisario.

Schenk metió la mano en el bolsillo, mientras uno de los seudosoldados se colocaba silenciosamente detrás del hombre de la blusa. Se oyó una especie de silbido del aire al ser cortado, y una expresión de intenso dolor apareció en su cara. Luego se vino abajo, cayendo pesadamente en los brazos de Ali.

Eso fue todo. Tampoco el centinela dijo esta vez una palabra. Al cabo de cortos minutos, ellos habían perdido de vista la casa del Comisariado. En menos de un cuarto de hora, una de las más sombrías *tchekas* de toda Bulgaria había sido asaltada por *cinco hombres*. El valor de la sorpresa ha sido siempre muy grande. Los galos no tomaron Roma en una noche gracias a los gansos del Capitolio. Pero si aquellos palmípedos no hubiesen graznado...

Dos autos, con los faros apagados, esperaban en la esquina. Schenk se metió en uno de ellos, con Varear, Ali, los Renke y el padre Golov, que aún no había abierto la puerta. Fue Emil Renke el primero que habló.

—No lo hubiera creído jamás en mi vida —dijo—. ¿Cómo ha

podido usted...?

—No hable ahora. Necesito que me diga dónde vive una amiga de su hija que tiene una cueva...

Torodja dio unas señas, No dejaba de mirar embobado a Schenk. Para un muchacho joven como él, aquélla era una aventura en la cual un hombre casi sobrenatural había podido hacer algo tenido hasta entonces como imposible. Es decir, una cosa que a nadie se le hubiera ocurrido. Y había salido bien.

Luego, de pronto, Renke se volvió a Varear.

—¿Qué va a hacer con este hombre? —preguntó.

Schenk lanzó una mirada al empequeñecido prisionero.

—Lo mataré si no hace algunas cosas que quiero —replicó heladamente. Un estremecimiento fue la única señal de vida del judío.

A las doce llegaban a las señas que le había dado Torodja. Se trataba de un barrio tranquilo, de casitas con jardines, evidentemente de gente de buen tono. Dejaron los coches en la esquina y solamente Schenk, los Renke y el padre Golov siguieron, a través de la nieve hasta la puerta de la casa. Ésta estaba un tanto alejada de las demás, y parecía enclavada en una especie de loma. Como si estuviera edificada sobre terrenos de derribo. Pero Schenk se imaginaba por qué era.

Les abrió la puerta una muchacha joven, de cabellos de lino y de ojos azules muy redondos, inmediatamente les hizo pasar al interior y cerró la puerta.

No es necesario describir tales escenas. Cuando un marido encuentra a su mujer, o una mujer a su marido, o una madre a un hijo. Emma Renke se lanzó al cuello de Emil con un brazo, mientras con el otro trataba de abrazar también a Torodja. Las mejillas de la pobre mujer eran un verdadero cániculo de lágrimas. Ivana se mantenía a su lado, con la cara muy pálida, mirando a Schenk.

—Bien —dijo éste, por último—; no se muevan ustedes de aquí. Esa cueva, ¿es segura?

Un hombre viejo, con una pata de palo, que había permanecido en segundo término, dio un paso al frente.

—Hohenwohl —se presentó—. Puede usted juzgar por sí mismo, *mein herr*. La casa perteneció a un *voivoda*[8] rumano, y se hizo excavar una cueva en la roca, para convertirla en bodega. Pero

murió antes de hacerlo. Yo la descubrí un día por casualidad. ¿Quiere usted verla?

—No, no tengo tiempo. Entonces, cuento con eso. No puedo llevarlos a la Embajada americana, porque entonces ya no podrían salir jamás de Bulgaria. Pero, en cambio, aquí no podrán vigilar la salida, como harían allá. ¿Comprenden?

—No... —Renke empezó a hablar, pero su hija le interrumpió:

—¿No comprendes, papá, que lo que *herr* Mirkov pretende es sacarnos del país?

Schenk sonrió.

—Sí —respondió—. Saldremos del país cuando haya encontrado la persona que vine a buscar.

Estrechó la mano de Renke, de Hohenwohl, de Torodja y del padre Golov, y luego se inclinó hacia mama Renke:

—Animo, cocinera. Ya ve que todo sale bien... cuando es un americano quien lo hace.

Luego dio media vuelta. Al llegar a la puerta del jardín sintió pasos detrás de él. Ivana lo alcanzó antes de llegar a la verja.

—Gracias por todo lo que ha hecho, *herr* Mirkov. Ha sido muy valeroso por su parte.

—No hacía más que cumplir con mi deber. No podía dejarlos en la estacada después de que ustedes me ofrecieron su ayuda. A propósito, ahora ya puedo decirlo. Mi nombre no es Mirkov, sino Schenk. William Schenk. No creo que vaya usted a tener muchas ocasiones de nombrarme, pero, por si acaso, acuérdesese.

—William —pronunció ella, lentamente—. Wilhelm, diría mi madre. Adiós, Wilhelm.

—No; solamente hasta la vista.

Una ráfaga huracanada azotó los rostros de ambos. El de la joven estaba levantado hacia él.

—Parece raro que hace solamente unas horas estuviéramos mirando una película, ¿verdad? —preguntó la muchacha—. No podíamos pensar...

En la oscuridad, sus ojos parecían dos manchas oscuras. Schenk la cogió una mano y la apretó. Estaba helada.

—Cuídese, Ivana; va usted a coger una pulmonía.

Ninguno de ellos supo exactamente cuándo se aproximó al otro, pero las bocas de ambos se unieron de pronto. No fue un beso

apasionado, sino una especie de caricia suave. Simplemente, juntar cuatro labios y luego volverlos a separar.

—Adiós.

Y se encontró en la calle de nuevo, caminando hacia los coches. Al llegar a ellos, vio a Ali, en pie junto a la aleta de uno, fumando un cigarrillo.

Habían tenido la precaución de vendar fuertemente con un pañuelo los ojos de Varear, para que éste, si es que sobrevivía, no pudiera jamás recordar el camino que habían llevado. Schenk se sentó junto a él.

—Vamos a ir de nuevo a la casa de la calle Makrijevo —dijo Schenk.

Y luego, le preguntó en voz baja al *pomak* si no temía que Varear los persiguiese después a él y a sus hombres. Ali lo miró, asombrado.

—No viviré, querido. No pienso correr ese riesgo estúpido.

—Yo no pienso matar, si no es absolutamente necesario. Aunque bien sabe Dios lo que me gustaría aplastar a este bichejo. Pero no soy yo quien para disponer de su vida. Ahora que tendré que dejárselo a alguien.

—Exacto; nos lo dejará a nosotros.

Schenk tocó con la mano al judío, el cual se estremeció.

—No... n-n-n-o me maten... Y-y-yo tenía que c-c-cumplir con M-M-MI deber...

—Y lo cumplías con mucho gusto, cerdo. Bien; quiero saber varias cosas, que tú me puedes decir. Ten en cuenta que, si es necesario, te entregaré a mis hombres. Creo que aquí, en Oriente, hay muchos medios de soltar la lengua de un hombre.

—Puedo recitar quince en pocos segundos —le informó Ali.

—¿Dónde está el profesor Streicher? —preguntó Schenk.

—N-n-n-o sé quién es. Yo no sé na...

—Bien —dijo Schenk, poniendo un brazo delante de Ali, que ya alargaba una mano con dirección a Varear—. No; aquí, no. Busquemos primero un sitio donde podamos estar tranquilos y nadie nos estorbe.

Al cabo de una hora habían salido de la ciudad y se dirigieron hacia una granja, situada en las cercanías del Blata; una granja medio derruida y en la que, cosa extraña, no había ningún perro.

Dejaron los «autos» en el corral y metieron al judío en la primera habitación.

Efectivamente, la granja estaba abandonada.

—La cosa será rápida —le aseguró Ali, muy optimista.

Se volvió al judío, le puso una mano encima del hombro y repitió, cortésmente, la pregunta que le había hecho Schenk en el coche, pero la contestación fue la misma: un encogimiento medroso de hombros y una negativa a saber nada de todo aquello.

—Bien; habrá que hacerlo de otra manera. Sujetadlo bien.

Se agachó y le cogió un pie, los dedos con la mano derecha y el talón con la izquierda. Un brusco giro, y el judío aulló de dolor; pero su aullido fue prontamente sofocado por una manaza que le cerró la boca.

Ali repitió su pregunta. El judío, babeante por el dolor, no quería soltar prenda aún. Después de todo, había cifrado todas sus esperanzas en conseguir aquello que ahora querían arrebatarle. Pero no contaba con la crueldad de un *pomak* cuando éste está enfadado. Bulgaria ha sido muchas veces escenario de peleas entre musulmanes y ortodoxos, en las cuales, verdaderas *vendettas*, se degollaban unos a otros despiertos, dormidos, en sus casas o en la misma calle.

Ali Boleslav dio otra vuelta al pie y esta vez el dolor se hizo ya insoportable. Pero no paraba ahí la cosa. Mientras él le sostenía así el pie, casi a la máxima tensión, otro de sus hombres, el de la chaqueta de cuero, le hundió a Varear los pulgares en esos huecos que hay detrás de las orejas. El efecto combinado de ambas formas de persuasión suele ser irresistible.

Varear alzó una mano, cómo pudo, dando a entender que cesase aquello. Inmediatamente lo soltaron.

—Está en... V-V-Vladaja —dijo—. Allí está.

Y se desmayó, de dolor y de miedo.

—Bien; vámonos —dijo Schenk, que había observado todo aquello, pero sin tomar parte en la tortura—. Aún tenemos que recoger a la hija de Streicher. Sí; no me mire así, Boleslav. Es la mujer de la calle Makrijevo.

El *pomak* silbó por lo bajo.

—Buen trabajo, amigo. No sé, pero me parece que es la primera vez que un caso así ocurre en el país. Ha averiguado dónde está el

que buscaba y ha robado al comisario de dentro de la misma tcheka. Ha sido una buena noche.

—Sí; un buen *inning*. Vámonos.



¿Conoce usted

NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores Baroja, López de Haro, Fernández-Flórez, Cela, Insúa, Laforet y otros, editadas maravillosamente al precio ínfimo de CINCO pesetas.

EN LIBRERÍAS Y QUIOSCOS

Suscripciones a **EDITORIAL ROLLAN**

XI



El profesor Vladislav Korotchenko había recibido aquella misma tarde una carta de Odessa. En ella, el doctor Valinin, uno de los mejores especialistas rusos de pulmón y corazón, una autoridad en la materia, le comunicaba —la carta estaba generosamente tachada por la censura en algunos de sus párrafos— que no había nada que hacer. El primer vómito de sangre se había producido ya. La esposa del hombre de ciencia no viviría más de un mes. Le enviaba adjunto un retrato de la enferma, el último que se haría.

Vladislav contempló largamente aquellas facciones afiladas, espirituales, con esa especie de elevación sobrenatural que da la enfermedad en los últimos momentos de algunas personas. *Madame* Korotchenko, nacida Alina Stepanova, había sido una mujer alta, esbelta, demacrada ahora por el terrible mal, de una gran belleza.

Se había distinguido como una pianista bastante buena y había dado recitales por toda Rusia, interpretando a Liszt, Chopin, Paderewski y Rachmaninof.

De todo ello solo quedaba aquella piel tirante sobre los delicados huesos, y los ojos enormes, que parecían brillar con un fulgor inextinguible. Vladislav se puso en pie, como un autómatas. Ya sabía que era perfectamente inútil pedir un permiso. Quizá se lo concedieran, quizá no, pero el doctor Valinin le comunicaba que su esposa no deseaba que asistiese a sus últimos momentos. Quería que él la recordase llena de vida, bella, como había sido. Una gran mujer.

Pero le quedaba su odio. Un odio frío, mortal, implacable. Su mujer se hubiera podido salvar si la hubiesen dejado ir a Suiza. No le habían permitido la salida y moría. Él se encargaría de que aquella muerte no quedase sin venganza.

Con la cara sin expresión, paseó por el cuarto. Oyó un ruido a sus espaldas y se volvió. Streicher, con los cansados ojos azules mortecinos tras de los gruesos cristales de los lentes, había entrado en el despacho.

—No puedo entretenerlos más tiempo... —empezó a decir; pero se detuvo al ver la cara de Korotchenko—. Malas noticias, ¿no es así, Vladislav?

El ruso le tendió la carta sin responder. Streicher la leyó rápidamente y luego se la devolvió.

—Lo siento —dijo, con voz insegura—. ¿Es usted cristiano? —añadió, tímidamente.

—Sí —respondió Vladislav.

—M-m-me alegro. No sé qué decirle, compañero.

—No diga nada. Ya sé que lo siente.

—Supongo que irá usted allá, a pesar de lo que dice su esposa.

—Sus menores deseos han sido siempre leyes para mí, Streicher. Ella no quiere que la vea en sus últimos momentos, porque prefiere que la recuerde como era ella cuando la enfermedad no había aparecido aún —sus robustos hombros se estremecieron perceptiblemente, y Streicher le pasó una mano por encima, en un movimiento de simpatía—. Escuche, Streicher: para mí ya no queda nada en el mundo, porque toda mi vida era ella. Pero no voy a decir *nitchevo*, sino que me voy a vengar. Que Dios los juzgue en el otro

mundo, porque en éste los he juzgado yo ya. Tengo algo que decirle, pero no será hasta esta noche o mañana. Buena noticia —se sacudió su torpor mental con un brusco movimiento y prosiguió—: Procure entretenerlos un poco más. Yo... no creo estar en condiciones... Aunque sí. Espere; déjeme reponer un poco.

La fuerza de voluntad de aquel hombre era verdaderamente enorme. Cerró los ojos, como si se estuviese concentrando, y por fin, cuando los abrió, había desaparecido de ellos toda emoción.

—Vamos —dijo.

Cuando se marcharon los visitantes, Wassiliev se metió en su despacho, para descansar, y los dos profesores quedaron nuevamente solos. Fue entonces cuando Korotchenko le dijo a Streicher que iba a salir, y que al día siguiente podría darle una buena noticia. Pero, antes de salir, pasó por el despacho de Wassiliev.

Él tenía derecho a usar un automóvil, pero sabía que, cuando lo hacía, el chófer que le asignaban era, en realidad, un polizone destacado para seguirlo, por lo que decidió tomar el tren en la estación de Vladaja, para ir a Sofía. A las ocho de la noche llegaba a la capital búlgara y a las nueve estaba en las señas que Wassiliev le diera. La calle de Makrijevo.

Un hombre de facciones rudas, un búlgaro inculto, le abrió la puerta, y al ver el papel en manos del visitante, un papel refrendado con la firma del director Wassiliev, se apartó, mascullando imprecaciones.

—Llamaré a la mujer enseguida —dijo, de mal humor.

Korotchenko le puso una mano sobre el hombro.

—Escuche —dijo, fríamente—; tengo plenos poderes para hacer aquí lo que me parezca bien. En caso necesario, puede telefonar al comisario Varea y él le dirá algo acerca de mí. ¿Lo prefiere?

—No, *pan* —dijo el búlgaro, un poco, intimidado.

Lo condujo por una escalera, sentado en uno de cuyos peldaños había un hombre afilando un cuchillo, y que se puso en pie al pasar ellos por su lado. Unos momentos después, Boris llamaba al cuarto de Hilde Krammer y ésta abría la puerta.

—Una visita para usted, camarada —dijo el búlgaro.

Korotchenko no dijo una palabra hasta que oyó el ruido de las pesadas botas del otro que se perdía a lo lejos. Entonces, con voz

calmosa empezó a hablar.

—Soy un amigo de su padre, señora Krammer —dijo, sin dejar de mirarla.

—¿De mi padre?... ¡Oh, yo...! —La joven había debido llorar recientemente, porque sus mejillas estaban un poco marchitas, sin ese brillo saludable de las muchachas.

—Sí; él no sabe que he venido aquí, pero yo quiero ayudarla. ¿Sabía usted que está usted presa para que él trabaje en ciertos... en ciertas cosas?

Hilde recordó la visita nocturna del hombre aquel hacía algunos días, pero ahora desconfiaba de éste nuevo informador. Ella, que había pasado tanto tiempo sin que nadie se creyese obligado a decirle nada en absoluto.

—No —dijo, un poco secamente.

—Veo que cree que soy un espía y no se lo reprocho. No importa. Le repito que soy amigo de su padre, quizá el único amigo que tiene aquí. Estamos los dos trabajando juntos. Hace poco, a su padre le enseñaron una película, tomada en esta misma casa, de usted y de su niño. ¿Es cierto?

—Era eso... Sí; vi a un hombre con una cámara tomavistas en la mano.

—Bien; decidí ayudarlos a ustedes, pero mientras usted siga presa, su padre tendrá que trabajar para los rusos, ¿comprende? Solamente si usted deja de ser una coacción para él, dejará de laborar en beneficio de estos canallas. Por eso he decidido sacarla a usted de aquí.

Hilde no había olvidado a qué añagazas recurren a veces los comunistas para conseguir lo que quieren y no quería dejarse engañar.

—No sé de qué me está hablando.

El ruso no demostraba la menor impaciencia.

—Quiero sacarla de aquí y llevarla a un sitio seguro, eso es todo.

—Y meterme en cualquier trampa. Lo siento. Aquí me encuentro segura —recordaba al hombre que una noche llegó hasta ella. Aquél sí le había inspirado confianza, pero este eslavo frío, distante, no le inspiraba ninguna.

—Voy a contarle a usted algunas cosas y verá que estoy enterado de todo lo referente a usted. Creo que entonces dejará de

desconfiar de mí.

El niño se despertó y trepó por el costado de la cunita, con los redondos ojos fijos en el visitante. Éste lanzó una mirada en su dirección y luego apartó la vista.

—Quiero agua.

La madre se levantó y le dio un poco de agua con sacarina, ya que el azúcar estaba muy escasa. Ella, al menos, casi no la veía.

—Quiero pan.

—Déjame ahora, *bübchen*. Estoy hablando con este caballero.

—Pues dame pan. Y quiero un hermanito.

La mujer, un poco exasperada, le dio un trozo de pan untado de margarina, pero el chico siguió en su asidero, sin dejar de observar atentamente todo lo que ocurría a su alrededor.

Era bastante tarde cuando el profesor Korotchenko dejó de hablar. Hacía bastante rato que Hilde estaba convencida de que decía la verdad y de que podía confiar en aquel hombre, pero lo dejó acabar.

—Comprendo —dijo—. No hemos tenido bastante con la guerra. Mi pobre marido murió, y no en el frente, sino después de terminar ya el conflicto, cuando nos parecía que podríamos volver a nuestra casita a vivir felices. Mi padre, obligado a trabajar para ellos... ¡Oh, es demasiado horrible y apenas puedo pensar! Lo que no comprendo es dónde me quiere usted llevar.

—Tampoco yo lo sé —respondió, francamente, el ruso—. Pero sí sé que su padre seguirá su camino mientras crea que usted está prisionera. Comprendo que será duro para usted y para el niño el tener que enfrentarse con un porvenir incierto, muy incierto, pero creo que no cabe otro remedio.

—Yo soy fuerte, pero el niño ha estado malo durante algún tiempo. Sarampión. Quizá podría recaer, *Mein Gott!* No sé si algún día dejaremos de sufrir.

Ese grito es muy conocido en la Europa Oriental. Se puede decir que, de cada diez personas, ocho lo han lanzado no una, sino muchas veces. Han pasado por guerras atroces y por postguerras más atroces aún. La capacidad de sufrimiento de esa gente es admirable. Así como la capacidad de crueldad de los hombres que los mantienen en esa vida.

—Bien; a mi casa no puedo yo llevarla. Eso sería como que

siguiere usted presa. Voy a procurar que atraviese usted la frontera turca o la yugoslava. Pero voy a procurar que sea... con su padre también.

Los ojos azules de la joven se fijaron confiados en los oscuros del ruso.

—¿Podría usted hacerlo?

—No lo sé; pero sí que voy a intentarlo. Llama a ese hombre.

Cuando Boris estuvo ante ellos, Korotchenko lo miró fríamente, como acostumbran a mirar los rusos cuando quieren dar una orden y no desean discusiones de ninguna clase. Después de todo, sus satélites se han acostumbrado a considerarlos como dioses, porque así desean ser considerados.

—Esta mujer vendrá conmigo —dijo.

No solamente el querer cumplir las órdenes que había recibido, sino los ocultos deseos de Boris, se rebelaron contra aquello. Él había contado con que la estancia de la mujer en aquella casa se prolongaría bastante tiempo.

—No puede ser sin una orden del comisario Varezar —dijo, esforzándose en que no se marcara en su rostro ninguna de las emociones que lo embargaban.

—Llame al comisario Varezar y dígame que el director Wassiliev ha dado orden de que la mujer sea trasladada.

Así que iba en serio. Boris vio todo perdido. Era la primera vez que una mujer le había interesado, y ahora, a esa mujer se la llevaban y no podía él impedirlo. Tragó saliva. Por cierto, que en aquel momento hubiera sacado una pistola y le hubiera pegado un tiro al hombre que se atrevía a hacer aquello, pero veía que eran órdenes superiores. ¡Y pobre del comunista que desobedece una orden superior! Suele ser depurado. Y la depuración no siempre consiste en separarlo de un puesto o misión. También puede ser un tiro en la nuca.

—Sí, *pan* —dijo.

No había tardado cinco minutos desde que se dirigió al teléfono, cuando volvió. Y en su cara se notaban las huellas de una emoción difícilmente reprimida.

—Lo siento, camarada —dijo—. Me acaban de comunicar que un grupo de individuos ha asaltado la tcheka «C», donde estaba el comisario Varezar, y se ha llevado a éste. La Policía ha sido

movilizada para encontrar a los que lo han hecho.

—Bien; nosotros tenemos que marcharnos.

La mente de Boris no era demasiado lúcida nunca, pero ahora, el amor le hacía pensar con un poco más de claridad que de costumbre. El comisario Varear, detenido o asesinado; aquel hombre que se presentaba allí para llevarse a Hilde, que le decía que se pusiese en contacto con Varear... No necesitaba anudar muchos cabos para llegar a una conclusión.

—No. Ni usted tampoco saldrá de aquí hasta que acredite su personalidad —dijo, con firmeza—. ¡Quieto!

Boris había sacado una pistola de la funda que llevaba en la cintura y le apuntaba con mano firme. En sus ojos se leía una sentencia de muerte para Korotchenko si éste se movía.

—Es usted un imbécil —dijo el ruso, con desprecio—. Y esto le costará muy caro.

—Lo veremos —sacó un silbato, con la mano izquierda, y lo tocó.

Uno de sus hombres apareció, subiendo la escalera de tres en tres.

—Atad a ese hombre —dijo Boris—. Y me respondéis de él con vuestras vidas. Llevadlo abajo.

Korotchenko salió de la habitación, con la cabeza erguida y mirando con un desprecio que se palpaba, al búlgaro. Por otra parte, comprendía que se había puesto en una postura muy peligrosa, porque Wassiliev no le había dicho que se llevase a Hilde, sino que hablase únicamente con ella, que le pidiese que influyera con su padre para que éste trabajase con mayor tranquilidad y mayores probabilidades de triunfo.

Fue entonces cuando Boris se volvió hacia la mujer, con una ligera y estúpida sonrisa de triunfo.

—No soy fácil de engañar —dijo. Pero se quedó serio al ver la cara de ella. Incluso la mujer más bondadosa, y Hilde lo era en grado sumo, puede a veces hacerle sentirse a un hombre como un lagarto asqueroso. Muchas veces, no es que el hombre se haya portado como un lagarto asqueroso, sino que ellas le hacen creerlo así. Pues bien: de esta forma lo miraba Hilde—. ¿Qué ocurre? ¿No he hecho...?

Cuando a alguien le han hecho concebir esperanzas y un torpe

pisa esas esperanzas, se sienten ganas de aplastar al torpe. Así era cómo se sentía Hilde en este momento.

—Tenga la bondad de salir de mi cuarto —dijo, con frialdad—. Es muy tarde.

—Pero yo... Oiga, escuche.

Pero como estaba al lado de la puerta, ella no tuvo más que empujarlo y luego cerró la puerta. Boris se quedó en el pasillo, furioso consigo mismo, con la mujer y con el ruso que había entrado en la casa aquella noche. Bajó las escaleras y se dirigió hacia una de las ventanas. En ese momento, oyó el timbre de la verja.

Aún estaba asombrado por lo que le acababan de decir por teléfono. Parecía completamente imposible: un asalto a una tcheka del partido, un asalto por un pequeño grupo de hombres. Eso era algo realmente inconcebible. En fin, era noche de acontecimientos.

Miró hacia fuera, entre los árboles, pero le resultaba difícil ver nada. Dando un grito a uno de sus hombres, para que cogiese una pistola ametralladora y se pusiera en la puerta, avanzó por la nieve hasta llegar a la verja. Era un grupo de policías con soldados.

—¿Qué ocurre, camaradas? —preguntó.

—Abre la puerta —dijo, imperiosamente, el que parecía mandar a los otros, un policía vestido de cuero, de mediana estatura—. Tenemos que enterarnos de que está todo en regla.

—¿Es cierto que han asaltado...? —preguntó Boris.

—¡Cállate, imbécil! ¿Quieres que se entere todo el mundo?

Boris abrió la puerta y el grupo pasó. Iba a ponerse a su altura, después de cerrar de nuevo, cuando se dio cuenta de que ambos soldados se le habían colocado a los lados y le tenían las bayonetas pegadas al vientre.

—Una sola palabra y te degüello —dijo otro de los que llevaba chaqueta de cuero—. Vamos, idiota, dirígete hacia la casa.

Era como moverse en sueños. Aquéllos debían ser los hombres que habían asaltado la tcheka, pero ¿cómo diablos podían moverse por la ciudad con tanta tranquilidad? Boris era un fanático, y por sí mismo, se hubiera dejado ensartar en las bayonetas antes que ceder, pero pensaba que quizá pudiese ser más útil a sus superiores si vivía que si moría. Por tanto, se dirigió hacia la puerta, rodeado por los otros.

El centinela que pusiera en la puerta no sospechó nada hasta que se encontró, de pronto, con que le arrebatában el arma de las manos y de un golpe de culata lo lanzaban al suelo. Fue un golpe cruel, asestado por uno de los *pomaks*, y que le aplastó la nariz. No podían andarse con contemplaciones. Si ellos eran apresados, los tormentos a los que los someterían serían infinitamente peores.

—¿Dónde está la mujer? —preguntó Schenk—. Y ¿hay otro hombre?

—No; sólo nosotros —dijo Boris.

Si Schenk no hubiese visitado antes la casa, hubiera podido caer en la trampa, pero no era así.

—Esparcíos y buscad. Usted, Ali, venga conmigo.

Con Boris entre los dos, ambos con las pistolas en la mano, emprendieron el ascenso de la escalera. No habían llegado aún al recodo que dividía ambos tramos, cuando oyeron un tiro, uno solo. Mientras Ali le ponía el cañón de su arma en el cuello de Boris, sonriéndole salvajemente, una verdadera invitación a la resistencia para acabar con él cuanto antes, Schenk corrió hacia los fondos de la casa. El otro *pomak* estaba allí, en una habitación, especie de trastero y guardarropa, con su pistola humeante en la mano.

—Me hizo frente y lo maté —dijo, señalando un bulto en el suelo.

Un hombre vestido de cuero. Un policía también o un miembro del partido. Pero lo más curioso es que había otro hombre tendido, sólo que no muerto, sino, simplemente, atados los brazos y las piernas. Un hombre de unos cuarenta años, de pelo oscuro, con lentes de montura de concha.

—¿Quién es usted? —preguntó. El otro no respondió. Se limitaba a mirarlo fríamente, como si fuese un insecto. Pero, puesto que los comunistas lo tenían atado...—. Llévelo arriba. Desátele las ligaduras de los pies, pero nada más que las de los pies —ordenó.

Luego corrió de nuevo a la escalera. En la puerta de enfrente había aparecido la espantada cara de Hilde Krammer, con el niño gimoteante en brazos.

—No se preocupe, *frau* Krammer —dijo Schenk, sonriéndole. Somos nosotros, sus amigos.

—¡Gracias a Dios! —respondió ella—. ¡Oh profesor!

—¿Lo conoce usted? —preguntó Schenk, entornando los ojos.

—*Ja, meinherr.* Y, por cierto, que usted también debiera conocerlo. Es el hombre que puede conducirle a dónde está mi padre.

XII



A mañana era nublada, pero no había vuelto a nevar desde las cinco. Había un grupo de personas encerradas en una cueva excavada en la roca, una cueva caliente y seca, muy agradable. En los rostros de todos se leía el cansancio. De todos menos uno.

Schenk se puso en pie y paseó por todo lo largo de la habitación, caminando como los gatos, silenciosamente. Ivana Renke estaba en aquel momento cuidando al pequeño Krammer, y procurando que no emplease a fondo su robusta voz brandemburguesa, mientras su madre descansaba, agotada. Renke y el padre Golov jugaban al ajedrez en un rincón y Torodja soñaba con los ojos fijos en algún punto indeterminado. Mama Renke parecía bastante fastidiada, sin poder guisar ni remendar calcetines.

La puerta de la cueva se abrió y Ali Boleslav, el *pomak*, apareció

en el umbral. Había logrado afeitarse y no presentaba un aspecto tan feroz como la noche anterior.

—Ya está —dijo—. Mi hombre llegará a la frontera hoy a las cuatro y pasará. Lo que dudo es que pueda volver de nuevo a Bulgaria.

—En los Estados Unidos hay sitio para mucha gente todavía. ¿Está seguro de que no apuntó nada en ningún papel?

—Por completo, amigo. Coronel Janko Drakovicz. Una cosa, Schenk: ¿cree de veras que podrán llegar todos hasta la frontera yugoslava?

—Estoy seguro —respondió Schenk, mirando a los otros. Solamente Ivana parecía atender a lo que decían—. ¿Están preparados sus hombres? Me gustaría salvar al profesor Korotchenko.

—Veamos —el *pomak* apartó la cuestión a un lado—: Wladislav Korotchenko procurará que Streicher salga. A estas horas ya casi ha debido conseguirlo. Pero también a esta hora se sabe que *frau* Krammer ya no está en manos de ellos y que Varear ha muerto... en un accidente de circulación, que será lo que digan seguramente. Extremarán la vigilancia de Streicher. ¿Cómo se las ingeniará Korotchenko...?

Schenk sonrió, se inclinó hacia su compañero y le dijo algo al oído. Los ojos del *pomak* se abrieron de par en par.

—¡No...!

—Sí.

—Entonces... Bueno, eso, casi seguramente, significará el fin para él.

En aquel momento, la puerta volvió a abrirse y la cara de la hija de Hohenwohl apareció en ella. Venía muy asustada.

—Un grupo de policías viene hacia acá. Por favor, no hagan ruido.

Y se retiró con precipitación. Schenk se llevó un dedo a los labios.

—Procure que el chico no haga ruido, Ivana —dijo—. Todos ustedes pónganse en este rincón, aquí, cerca de la puerta. Si entran, y no son muchos, nos defenderemos.

—Deme usted una pistola —dijo Torodja.

—¡Hijo! —exclamó su madre, aterrorizada—. Tú con esas

cosas...

Schenk, sonriendo, le tendió un arma al joven.

—Toma, chico, y no dudes en utilizarla. Se trata de tu vida o de la de ellos. Procura que sea la tuya la que valga. Ali: ¿hay hombres suyos por aquí cerca?

—Sí. Un par de mendigos y un vendedor de encendedores. Pocos, pero buenos.

—Nunca creí que en un país de detrás del «telón de acero» pudiera disponer de tanta gente organizada.

Una sonrisa enigmática fue la contestación del *pomak*. Schenk se acercó a Ivana y le cogió una mano. Los ojos azules de la joven expresaban entera confianza, tanta, que Will sintió un momentáneo ataque de desconfianza. No se puede despertar tal sentimiento en los demás sin sentir cómo vacilan un poco nuestras fuerzas ante tanta responsabilidad.

—No estará preocupada, ¿verdad? —le preguntó.

—¡Oh, no! Pero creo que no saldremos de Bulgaria. Lo veo muy difícil. Tengo miedo.

—¿Quiere que le diga una cosa? Yo también lo tengo. Sólo que, como no tengo más remedio que hacerlo.

—No entiendo exactamente lo que es usted, Will.

—Somos los hombres del Gobierno, Ivana. Así nos llaman. Nos encargamos de todo aquello que puede hacer peligrar nuestro país y el de nuestros aliados.

Hablaba en voz baja, mientras sentía, lejanos, ruidos extraños, como si estuviesen moviendo muebles de un lado para otro. Lo que Schenk quería era que la joven no pensase en el peligro que les amenazaba. Todos los demás, menos el búlgaro, tenían los ojos clavados en el techo, y cada una de las caras reflejaba exactamente los pensamientos de su dueño. La de Torodja, rígida, como una mascarilla del odio. La del padre, resignada de antemano. Renke y su mujer estaban abrazados en otro de los rincones, con las caras muy juntas. El *pomak* fumaba un cigarrillo, indolentemente, brillándole los negros ojos.

—Ya, como

N. K. W. D.

—dijo ella.

—No, exactamente. Nosotros no nos metemos en las cosas

comunes. Perseguimos a los que introducen drogas o contrabando en nuestro país, cogemos a los espías y prendemos a los que roban nuestros Bancos federales. Nuestra organización se llama F. B. I.

La joven asintió con la cabeza.

—Lo leí en un periódico, Will; pero no sabía qué significaban esas letras.

—*Federal Bureau of Investigation* —respondió él—. También se llama Fidelidad, Bravura, Integridad —sonrió—. Parece un poco pretencioso, ¿verdad? Pues no lo crea. A veces lo que tenemos que hacer no resulta peligroso.

—Ahora sí, Will...

La luz se apagó de pronto. Hasta entonces habían estado alumbrados por una bombilla pequeña, pero ni siquiera les quedaba eso. El *pomak* y Schenk sacaron sus pistolas y se colocaron a ambos lados de la puerta.

Los ruidos se hicieron mayores. Era como si ahora, los que removían muebles estuviesen más, mucho más cerca que antes. Las mandíbulas del americano se cerraron y el dedo rodeó el gatillo más firmemente. La oscuridad era completa, absoluta.

A los oídos de ambos, los más cercanos a la puerta, llegó el ruido de alguien que gritaba. Luego, algo así como si raspasen contra piedra. La tensión llegó a su grado máximo entre los que estaban confinados en el sótano. Casi se podía palpar.

Luego, el ruido se alejó. Todavía pudieron oír cómo se movían muebles de nuevo, y luego el silencio. A los pocos minutos la luz volvió a encenderse y pudieron verse las caras. Todas ellas estaban pálidas y desencajadas, pero reflejaban un alivio inmenso.

—Dios —dijo Schenk—. Gracias a Dios.

—Si no venían muchos... —dijo Boleslav, con su sonrisa de lobo —, hubiéramos podido acabar con ellos.

—Y que se hubieran oído los disparos en una milla a la redonda. No; prefiero que no nos hayan descubierto.

A los treinta minutos, la amiga de Ivana, la muchacha de pelo de lino apareció. Ella tampoco parecía muy animada.

—Estuvieron a punto de dar con el cable que alimenta de energía la cueva. Pero mi padre los convenció de que era una desviación sin importancia —dijo—. Parecen haberse quedado

convencidos de que aquí no hay nadie. Ivana: ¿cómo pudieron saber...?

—¿Quién mandaba los hombres que vinieron?

—Un búlgaro de manos muy grandes y muy feo.

—Ese cerdo de Kirilov —dijo Schenk, en voz baja—. Es el único hombre, ahora que ha muerto Varear, que puede saber quién soy yo.

—Sería relativamente fácil matarlo —dijo Boleslav, pasándose un dedo rígido por el cuello—. Muerto el perro... se acabaron los mordiscos.

—Vámonos —repuso Schenk—. *Fräulein* Hohenwohl: ¿ha quedado alguno de vigilancia en las cercanías de la casa?

—No... No creo. Me enteraré. Mi padre puede salir.

Media hora después, Ali Boleslav y Schenk estaban de nuevo en la calle, barrida por el viento. Tuvieron que llegar hasta casi el río antes de que pudiesen coger el automóvil que el *pomak* había pedido a sus hombres. Pero lo que vieron les indicó que la cosa iba en serio. Muchos soldados, calada la bayoneta, y cientos de hombres, que a la legua se veía eran policías, iban de un lado a otro, entrando en casas, deteniendo gente por la calle para pedirles la documentación y acordonando manzanas enteras de edificios.

La estación estaba también plagada de polizontes, pero ellos lograron pasar por el acceso a nivel, debido a que el coche conseguido... tenía matrícula del partido. Schenk no pudo por menos de echarse a reír cuando lo vio. En ese momento corrían por la carretera de Vladaja, a más de sesenta millas por hora. En el coche había otros tres hombres, además de ellos.

Los ayudantes rusos saludaron y se alejaron un poco para cumplir las órdenes. Korotchenko se volvió a Streicher.

—Quiero hablar con usted, profesor: inclínese sobre el manómetro del estabilizador y empiece a hacer números. Cualquier cosa.

Streicher le obedeció, un poco asombrado. Con su lápiz empezó a trazar largas columnas de cifras, una debajo de otra, mezcladas con letras griegas. Korotchenko se acercó a él y puso su cabeza casi junto a la suya.

—No haga el menor movimiento de sorpresa, Streicher —dijo,

con un ronco susurro—. No mueva ni un solo músculo de la cara, porque el correveidile de Wassiliev nos está contemplando.

—¿Qué ocurre? ¿A qué viene todo este misterio, Wladislav?

—¿Está preparado? Pues bien: su hija está en libertad. Un hombre, un americano, ha logrado salvarla. Yo mismo lo he visto. Ahora, Streicher, falta usted.

—¿Mi hija...? ¿Cómo...?

—¡No pregunte! Sepa sólo que está a salvo. Pero para que la labor sea completa, sólo falta que logre ponerle a usted en comunicación con el americano. ¡No haga ni una sola pregunta! Creo que ese hombre puede conseguir incluso que salgan ustedes del país.

Streicher se esforzó patéticamente porque su rostro no cambiase, pero, apenas pudo conseguirlo. Se limpió los lentes, y entonces el que llamaban correveidile de Wassiliev, un profesor búlgaro con más mala idea que un oso gris, se les acercó.

—¿Algo marcha mal? —preguntó, untuosamente.

—Sí; algunos asuntos que le competen a usted —respondió Korotchenko, sin vacilar—. ¿Qué ha sido del resto del plutonio? ¿Por qué no ha sido almacenado?

—No he tenido tiempo... ¿Usted cree que puede haber algún peligro? —preguntó.

—Puede haberlo —respondió el ruso fríamente—. Quizá, si no se tomase usted, Kartachev, tanto interés por lo que hacen los demás, llegaría a dominar mejor su propia especialidad. Tendré que hablar con Wassiliev.

Aquello era un reto para un hombre al que se consideraba como uno de los peores de todo el país; pero Korotchenko era ruso y su fama muy grande. Kartachev se inclinó ligeramente.

—No será necesario, profesor. Atenderé inmediatamente a eso. Personalmente lo haré.

Permítaseme aquí una pequeña digresión, por si acaso alguno de los lectores no recuerda los fundamentos de la desintegración atómica. Cosas que pudieran parecer increíbles son perfectamente naturales entre los hombres que se dedican a la investigación de las materias radioactivas y sus posibles y seguros efectos.

Como es sabido, la bomba atómica consiste en dos masas de un isótopo del uranio o bien de plutonio, que es el que emplean los

americanos modernamente, separadas una de otra.

Pues bien: esas dos masas de plutonio se equilibran dentro del interior de la bomba en sí. Están en una situación de equilibrio, mientras lenta, pero seguramente, se van desintegrando. Ahora bien: en un momento dado, un mecanismo lanza una de esas masas sobre la otra. La desintegración es entonces instantánea y completa. En un momento, cualquiera de los átomos radiactivos, deshace otros tres o cuatro. Esos tres o cuatro repiten la operación con los que están a su lado, y se forma la desintegración en cadena. Se ha conseguido la explosión atómica.

Una vez, un periodista que visitaba los establecimientos atómicos de Las Vegas, se asombró al ver un gran número de ladrillos de plutonio, puestos unos encima de otros. Su espanto no tuvo límites, al pensar que, en cualquier momento, aquello podía estallar y enviar los establecimientos a hacer compañía a las estrellas, pero un físico lo tranquilizó al momento. Los ladrillos sólo se tocaban por sus bordes. De ese modo y aun cuando aquello, de todas maneras podía resultar peligroso si se producía un terremoto, por ejemplo, la cosa resultaba inofensiva. Pero se comprende el espanto del columnista, ¿no es así?

En uno de los cobertizos mejor protegidos de los establecimientos de Vladaja había cerca de diez kilos de ladrilletas de plutonio, colocadas de forma que no pudieran representar un peligro, mientras esperaban su traslado a Rusia, a las factorías de Atomgrad. Cada una de ellas se hallaba separada de la otra por una cierta cantidad de terreno aislante. El trabajo de Kartachev era el de cuidar que nadie entrase allí, y llevar una cuenta perfecta del plutonio utilizado para los experimentos. Aunque en las factorías de Vladaja se trabajaba siguiendo el curso de los profesores alemanes, por el medio del hidrógeno pesado, de todas maneras, necesitaban el plutonio para sus experimentos.

Kartachev partió con una sonrisa torcida en los labios. Cuando Korotchenko se disponía a volverse a Streicher, un Wassiliev de compungida cara se le acercó. Es decir, compungido cuando miraba a Korotchenko. Duro, como el pedernal, al volver sus ojos a Streicher.

—Quiero hablar con usted, Wladislav —le dijo.

Lo cogió del brazo y se lo llevó a su despacho, bastante más

confortable que el de Streicher.

—Siéntese. Tengo dos malas noticias para usted. La primera es que... la hija de Streicher ha logrado escapar. Cómo ha sido posible eso... es cosa que no puedo ni concebir. Creí que la Policía era más eficaz. Pero alguien, una banda de hombres, ha logrado capturarla y, además... han asaltado una tcheka y no sé cuántas cosas más. La Policía anda buscando a esos hombres, que no se sabe quiénes son siquiera. Se supone que traidores búlgaros, pero ¿cómo lograron enterarse de dónde teníamos a la hija de Streicher?

—Lo ignoro. ¿Por qué me lo pregunta a mí?

—Usted sabía dónde estaba. Yo sé lo dije —respondió Wassiliev, desagradablemente.

—Bien; entonces... ¿se sospecha de mí?

—¿De usted? Ni pensarlo. Pero pudo decirlo a alguien... marcharse de la lengua...

—¿Sí? Usted también lo sabía, Wassiliev. Y usted se emborrachó ayer. ¿Cómo puedo saber si se lo ha dicho a alguien o no... usted?

—¿Yo? Usted está loco, Korotchenko. ¿Cómo iba yo a hacer semejante...? Lo siento. Korotchenko. No se sospecha de usted. Además, ¿cómo iba a haber podido...? No, no; es absurdo, tan absurdo como que yo... Pero hay que vigilar a Streicher más que nunca, sí, más que nunca. Si se entera de que su hija ya no está en nuestro poder...

—¿Cuál era la otra noticia? —preguntó Korotchenko. Ya antes de que el otro le contestase, sintió un brusco retorcimiento en el pecho, como una sensación de ahogo. Y comprendió que no era necesario que Wassiliev le dijese lo que había ocurrido—. Mi esposa, ¿no?

—Sí, Wladislav Korotchenko. Vila Alina Stepanova ha muerto.

Korotchenko le volvió la espalda y contrajo las mandíbulas. Por fin había ocurrido. Ya sabía él que era irremediable, que moriría, pero una cosa es saber que algo ocurrirá y otra muy distinta es saber que ha ocurrido. Inclínó la cabeza sobre el pecho y no se movió, hasta que oyó la voz de Wassiliev:

—Resignación, camarada. Era una gran mujer Vila Alina. El mundo ha perdido una artista y usted ha perdido una gran esposa. Pero nuestro trabajo...

Korotchenko se hubiera vuelto en aquel instante y le hubiera

echado las manos al adiposo pescuezo hasta ahogarlo. Hubiera hecho cualquier otra cosa, pero nada hizo. Su cara era completamente impasible, hierática.

—Necesito dos días, camarada Wassiliev —dijo, secamente—. Quiero asistir al entierro de mi esposa.

—Claro, claro que sí. Ordenaré que le reserven una plaza en el avión de Odessa para esta misma tarde. Tiene usted todas mis condolencias, camarada.

—Vaya extendiendo el permiso de salida y arréglole todo con la Policía —dijo Wladislav—. Dentro de una hora tiene que estar todo preparado.

—Vaya sin cuidado, profesor Korotchenko. Lo tendrá todo preparado dentro de una hora.

Los hombros de Korotchenko no estaban caídos, ni la cabeza había vuelto a caer sobre su pecho, pero Streicher notó instantáneamente que algo le había ocurrido.

—¿Su esposa?

Korotchenko afirmó con la cabeza.

—Escuche —le dijo—: ya se han enterado de lo de su hija. La vigilancia se acentuará, pero no tenga cuidado. Va usted a salir de Vladaja dentro de una hora.

—¿Y usted?

—¿Yo? Bien; aún no lo sé. Si puedo sacarlo a usted en el coche escondido, lo haré; si no, será usted Korotchenko.

—Los dos —dijo Streicher—. Ignoro lo que quiere usted hacer, pero hemos de ser los dos los que intentemos salir. O nos salvaremos o nos perderemos los dos.

Korotchenko le puso una mano sobre el hombro.

—Está bien. Prepárese. No se lleve nada más que lo puesto. Dentro de una hora vaya al garaje. Con el pretexto de que quiero estar a solas, iré en mi coche, no en el autobús, hasta Sofía. Desde luego, me seguirán, y a estas horas, varios policías tienen su pasaje en el avión, pero yo no llegaré al aeropuerto. Hoy, a las doce, si es que algo malo no ha ocurrido, ese americano estará a la salida de Vladaja, por si yo hubiese conseguido sacarlo a usted. Ya lo ha oído. Dentro de una hora, al garaje. Allí estaré yo.

Cuando se separó del alemán, Korotchenko se dirigió a su laboratorio particular. En un momento, fabricó un extraño aparato,

con un reloj despertador, al que unió unos cables muy finos, que iban hasta una especie de cilindro de hierro hueco, en cuyo interior puso una sustancia negra. Luego metió todo aquello en un maletín y se dirigió hacia uno de los pabellones, precisamente aquel que estaba a cargo del profesor Kartachev.

Se trataba de un cobertizo guardado por policías bien armados, de dimensiones un poco más pequeñas que las plantas en las que estaba la maquinaria. Estaba dividido en varios compartimientos, con separaciones de ladrillo, y allí no se veía casi nunca ningún obrero. De cuando en cuando, unos hombres con trajes aislantes llevaban ladrilletes de Plutonio y las cargaban, una a una, empaquetadas en una sección especial, a un destino ignorado, por medio de camiones.

En el mismo compartimiento no había nunca más de tres, pero en los costados de la habitación se amontonaban las cajas de embalaje y las herramientas con que se manejaban las peligrosas pastillas metálicas. Korotchenko se dio a conocer y pasó al interior. Sabía que Kartachev no estaría, por lo que se dirigió rectamente a uno de los compartimientos. Y en una de las cajas de madera que se usaban para el embalaje, dejó el artefacto que había montado. Luego, con toda tranquilidad, volvió a salir.

—Serás vengada, Vila —dijo en voz baja, cuando atravesaba la puerta.

No había en el garaje más que un mecánico con cara de bruto, que revisaba el coche de Wassiliev. El de Korotchenko un pequeño «Ford» ya muy antiguo, estaba en uno de los extremos de la nave. Eran las doce menos diez minutos, cuando Streicher se metió en la parte trasera del automóvil y se dejó caer debajo de los asientos. Nadie, ni el mismo mecánico, se dio cuenta de la operación. Cinco minutos después. Wassiliev, Korotchenko y otros tres profesores —Kartachev entre ellos—, que le prodigaban al ruso sus pésames, aparecieron en la puerta del garaje. Un mecánico sacó el coche y Korotchenko montó en él. Al mismo tiempo, un grupo de hombres vestidos de paisano, subía a una furgoneta *jeep* y se preparaban a seguirle. Y no hubo más, Streicher oyó el ronroneo del motor y sintió que el «auto» se movía. A sus oídos llegaron algunas palabras veladas por el almohadillado que lo rodeaba, y luego, sólo los

latidos del motor. Estaban en marcha.

La furgoneta —Wladislav podía verlo perfectamente por el retrovisor— no estaba nunca más lejos de cincuenta yardas. Si él aceleraba, ellos lo hacían también. Si aminoraba la marcha, lo mismo ocurría a sus espaldas. Con una sonrisa preguntó en voz alta:

—¿Está usted ahí? Conteste, Streicher.

—Sí —dijo el alemán, con voz ahogada—. ¡Carape y qué mal!

—Bien; estamos llegando a Vladaja. En el momento en que yo le diga salte del coche y corra hacia otro que habrá cerca. No pierda ni un segundo. Y procure que no le vean por la ventanilla posterior.

—Pero, usted...

—No se preocupe por mí. Yo seguiré mi camino hacia el aeropuerto. Para todos, usted será el responsable de lo que ocurra después. De lo que va a ocurrir dentro de media hora escasa. ¡Oh, he calculado bien el tiempo!

—¡El plutonio! —dijo Streicher, levantándose con cuidado, para evitar que lo vieran por la ventanilla posterior—. ¡Cielo santo! ¿Qué ha hecho?...

El ruso apretó la mandíbula.

—He preparado algo que hará juntarse seis ladrilletas. ¡Oh, sí, ya sé que, con respecto a una bomba, deja bastante que desear; pero era lo menos que podía hacer! Todas nuestras reservas de plutonio. Y, además, quedará destruida la fábrica entera. Bien lo vale.

La cara de Streicher estaba pálida, horriblemente pálida.

—¡Qué locura! —murmuró—. ¿Cómo ha podido...?

—He vengado a mi mujer —repuso el ruso, fríamente. No me dejaron elección. Y si quería que usted se salvase... Bien; no había otra solución.

Dobló una esquina y frenó hasta que el coche estuvo casi parado. Luego, de pronto, dijo:

—Ahora, Streicher. Adiós y buena suerte. El coche está a la derecha. ¡Adiós!

Streicher no tuvo tiempo ni de pensar. Galvanizado por aquella voz, abrió la portezuela del coche y se lanzó a la calle.

No tuvo muy buena fortuna, porque se le dobló una rodilla y se sintió lanzado hacia adelante, hasta caer al suelo. Y al caer perdió las gafas. Dolorido, empezó a tantear el suelo en busca de ellas, hasta que, de pronto, dos brazos fornidos lo pusieron en pie.

—¡Viejo loco! —dijeron en búlgaro.

Se sintió transportado un corto tiempo, y luego otra vez estuvo sobre los almohadones de otro coche que se ponía en marcha. Una mano puso en la suya los anteojos perdidos y, por fin, pudo dirigir una mirada a su alrededor.

—Gracias —dijo—. Muchas gracias. Uno de ustedes es americano...

—Yo soy —dijo una voz fría—. Tengo la orden de devolverlo a usted a América, profesor Streicher, de donde no debió salir jamás. Traicionó usted al país que lo acogió.

Streicher sintió ganas llorar.

—Pero yo no podía... Mi pobre hija; bastante ha sufrido; no podía, verdaderamente, dejarla... Por favor; yo pagaré mis culpas, pero mi hija... Díganme que está bien.

—Está bien, en efecto.

De pronto, Streicher lanzó un ligero grito.

—¡Me olvidaba! —dijo—. ¡Santo Dios! ¡Corran, corran ustedes, si en algo aprecian su vida!

Schenk impartió una orden seca al conductor, y éste se lanzó por la carretera de la capital a toda velocidad. El americano se volvió hacia Streicher y lo cogió del brazo.

—¿Qué va a ocurrir? —preguntó.

—Volará todo —fue la respuesta.

Ali Boleslav dio un respingo.

—¡Qué mal...!

Hacía un momento que una furgoneta *jeep* los había adelantado. Streicher se inclinó hasta mirar y distinguió a lo lejos el «Ford» de Korotchenko. Justamente cuando tenía a ambos dentro de su ángulo visual, empezaron a ocurrir cosas.

Schenk había hecho la guerra, y a veces, el estallido de una granada de gran calibre a su lado, le había hecho aplastarse contra el suelo o bien levantarse sobre él. Esto no; era distinto. Fue como si una corriente de aire, muy fuerte, hubiese empujado el coche. O como si la mano de un gigante los hubiese impulsado de un golpe. El «auto» saltó hacia delante, patinando sobre el *manadem* de la carretera, mientras una sensación espantosa de opresión se apoderaba de todos los ocupantes del vehículo. Schenk abrió la boca, pero lo que iba a decir quedó ahogado por la más gigantesca

explosión que jamás oyera. Al instante sintió en la boca el regusto salobre de la sangre y se dio cuenta de que todos los demás estaban sangrando por la nariz.

El chófer, medio enloquecido, consiguió hacerse de nuevo cargo del volante, y evitó el choque con la furgoneta *jeep*, que había entrado en colisión con un árbol. Un poco más allá, el coche de Korotchenko aparecía destrozado al tropezar con un camión que venía en dirección contraria. La cabeza del profesor, medio cortada por los cristales, colgaba a un lado, mientras el árbol del volante le atravesaba pecho y espalda. Estaba, desde luego, muerto.

Justo en el momento en que empezó la explosión, estaban a cuarenta millas de distancia, y, sin embargo, los efectos llegaron hasta ellos. Las instalaciones quedaron completamente destruidas por un incendio que duró varios días. Fuerzas del Ejército y de bomberos de toda la provincia acudieron a miles, pero no se pudo salvar gran cosa.

Y en Europa Occidental, los delicados aparatos registradores denunciaron una pequeña explosión atómica en algún sitio situado en Rumanía o Rusia del sur, sin poder imaginarse que había sido a poca distancia de la capital búlgara.

EPÍLOGO

El coronel Janko Drakovicz estaba de un humor de perros, pero no se atrevía a manifestarlo abiertamente por miedo al general Stoianov. Y es que no le gustaba en absoluto la misión que le habían encomendado. Por lo visto se había recibido en el Cuartel General de Stoianov un mensaje de aquel sinvergüenza de Schenk, diciendo que trataría de pasar la frontera por Bocica... si es que podía.

El embajador americano había estado como un gozque perdido, yendo de la Embajada hasta el Cuartel General de Stoianov desde que Schenk partió para Bulgaria, hasta aquel mismo día. Y el general había dado una orden: «Janko partiría con una fuerte escolta para Bocica».

Y en Bocica estaba. El mal humor de Drakovicz se debía a dos cosas distintas: la primera, que se le habían dado plenos poderes para hacer lo que fuera necesario. La segunda, que lo que se debía hacer se dejaba a su libre albedrío. Hacía mucho frío, la campiña estaba nevada, las montañas resbaladizas, los campesinos recelosos... Los únicos que no se quejaban eran los soldados, porque el quejarse les hubiera costado caro.

Fue exactamente a las cinco de la mañana cuando la radio de campaña, con la que se comunicaba con un puesto instalado en Bocica —ellos se encontraban a muy pocos metros de la frontera, camuflados en un bosque, cerca del puerto que bordea uno de los más altos picos—, cuando le comunicaron que se había registrado una fuerte explosión atómica. Aquello hizo aumentar la nerviosidad del coronel, al que aquellas cosas atómicas no le tranquilizaban en absoluto. El prefería las buenas bayonetas y los buenos mosquetazos.

Enfrente de Bocica, al otro lado de la frontera, hay una pequeña aldea alpina, último reducto búlgaro. Por lo común allí había un

grupo de tropas búlgaras de montaña, pero con unos gemelos, sin esforzarse mucho. Drakovicz había visto bastante actividad al otro lado. No muchas tropas, sino actividad. Claro que eso había sido la tarde anterior. Y sus órdenes eran las de permanecer allí hasta que le dieran contraorden u ocurriera algo.

Y entonces se decidió. En aquella parte de la frontera, antes de la falla por la que el Simplon Orient *Express* abandona Yugoslavia y penetra en Sofía, hay siempre pocas facilidades para movimientos de tropas, por lo que ninguna de ambas naciones enemigas tienen demasiado recargada de fuerzas la frontera. El coronel Janko Drakovicz llamó a uno de sus sargentos, un individuo que había vivido mucho en Bulgaria, y lo mandó al otro lado para que se enterase de lo que pasaba.

A las diez de la mañana siguiente volvió el hombre con una noticia asombrosa: en la población se esperaba que un grupo de personas llegase a ella aquella misma tarde, y las tropas, un pelotón alpino, estaban listas para detenerlas, en unión de varios policías. Janko Drakovicz juró por lo bajo y se dijo que aquélla era la ocasión. Dio una cuantas órdenes y...

Schenk miró su reloj, mientras se subía más el cuello de piel del gabán. Faltaba aún media hora para el momento convenido. Hasta entonces no podía hacer sino esperar, rogando a Dios que no hubiese ocurrido nada. A su lado, Torodja y Renke, procuraban resguardarse del violento frío, apoyándose en la pared en una tapia medio derruida.

Se hallaban en las afueras de Vitova, en un hayedo bastante espeso. Tenían que esperar allí a que llegase la noche, pero un poco antes, si nada había ocurrido, las tres mujeres se unirían a ellos. No creía que les hubiese sucedido nada, porque Ali, con varios de sus hombres, vigilaba, pero...

Las cosas habían ido bien. El salir de la casa de los Hohenwohl no les había costado gran trabajo. Lo peor fue cuando tuvieron que separarse. Los hombres por un lado y las mujeres por otro, para evitar que los reconociesen en grupo. Luego, los dos automóviles, por rutas diferentes, se habían dirigido a la frontera, sabiendo que la última aldea búlgara sería Vitova. En los alrededores de ella se encontrarían.

—Si ha ocurrido algo... —musitó Renke.

Varias veces habían visto pasar patrullas de uno o dos soldados alpinos, con sus gorros azules y los uniformes de grueso paño gris, y en una ocasión estuvieron a punto de ser descubiertos por un oficial.

Por fin, a las cuatro, cuando ya pronto empezaría a oscurecer, llegaron las mujeres con Alí. Venían cansadas, pero empezaban a animarse al verse cerca de la libertad. Cada uno de ellos cogió a una de las mujeres del brazo y salieran del hayedo.

Fue una cosa tan rápida como la explosión de Vladaja. Para llegar al puerto no tenían más remedio que pasar a menos de doscientos metros de las primeras casas de la aldea, que se escalonaban en la falda de la montaña. En la parte más alta estaba el refugio alpino.

De repente, y mientras las sombras de la noche empezaban a caer, se oyeron dos disparos en rápida sucesión. Luego, al cabo de un minuto, otros tres.

Schenk se quedó parado. En aquel momento estaban al lado de la carretera, entre unos castaños nevados. Era un refugio muy precario en caso de que los descubriesen.

—¡Tírense al suelo! —ordenó.

Vieron cómo se elevaba humo de una de las casas y los disparos se recrudecieron. Schenk contó casi dieciséis tiros de fusil, y de pronto oyó el carrasqueo de varias pistolas ametralladoras.

—¿Qué sucede? —preguntó Renke.

El padre Golov, a su lado, se incorporó, pero él le puso la mano en el hombro.

—Lleve cuidado.

Vieron cómo un montón de gente salía corriendo hacia las afueras, y varios uniformes grises con gorros azules que se retiraban. Entonces vio los primeros uniformes de campaña yugoslavos.

—¡Cristo! —dijo—. Ese Drakovicz se ha vuelto loco.

Afortunadamente, los fugitivos búlgaros no se interponían entre el grupo y los yugoslavos. Schenk tomó pronto su partido.

—Corran —dijo en voz baja— y levanten las manos en cuanto lleguen. Son los que llevan gorras de plato. Ellos nos salvarán.

Dos soldados yugoslavos fueron los primeros en descubrirlos.

Levantaron los fusiles, pero un oficial, un teniente, apareció corriendo por una de las callejuelas.

—¿Es usted el americano? —preguntó.

—Sí. ¿Quién...?

—Corran. Tenemos que pasar la frontera de nuevo antes de que envíen fuerzas.

Un momento después el coronel Janko Drakovicz estaba junto a ellos.

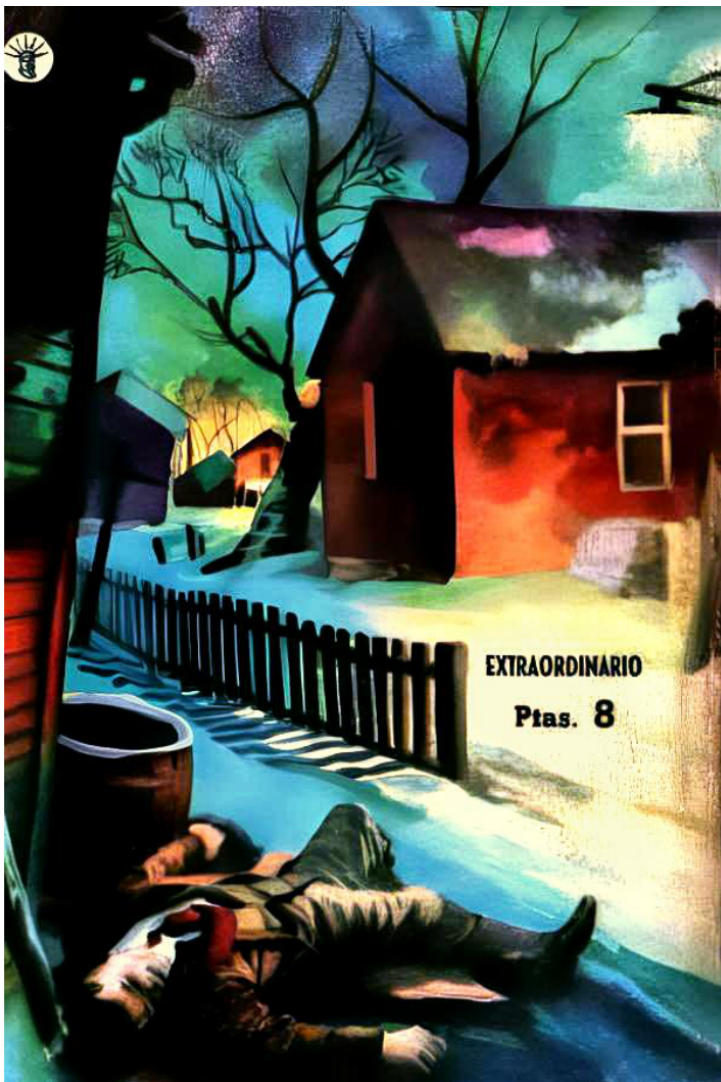
—Me he jugado la cabeza —dijo, alargando una mano a Schenk—. Pero me habían dejado carta blanca. Si hubiese tenido tiempo, hubiera vestido a mis soldados como campesinos, y todo el mundo hubiera hablado de una revuelta. Vamos; hemos de darnos prisa.

Schenk cogió por un brazo a Ivana y por otro a Mama Renke.

—Verás un partido de «*baseball*» —dijo a la primera, volviéndose, a la otra—: Y podrá usted guisar hasta cansarse. Ya lo verán.

Y una sonrisa curvó los labios de todos, menos del coronel Janko Drakovicz. Éste se estaba preguntando dónde podría hallar algún cigarrillo americano.

FIN



NOTAS

[1] Jugoslavija (Yugoslavia) significa Sureslavia. (Nota del Editor).

< <

[2] Pope es el sacerdote de la religión ortodoxa. (Nota del Editor).

< <

[3] Pan, significa señor en sentido deferente. (Nota del Editor). < <

[4] Comida muy apreciada por los alemanes. Se trata de coles agrias con salchichas. Esas coles tienen una consistencia mantecosa y su sabor es sumamente agradable. (Nota del Editor). < <

[5] «Stille Nacht, Heilige Nacht», noche silenciosa, noche santa. El «lied» es una forma muy popular de canción en Alemania. Grandes compositores como Schubert no han desdeñado dedicar su genio a estas hermosas composiciones. (Nota del Editor). < <

[6] El lector recordará seguramente que Stalin en ruso significa «acero». (Nota del Editor). < <

[7] Expresión eslava un poco difícil de traducir. Significa que nada se puede hacer. Es, en suma, un encogimiento verbal de hombros ante la adversidad. (Nota del Editor). < <

[8] Voivodas: nobles rumanos. (N. del E.). < <